3763

$/. 5.00

JOSE
RAFAEL
BUSTAMANTE

PARA MATAR EL GUSANO

QUITO - ECUADOR
TIP. L. I. FERNANDEZ
1935

Publicaciones de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Española.

PARA MATAR EL GUSANO

3763
E863

JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

PARA MATAR EL GUSANO

(Novela escrita en 1915)

QUITO-ECUADOR
TIP. L. I. FERNANDEZ
1935

Por Publicarse:

ESCRITOS Y DISCURSOS
FILOSOFIA DE LA LIBERTAD

I

NI LAS vueltas que dió a la almohada, ni los esfuerzos que hizo para reprimir el loco revolar de sus imaginaciones fueron parte para que Roberto pudiese pegar los ojos en aquella noche. Pero cómo había de pegarlos cuando a la mañana siguiente estaba de viaje nada menos que a la hacienda de Jorge, —un queridísimo amigo y condiscípulo suyo, de muy pudiente y noble familia— que le invitara a pasar con él las vacaciones de verano. Y eso de irse al campo después del largo encierro en el colegio, habiendo obtenido ya el grado de bachiller, es para trastornar de alegría a cualquier hijo de vecino, mayormente a quien, como Roberto, nunca tuvo ocasión de hacerlo, por más que con harta frecuencia le viniesen vivas ganas de aire libre, de llanuras dilatadas, y hasta de comer hierba y retozar y revolcarse a sabor como caballo recién suelto de la pesebrera.

Pobre muchacho de medio pelo, jamás se apartó Roberto un punto de la ciudad sino era en los días de asueto cuando se largaba con sus camaradas a bañarse en el Machángara para luego treparse al Panecillo o irse a la Magdalena, o cuando las iba a dar en el Ejido para hartarse de *tortillas* y de *chicha*, y trotar enseguida por la linda planicie. Más de una vez, movido de extraños deseos, se había puesto a pensar en el campo y al imaginarse el horizonte lleno de luz, el cielo abierto y puro, la verde y aro-

mosa tierra, algo se le encendía en la sangre y le llenaba de gozo el corazón. Como que le viniesen recuerdos de una vida lejana vivida en el campo, sentía nostálgica tristeza en medio de las calles y le aburría el barullo de la ciudad. Y luego se imaginaba que allá, en las haciendas, debía de vivirse con entera libertad, sin que el maldito fantasma del celador interrumpiese en lo mejor los juegos y diversiones, y sin que nadie murmurase del vestido, del modo de andar y de las condiciones de cada uno. Cuantas veces en el colegio, cuando con más fervor se aprendía la lección, comenzaban a bailotearle en la cabeza mil fantasías campestres y a escarabajearle en el pecho irresistibles ansias de encaramarse en los lomos de fogoso potro y lanzarlo a toda carrera en llanuras sin fin, ganoso de actividad física, como adolescente de rica sangre a quien no puede satisfacer el estudio en medio de tristes paredes y malsana atmósfera; y entonces, cuando pensaba en el campo, Roberto se ponía triste y no aprendía la lección.

Por fin, gracias a la bondadosa caballerosidad de su querido amigo Jorge —tan generoso y bueno como rico— iba a realizarse aquella su ilusión dorada que nacía, no tan sólo de anhelo poético de su alma, sino más bien de necesidad de su cuerpo que le pedía con vehemencia mucho aire y mucho sol. Y en aquella noche se barajaban en la revuelta mente de Roberto, en fantasmagórico remolinear, escenas y escenas campestres que él recordaba haberlas visto muy a la ligera en sus paseos fuera de la ciudad, o que las barruntaba hilando y atando cabos. Ya vería, a su sabor, la prosopopeya de las gallardas vacas que balancean las hinchadas ubres de cuyo seno los becerrillos extraen ansiosamente la leche a fuerza de rudos *topetones*; ya vería piafar caballos airosos, impacientes, de narices abiertas y ojo vivo e inquieto, y lo que es más, cabalgaría horas y días en ellos; ya vería grandes manadas de ovejas ondeando

su blancura por los llanos; ya se tostaría al sol y se daría atracones de aire libre y correría a campo traviesa hasta caer transido de fatiga.

Con tal hervidero dentro de los cascos, no pudo dormir Roberto, y apenas si acudió el sueño a cerrar sus párpados ya a la madrugada cuando el friecillo del amanecer amortigua toda llama. Al volver Roberto de este ligero adormecimiento ya se colaban por las rendijas de la ventana juguetones haces de rayos solares y ya trajinaba su madre en el cuarto contiguo arreglándole, de fijo, la maletita de viaje. En un periquete estuvo él en pié, y saludó y pidió la bendición a la autora de sus días, quien, después de dársela con amoroso y tierno acento, le mostró una muda nueva de ropa blanca que le había comprado para que llevara a la hacienda, a fin de que aquella familia rica no tuviese nada que decir y notase que también los pobres suelen mudarse siquiera cada ocho días y vivir con aseo. Enseguida Roberto se lavoteó manos y cara, jabonándose y frotándose bien, en su vieja jofainilla de lata. No tardó en ocurrir por la *maletita* el *huasicama* de la casa de Jorge, y a ella se fueron también, con mucha prisa, Roberto y su madre.

Desde el zaguán echó de ver Roberto el trasterno y bullanga que en la casa de su amigo reinaban. El patio estaba atestado de bestias, y un sinnúmero de *chagras* e indios iban y venían, atendiendo con afanoso celo a diversos menesteres. Cuales enjaezaban los caballos, cuales acondicionaban las cargas sobre mulas vendadas los ojos con *ponchos*, cuales bajaban al patio canastas y trastos, y por todas partes se oían gritos y ternos, y todos andaban desalados. Jorge, un elegante mancebo rubio, de esbelto talle, recibió a su amigo con grande contento, y al punto se lo llevó al patio para mostrarle los caballos que se les destinaban y darse el gustazo de ensillarlos ellos mismos. Roberto se apoderó gozoso del suyo

sin reparar en que era un ruin caballejo, largo, alto, flaco y de aspecto venerable; era un caballo, y bastaba, sobre todo para él que nunca había montado en serio y para largo.

Después del almuerzo, emprendió el viaje la numerosa cabalgata en medio de los adioses y lloriqueos de la gente que se quedaba en la casa, y de multitud de convecinos curiosos que se enfilaban en el zagúan y en las aceras de la calle. Todo esto impresionaba viva y deliciosamente al pobre Robertín, que se veía formando parte de los que se iban a gozar del campo llamando la atención y causando la envidia de los demás; por un momento se le enturbió la alegría, al despedirse de su madre que no pudo contener dos lagrimones que le brotaron de los ojos, cosa que le enterneció mucho a él. Al fin, partieron. Iba, en primer término, un *longo*, con zamarros de cuero de chivo de luengas y colgantes lanas; detrás la gente menuda, compuesta de todos los chiquillos, desde los jóvenes Jorge y Roberto hasta los niños tiernos que eran llevados por *delante*; después las señoras, veladas el rostro y enguantadas las manos, con faldas larguísimas que casi llegaban al suelo; en seguida, las criadas, con blancos sombreros de paja y ropa *chillona* y multicolora; y por último, la magestad del patrón, con zamarros de cuero de león y espuelas de plata, muy cuellierguido y satisfecho, llevando a su lado al mayordomo o administrador para que le diera prolija cuenta, en el curso del viaje, de la marcha administrativa del fundo.

Cuando vencieron la loma de Puengasí, que se encaminaban a Chillo donde estaba la hacienda, Roberto se puso loco de contento al contemplar la hermosura del pintoresco vallecito que en aquel día, despejado y apacible, lucía un aspecto lleno de dulzura con sus dorados llanos de trigo, verdes dehesas, enjalbejados caseríos y oscuras arboledas, todo ello

con un suave tinte de luz meridiana, amortiguada por ligera nube; y en las lejanías, se empinaban los volcanes y se tendía la cordillera de los Andes, azuleando el paisaje. Bonancibles brisas refrescaban el ambiente y todos los viajeros sentían deleitosa sensación de bienestar, de aquel bienestar en que cuerpo y alma confundidos disfrutan del goce de una vida plena y una....

Roberto era nieto de Pedro González, *chagra* de posibles, que poseyó en su pueblo una casa regular con cuadras de terreno, amén de algunas cabezas de ganado y unas tantas bestias. En mala hora, se le metió entre ceja y ceja a González, de puro fatuo y antojadizo, el necio deseo de vivir en Quito, y a Quito se trasladó con un hijo suyo que frisaba con los veinte años; su mujer había muerto meses antes, y, sin duda, las brumas de la viudez y el desasosiego que trae consigo la soledad a quien no está habituado a ella, contribuyeron para que tan peregrina ocurrencia se le viniese a las mientes estando ya él entrado en años. En breve, se le resfrió la novelería de la ciudad a González, y cuando se preparaba a regresar a su pueblo atrapó violenta pulmonía que no tuvo vuelta de hoja y que en un dos por tres le hizo dar el salto mortal. Pero a su hijo Ezequiel sí le duró la novelería para toda la vida, y a causa de ello vendió todos sus bienes rústicos y se hizo con una casuca en Quito; y en esta ciudad, siendo como era vivaracho y gallardo y dueño de casa y de algunos realejos, no le fué difícil a Ezequiel tropezar con una muchacha que se le arrimase de buen grado, y pronto contrajo matrimonio. Cúpole la buena fortuna de casarse con agraciada y santa mujercita que, de no ser Ezequiel tan duro de pelar y tan ligero de cascos, habría labrado con amoroso corazón y hábiles manos la felicidad conyugal acrecentando el patrimonio de Ezequiel y llenando el hogar de paz y pesetas. Pero a él le traían

alborotada la mollera y encandilados los ojos la desorientación, que como era natural, padecía en la ciudad, los pujos de señorío, y más que todo los incentivos nuevos que le ofrecía la vida urbana, y a cuyo sugestivo influjo se inflamaban sus vivaces y golosos sentidos y cedía con blandura su complaciente voluntad. No duraron mucho ni el caudal ni la vida de Ezequiel, que, ni la riqueza de ésta ni la exigüidad de aquel pudieron resistir al derroche que, sin pulso ni mesura, hizo él de entrambos; y así fué que, a los pocos años de su matrimonio, dió el postrer suspiro dejando a su mujer en suma estrechez y con un hijo tierno, que es el Roberto de mi cuento, y que lucía ya, espigado y guapetón, sus floridos veinte abriles.

Rosa Jácome, nacida en las últimas capas de la clase media, era una criatura que por eficaz virtud de su sana naturaleza pudo conservar sin muchas quiebras, en el ruin ambiente que rodeaba su vida, el tesoro de su bondad natural, que fluía de su ser sin esfuerzo, enturbiada, eso sí, por la tristeza y las miserias de su pobre y baja condición. A pleno sol y a pleno aire, aquella su bondad habría sido acaso pródiga en frutos; pero en la penumbra malsana en que se desenvolvía, tenía de padecer quebrantos y malograr sus mejores virtudes. Mas, si el sentido moral de Rosa era tibio e incierto, no circulaban en sus venas los gérmenes de la perversión refinada y honda, de las neurosis alambicadas, de las pasiones complejas e insaciables de la gente alta, ni había prendido en su corazón el instinto groseramente avieso y corrompido del bajo pueblo. Claro que no poseía la austera y rígida virtud de quien ejerce constante atención y gobierno sobre sí mismo; era sencillamente buena, y lo era porque así se lo pedían su cuerpo y su alma.

Rosa debió de haber sido en sus mocedades muchacha de muy buen ver, pero los pesares y fatigas

de la vida de pobre le habían descarnado y empalidecido el rostro, y no parecía sino que toda su expresión y hermosura se hubiesen concentrado en sus negros ojos grandes, de intenso, dulce y doloroso mirar. Y la íntima luz de aquellos ojos penetraba muy hondo en el corazón de Roberto, deshaciéndolo en amor y ternura y fortificando, con gran eficacia, sus buenas disposiciones. Ah! Cuán de desear habría sido que tan dulce luz alumbrase y calentase la vida de Roberto en todos los trances amargos que la suerte había de depararle!....Quizá entonces su pobre alma, menesterosa de apoyo y de amor, hubiese permanecido a flote en el mar de miserias y dolores de su azarosa existencia.

Roberto, digno hijo de tal madre, poseía alma virginal y cándida, en que nada era precoz, en que todo seguía el curso regular de una naturaleza acorde y leal. Y era de presumir que siempre quedaría en él algo de aquel su candor porque era incapaz de ahondar y comprender el mal; muchacho sano, idóneo para el bien, si alguna vez los desastres de la vida le sumergiesen en las abominaciones del vicio, aún persistiría en sus profundidades alba región inmaculada que el lodo del vicio no acertaría a manchar.

La pobreza le había enseñado a Roberto a ser sobrio en sus deseos, y no apetecía para vivir contento y feliz sino el pan de cada día para sustento del cuerpo y el amor de un corazón que latiera a su lado. Pero que no le faltaran estas dos cosas; que la suerte no le arrojase al arroyo de mendigo ni le dejara helarse en los desiertos del alma, porque entonces Roberto no se sentiría con fuerza para sufrir ni para ser bueno, y presto su vida se agostaría y pervertiría, como flor que el viento troncha y el fango corrompe. Y ya los pesares y miserias que habían agrietado el alma de su madre, comenzaban también a roerle sordamente en lo más íntimo, y

podían al fin y a la postre sorberle del todo la buena savia, destemplarle el espíritu y retorcer de mala manera sus excelentes cualidades. Ya rebullía, de cuando en cuando, en lo más recóndito de su ser, tenue levadura de rebelión, pero su timidez atávica de campesino refrenaba tales impulsos. Su despejo natural, ampliado por el estudio al que se aplicaba con fervor, le daba ya a entender muchas cosas de la vida, le hacía barruntar las encrucijadas del mundo y sospechar muchas sinrazones de las gentes; pero la edad de veinte años, en que por fuerza se tiene de sentir la fe y la alegría de la juventud, no es la más a propósito para que el pesimismo ennegrezca el espíritu y el odio a los hombres le subleve, y en torno a Roberto aleteaban las ilusiones, cuchicheándole mil lindezas al oído y acariciándole con amor la frente.

¡Cuán vivamente ardía la fe en la vida en el pecho de Roberto cuando obtenía en el colegio los primeros premios o la calificación óptima que le señalaban como alumno aprovechado y talentoso y le hacían concebir la esperanza de ser grande hombre! ¡cómo le retozaba en el cuerpo la alegría de la vanidad satisfecha cuando, en los días domingos, al mirarse en el espejillo desazogado para alisarse el cabello y anudarse la corbata, echaba de ver que no era feo, y que los negros ojos grandes y medio *dormidos*, el negro y ondulado pelo, el color vivo y hermosamente trigueño, las regulares y bien cortadas facciones le podían hacer pasar por guapo mozo! I al sentirse apuesto y bien erguido de talle, ágil y fuerte de miembros y despejado de magín, fundadamente confiaba en que no había de hacer mala figura en los lances del pícaro mundo!...

En su aturdimiento de muchacho, no se daba cabal cuenta de la inmensa abnegación de su madre, de todo el heroico sacrificio de la mujer que, con la aguja en la mano y la ansiedad en el alma, se pasaba no-

ches enteras de claro en claro por ver de conseguir que el adorado pedazo de sus entrañas tuviese lo necesario para el sustento y la educación. Rosa proveía a tales necesidades mediante sus labores de *costurera*, trabajando en algunas casas ricas —como en la de la familia de Jorge, por ejemplo— o en su cuarto cuando no le ocupaban en dichas casas. Gracias a sus privaciones y ahorrillos había conseguido ver a Roberto ya de bachiller, y en octubre lo vería ingresar en la Universidad para seguir la carrera de abogado; y como la asistencia a la Universidad deja tiempo para cualquiera otra ocupación, Rosa gestionaba diligentemente a fin de obtener para su hijo un empleillo cuya renta ayudase en algo para la compra de textos y demás exigencias que la calidad de estudiante universitario traería consigo. Ella, por su parte, redoblaría sus afanes y trabajo para allegar algunos reales durante la ausencia de Roberto, aprovechando así ese par de meses en que la subsistencia de él estaba asegurada; y como Rosa era tan frugal en su alimento y pedía tan poco para sí a la vida, tenía esperanza de ahorrar alguna cosa. Ah! si conservase la resistencia y fortaleza para el trabajo que tuvo a la edad de veinticinco años, si su salud no estuviese tan quebrantada de resultas de larga disentería que le aquejara no hacía mucho tiempo,... Pero eso no tenía remedio: lo perdido en punto a edad y salud no se recupera, y había que resignarse.

En el alma de Rosa no resbalaban las ideas y sentimientos con la donosa frivolidad y juguetona ligereza con que ruedan, se empujan y pasan en el gárrulo corazón de las mujeres casquivanas; naturaleza poco abierta a las seducciones exteriores, si algo penetraba en ella era para quedarse allí, echar raíces y cobrar honda y poderosa vida; y todo tendía en sus adentros a concretarse y converger hacia un solo objeto y una sola idea, que siempre lo consti-

tuía un ser querido, llevada Rosa de la propensión peculiar a ciertos generosos corazones, que no pueden vivir tan sólo para sí y que se inclinan a darlo todo a los otros, a sacrificarse sin cesar, a consagrarse a otro ser con todas sus fuerzas, corazones rebosantes de amor, que se derraman ávidos de bocas menesterosas, como el pecho maternal lleno de leche. El amor a su hijo era lo que a la sazón le absorbía a Rosa, y la felicidad de él el blanco a donde tendían a parar los pensamientos y los actos todos de su vida.

Roberto, por su parte, no era mal hijo; si la expansión de la edad y las tentaciones del mundo le impedían darse cuenta del amor y abnegación de su madre, su natural dócil y afectuoso le plegaba a los consejos de ella y le movía a corresponder, con su aplicación al estudio y su buena conducta, a los desvelos y fatigas de la pobre madre. No iban, pues, en saco roto los afanes de Rosa, y si el cielo le ayudaba podría hacer de Roberto un mozo de provecho.

II

ALLA, en la hacienda, se les iba la vida, a los dos amigos, sin sentir. Madrugaban con el sol, y después de echarse al coleto sendos vasos de leche caliente y espumosa y de ayudar al vaquero a atar al poste a las vacas ariscas, ya estaban a caballo *rondando potreros* y sementeras para pescar animales de daño, o vigilando el trabajo del día, de puro entrometidos, o en correrías por aquí y por allá sin poder reprimir la bullidora alegría de su edad que les brotaba por todos los poros y les impulsaba a moverse y a andar y a correr sin darse punto de reposo.

Roberto estaba en sus glorias, le causaban gran novedad todas las cosas, gentes y costumbres del campo, y por más que él las hubiese presentido y fantaseado, todavía las encontraba mejores que lo imaginado y llenas de una gracia y encanto inagotables. Sólo en las horas de almorzar y de comer se le encogía el espíritu un tantico porque le infundía mucho recelo el aparato ceremonioso de la mesa de los ricos: los gritos y arrechuchos del padre de Jorge por quítame allá esas pajas, los ascos y miradas coléricas de la señora, y los remilgos de las niñas, todo ello envuelto para el tímido Robertín en un aire solemne. El no abría los labios sino era para comer parcamente de sus platos, y tan parcamente que se hubiera quedado con el estómago a medio llenar al no meterse en los bolsillos abundante ración de

tostado que le duraba para manducar todo el día. Y eran tales el recelo y vergüenza que le inspiraba la familia de Jorge, que era para Roberto un verdadero martirio pasar dentro de la casa, mano a mano, con los señores; gustaba más de la vida al aire libre, de los paseos a caballo, de las tertulias con los sirvientes, de gritar y dar órdenes a los indios y de tomar parte muy activa en todos los quehaceres y labores de la hacienda. Y no obstante la falta de costumbre no resultaba flojo para el campo: resistía todo el santo día al sol y al viento, empuñaba una barra y era de verle barretear, gorbernaba su caballo con gran soltura y destreza y a poco que hiciese aprendería a *enlazar y accionar* el ganado como el más pintado *chagra*. Y él, que se moría de cortedad en medio de los señores, esparcía sus pensares con animada y viva palabra cuando estaba rodeado de la gente del campo.

La familia de Jorge eran sus padres y dos hermanas menores. Don Antonio Sánchez, el padre, era campechano y afable de ordinario, pero tan recio de voz, tan exabrupto de ademán, tan crudo de bromas y tan vehemente y airado en los regaños, que Roberto se ponía a temblar cuando Don Antonio le mandaba hacer algo o se ponía a interrogarle o daba en la flor de abrumarle a cuchufletas. Pero, con todo, Roberto le quería, porque Don Antonio era generoso y bueno como un rey. Era a Doña Matilde a quien no le podía sufrir: alta, delgada, hermosa aún, transparentaba en todo su aristocrático continente y en la expresión profundamente triste y altiva de sus ojos, con no sé qué de fatídico, la delicada y enfermiza sensibilidad de sus nervios, irritada siempre, siempre horrorizada, por una palabra grosera, por un gesto violento, por un ademán brusco, por una falta de urbanidad y de buen tono, por la villanía y desaseo de la servidumbre, por las destemplanzas del sol y

del viento, por las grandes miserias y menudos contratiempos de la vida, por todo se destemplaban sus fibras nerviosas y se le escalofriaba el alma; y Roberto sentía, adivinaba mal proferida, un ademán descompuesto, cualquier cosa, le hacían a Doña Matilde arrugar el entrecejo o fruncir los labios en su habitual mohín de desdén y asco, lo que le torturaba al pobre muchacho más, mucho más que las risotadas y los gritos de Don Antonio. Las niñas eran lindas, de rostros bellísimos, pero asaz melindrosas de genio y algo anémicas y pobres de cuerpo; la madre de Roberto, con el adorable candor y simpleza de las madres, le había insinuado a su hijo que parase mientes en la angelical hermosura de las hermanitas de Jorge, pensando sin duda Rosa que en tratándose de tan guapo y cumplido mancebo como su hijo, podía realizarse el milagro novelesco y romántico de un enlace exótico entre una niña de campanillas y Roberto; pero éste las miró y remiró, convino en que eran un sol de bellas y en que él se iría a las nubes dado que alcanzase uno de esos soles, pero en breve cayó en la cuenta de que estaban muy altos, lo que no le pesó gran cosa porque su ingénita sobriedad de espíritu le calmaba fácilmente ante lo inaccesible, amén de que la belleza de tales niñas no le hería, no le llegaba a lo vivo, que él jamás gustó de las caras finas y los cuerpos delgados, de la piel blanca y pálida como el mármol de las estatuas y los cabellos rubios y los vagarosos ojos azules; en sus ensueños de amor, forjábase mozas ricas de carne, muy alegres de genio, de ojos negros, bailadores, parleros, de piel fresca, sonrosada y morena.

Con Jorge, sí, congeniaba bien Roberto: a las exigencias caprichosas del joven noble se ajustaba sumisamente la voluntad del pobre muchacho, con la lealtad afectuosa de perrillo con que los pobres

se pegan a los ricos que los favorecen. Bien que no hubiese fiel reciprocidad de afectos entre los dos, porque a Roberto que era cariñosote y agradecido, se le arraigaba bien hondo la amistad con Jorge, al paso que éste quizá no veía en su amigo sino un juguete, un comodín con quien se recreaba paseando y conversando, cuya compañía no le era desagradable a falta de otra mejor o le era necesaria para satisfacer el vicio de mandar y oprimir a los demás, vicio tan precoz y cruel en la gente alta; empero ni la más leve riña perturbaba sus recreos y diversiones, y cuando Jorge estaba de mal humor o rompía en arrebatos de cólera, Roberto se aguantaba sin mucho enfado, lleno de gratitud hacia el sin par amigo que tantos goces le estaba proporcionando.

Se divertió mucho, mucho en los pintorescos trabajos y quehaceres de la hacienda. A los pocos días del viaje hubo *rodeo* de ganado y tuvo que ver el desfile de trescientas cabezas —todas lucias, gordas, de bellas formas y vivo color— que entraron en el corral para el recuento. Daba gusto observarlas desde lo alto de una tapia: los bueyes con sus carazas apacibles, los toros padres graves y ceñudos en su torva y fiera expresión, las vacas resignadas y tristes con los vientres anchos y las ubres colgantes, y el ganado menor inquieto, arisco, mirando por todas partes con ojillos relampagueantes y cara brava. Y tenía la mar de gracia la escolta de *chagras* e indios que arreando el ganado venían: los de a caballo, con los zamarrazos de chivo, armados del *apartador* y al arzón de la silla las enormes *huascas;* los de a pie, jadeantes y sudorosos, traían la huasca terciada y el zamarro bien angosto y vuelto del revés. Duró todo un día el rodeo, porque hubo que hacer muchos barajos y herrar muchas cabezas a causa de que Don Antonio se había descuidado de los rodeos largo tiempo hacía. Los *chagras* lucieron su habilidad para *enlazar* y la agilidad y fortaleza

de sus caballos; los indios volvíanlo todo infernal barahunda, de cuyo caos hacía surgir Don Antonio, como un dios, la luz y el orden y el número a fuerza de estentóreos gritos y recias puñadas. También Roberto se sintió tentado a tomar parte en la tarea de enlazar, para lo que se bajó apresuradamente de la tapia, pidió una *huasca* a un longo, correteó un gran rato tras una pícara vacona, y....zás... pero nada, sino era un estallido de risas y silbos con que los indios festejaron su inutilidad; pero no se amilanó por tan poco, y volvió a la carga, y tanto hizo y tantas veces lanzó el cabestro, que al fin logró enlazar a un torete en los puros cuernos. Todo esto se hacía entre nubes de polvo y en medio de destemplada algazara, y al terminarse el rodeo era donosísima la facha de los que en él habían tomado parte: como los sombreros habían volado en el torbellino del polvo y en el vértigo de las carreras, todos mostraban el pelo descompuesto y erizado, y las caras tenían diabólico aspecto con la tierra que se les había pegado y hecho lodo al amasarse con el sudor.

Después vino la cosecha de maíz. Roberto y Jorge se constituyeron en la era en calidad de oficiosos ayudantes; Roberto estaba encantado viendo el montón de brillantes mazorcas, tendido boca arriba, bebiendo la luz del cielo azul, abrasado por los rayos quemantes del sol despiadado, oyendo a poca distancia el cencerreo de la deshoja, los zurriagazos del mayoral a los remolones, los gritos monótonos y repetidos a compás del mayordomo, la jerigonza quichua y las estrepitosas risotadas de los deshojadores y el gimoteo de las criaturas tendidas al sol, musiquilla graciosa que le arrullaba adormeciéndole voluptuosamente. Cuando le apuraba la sed, se bebía con ansia harta *chicha*, que le sabía a gloria, que le parecía en tal ocasión la más sabrosa y refrigerante bebida de cuántas el hombre inventó. De

pronto venían los indios varones, jugando y gritando, a llevar el viaje a las trojes; llenaban los costales, los tapaban con una bayeta, y arriba, uno tras otro, a la hacienda, seguidos del mayoral y de Jorge. Roberto se quedaba en la era, y se daba su paseo por la deshoja para ver a las *longas* que salían a la cosecha como para una fiesta, muy limpias y relucientes, ostentando en las torneadas gargantas la vistosa *gargantilla* de abalorios policromos, y las camisas bordadas también de diversos colores, con los brazos, pies y parte de las piernas desnudos, tersos, incitantes.... Con ágil y lista mano asían las cañas, empuñaban la mazorca y hendían la punta de su envoltorio con el *tipidor*, lo abrían y arrancaban luego el fruto, y lo botaban a la canasta que llevaban a la espalda. Ahí estaba el mayoral con el temible *acial*, zurra que te zurra y grita que te grita; ahí el mayordomo, tieso y a plomo sobre el infeliz cuartago, lanzando su bronco grito, siempre el mismo, cada minuto.

Pero fué el corte de trigo el trabajo más de su gusto. Ante todo, nada era más bello que contemplar el trigal ya en sazón: era un mar color de oro, sonoroso, ondulando y rizándose lindamente al soplo del viento; y cada espiga, sobre el recto tallo, balanceábase perezosamente, pavoneándose con su color rubio, sus granos apiñados y sus agudas y rígidas aristas. Los indios, con sendas hoces y *churos*, se apercibían a la faena; tocaban el *churo* prolongadamente, y luego, entonando una canción quichua, segaban el trigo con gran fervor y prisa. Y como para este trabajo se hacía *minga*, esto es, se convidaba a la mar de gente que acudía de buen grado merced al eficaz cebo de la chicha, el aguardiente, los tabacos y la abundante comida de por la tarde, con carne y *papas* y coles, reinaba en la siega inusitada animación y entusiasmo. Caían y caían las espigas, que iban hacinándolas en gavillas, y el pri-

moroso mar se deshacía, hendido por todos lados en el ferviente tijereteo de la siega. Y a cada turno de chicha y a cada copita de aguardiente, que refrigeraban y confortaban en medio al sol y al viento, los indios gritaban con gozo salvaje, tocaban furiosamente el *churo*, seguían el canto desgarrando la voz y acometían contra el trigo en un furor de trabajo. El canto, monótono y tristón, le hacía gracia a Roberto, comunicándole su melancólica alegría. Después se acarreaba el trigo a la era, porcioncilla calva de terreno destinada para levantar las parvas; dos indios se encargaban de esto; el uno, sobre la parva, hacinaba las gavillas; y el otro, con una pala, amoldaba los costados de aquella. En medio de la inmensidad brusca y salvaje de la naturaleza serrana, al soplo del viento furibundo, bajo el azote de un sol inclemente, sintiendo el hálito terrible de la fuerza infinita, Roberto pensaba a su modo cuán pequeñito era el hombre y cómo contrastaba su inanidad de gusanillo, que rasguña la tierra, con el vigoroso aliento de la madre natura.

En los días domingos solían irse a misa a uno de los pueblos cercanos, a veces con toda la familia, y más a menudo ellos solos. Fué un domingo, en que se celebraba en uno de tales pueblos la fiesta del santo patrón, cuando le ocurrió a Roberto algo que debía trascender hondamente a toda su vida. Debía festejarse con señalada solemnidad la fecha aquella y se anunciaban corridas de toros, desafío de pelota con los vecinos del pueblo inmediato, peleas de gallos y otras diversiones por el estilo. Obtenida la venia de Don Antonio y pese a los arrechuchos de Doña Matilde, que abominaba de tales fiestas, los dos amigos,—precedidos del paje—pillete ladino y diligente—se encaminaron a caballo al pueblo de S. .. a eso de las once del día.

—Ahora sí que lo vamos a pasar bien, Robertín—díjole Jorge en el camino—. Tenemos que echar

una cana al aire a la salud del santo. Todo el pueblo me conoce y me quiere, sobre todo el prioste que fué mayordomo nuestro y cuyo hijo es actualmente administrador de todas las haciendas de papá; las muchachas son de rechupete, y como yo no me mamo el dedo en lo de tender el ala.... Ya verás, ya verás lo bien que pasamos.

—Ya lo creo, pero dejarás alguna *huambrita* para mí. No cargarás con todas—respondióle Roberto.

—No seas zoquete, hombre. Si ha de haber la mar de chiquillas.. Yo estoy tras la Zoilita. ¿Te acuerdas que la vimos el otro día? Se me hace agua la boca ¡qué rica hembra! A mí me encantan las mujeres, y hoy es la ocasión; si no la aprovecho soy un bruto. Pero, ¿te acuerdas de la Zoilita? ¿no te acuerdas que te hice conocer el otro domingo que estuvimos en S....?

—Sí, sí, me acuerdo bien. Ella te veía con buenos ojos, y parecía muy contenta de que la siguiésemos. Y, claro, todo un Jorge Sánchez enamorado de ella, no es para menos.

—Oyes, Juan—dijo Jorge dirigiéndose al paje —mucho ojo, hum, ya sabes lo que hay que hacer en estas ocasiones.

Y Jorge se sonrió con satisfacción maliciosa.

Roberto esperaba también encontrarse con alguna guapa chica, con quien pasar el rato. También a él le gustaban las mujeres, sólo que era un si es no es tímido, y no se atrevía a mucho con ellas; sobre todo era muy impresionable, enterneciéndose por nonadas y enamorándose de veras de cualquier muchacha.

Al cruzar la plaza del pueblo se les encabritaron los caballos, porque como la misa había comenzado ya, los *voladores* y la música metían un estrépido de todos los demonios. Llegaron a la casa de Ramón Silva, el prioste de la fiesta, en donde Jor-

ge y su familia solían apearse; sólo el cojo Lucas estaba allí, que todas las gentes habían ido a misa. Erase el cojo Lucas una buena pieza y persona pintiparada para tenoriadas y francachelas; era el primer plato de toda diversión, gracias a sus excelentes habilidades para la guitarra y el canto, por lo que acontecía que los señores andaban a traerlo por todas partes, acomodándole aunque sea al anca del caballo del paje o por delante si era menester; y él siempre listo y de buen humor, apto para un fregado como para un barrido, dichoso de ser la sal y pimienta del placer de los demás.

—¡Hola! gran Lucas—díjole Jorge al apearse —¿qué tal de vida?

—Así, así, patroncito, coji-cojeando como siempre —contestóle Lucas, teniéndole de las riendas al caballo de Jorge—¿y su merced y el compadre y las niñas?

—Bien, gracias. ¿Con qué ustedes de a fiesta, no?

— Y con muy buen humor, por más señas, blanquito. A buen tiempo llega su merced; ahora sí que hay chiquillas de relamerse y su merced puede hacer su agosto.

—A ver, a ver ¿cuáles son esas chiquillas?

—¡Oh! un mundo, patroncito. La Juana Paredes, la Zoilita Sandoval, la Luisa Proaño, la Inés Silva, que será la reina de la fiesta, como hija del prioste. Y su merced a cuál piensa, pues, echarle el ojo, para ayudarle, ah?.... Y su merced que es una bala y que va resultando peor que el compadre y *razano* y *garañón* como no hay otro.

—No seas charlatán, cojo pícaro. Embromo un poco a las chiquillas, y nada más.

—A mí con esas, ño Jorgecito, como si no le conociera. Ajajay, dende chiquitico ha sido una lanza, ahí mesmo en la hacienda. ¡Semejante patroncito, tan buen mozo, tan *geniable* y tan rico! Con el tiempo no ha de haber chiquilla que se le escape.... ¡Ay! Jesús, lay! Jesús...

Jorge se reía, lisonjeado en su amor propio de muchacho listo y tronera, delante de su amigo Roberto.

Después de la misa hubo procesión solemne, para la que se habían levantado sendos arcos en las esquinas de la plaza, con pañuelos y mantas de brillantes colores y con ramas de sauces salpicadas de florecillas. Desfiló la procesión en la que las mujeres daban la nota más alta con sus ropas chillonas y la voz atiplada de su canto; los santos, con su beatífica tiesura, iban en andas ahogadas en banderillas y cintajos, el prioste inflado de importancia llevaba el guión, y por último el cura, en medio de dos monaguillos, salmodiaba con su voz cascada los latines del caso.

El desafío de pelota duró hasta la tarde, sin que faltaran en él las riñas y vocerío de cajón. Enfervorizáronse tanto los contendores que a veces se podía creer que de juego iba a tornarse el lance en tremenda pendencia. Menudeaban las apuestas y las discusiones en torno al campo del combate. Entre los curiosos sobresalía la típica figura de un viejo entusiasta, membrudote y alto, que animaba con sus gritos y opiniones a los del pueblo de S.; pendiente del juego con los ojos, apoyado en su cachiporra, hacía aspavientos, gesticulaba diabólicamente, cual si se hallase en la más embravecida marimorena y víctima de arrebatada ira. Taita David, le llamaban sus convecinos, y le consultaban siempre que había duda sobre algún episodio del juego. Y taita David lo resolvía todo y con pintorescas frases motejaba a los sin *provechos* y aplaudía las buenas jugadas de los muchachos valientes. «Dale bonito», «suelta ese brazo», «*ahí mesmo la chaza*», «*¡ah! patojo simple*», y por este patrón endilgaba sus gritos a los jugadores a cada rato. Jorge y Roberto apostaron también, y ganaron como era natural, porque a la postre salieron victoriosos los de S.

A las peleas de gallos no quisieron ir los dos amigos, prefiriendo instalarse en la casa del prioste y dar comienzo al baile y al jolgorio, al son de la música de la banda de S. Los toros se dejaron para el otro día por ser ya tarde. Jorge, como se lo dijo a Roberto rato antes, estaba empeñado en la conquista de Zoilita Sandoval, real moza de gentil fuste, ojos picarescos y sandunguera y retozona de genio. Lo que es a Roberto se le entró por los ojos, a la primera ojeada, la hija del prioste, Inés Silva, corderilla arisca de pocas palabras y aire pudoroso, mejillas sonrosadas y frescas y cuerpo regordetillo, de formas redondas y apretadas. Pero Roberto estaba corto; trató de dárselas de mozo avispado y quiso gastar su rosa de quiteño, mas le faltaron alas, y no tardó en caer en la cuenta de que los *chagritos* tenían buena vista para distinguir de colores y tratar al señor Jorge con mil cortesías, reverencias y arrumacos y a él, a Roberto, casi a tú por tú. Y como Jorge tenía envidiable desenfado y era tan alegre y expansivo, tan llano y franco en su señorío, tan liberal y caballeroso, que derramaba júbilo y gracia, se granjeaba los corazones fácilmente rindiéndolos en una atmósfera de simpatía y de afectuosidad familiar y cordial, apoderándose de ellos con resbaladiza insinuación y expansión gozosa; partes que, añadidas a su rostro varonil y hermoso de límpidos ojos azules y lenue bigote rubio, y a su apostura gallarda, de elegantes y sueltos modales, hacían de él el dios de la fiesta. Iba abajando Roberto, poco a poco, sus ínfulas y pretensiones hasta ponerse al nivel de la concurrencia, y conforme las copitas le desentumecieron el ánimo cobró bríos y perdió su cortedad.

Comieron y bebieron con hambre y sed; vorazmente los mozos, distraída y parcamente los hombres maduros, y ansiosa y torpemente los viejos: *rapingachos* y cuyes y pastas y frutas, coñac y cerve-

za y mallorca y chicha, se engulleron y se bebieron a porfía. Comenzó a despertarse el buen humor al par que se encendían los carrillos y se encandilaban los ojos de los concurrentes. Y se dió principio al baile al son de la música de la banda y de las cantinelas del que tocaba el *bombo*.

Rompió a bailar Jorge con Zoilita una animada «*alza que te han visto*», pareja que arrancó aplausos entusiastas, por el gentil y elegante desembarazo del hombre y el gracejo picaresco y encantador de la mujer. No quiso Roberto quedar atrás de su amigo, y, alentado por algunos tragos y las miradas de Inés, que ya comenzaba a enterarse —con la rápida perspicacia de las mujeres— de que Roberto la veía con amoroso afán, se lanzó también al baile con ella y dejó bien puesto el nombre de los quiteños en el arte de bailar y comportarse en sociedad; y como la compañera de baile, con su esquivez graciosita y su aire de temor y susto y sus ojos de límpida luz le iba trastornando, Roberto, en un arranque de júbilo y en una de las vueltas del «alza», arrojó el sombrero a los pies de la buenamoza a fuer de cumplido y rendido galán, y ella se olvidó de su timidez y recogió con ademán resuelto la prenda de amor que le endilgaba su amartelado compañero; y ahí fue el estallar de gritos y el redoblar de música y el acentuar y alzar el canto del maestro del bombo.

Se sucedieron los sanjuánitos y las alzas, y todo el mundo bailó y zapateó desde la chicuela impúber, que obligada por sus papás, se ponía a bailar para dispararse, turbada y corrida, hacia afuera de la estancia y a lo mejor del baile, hasta el vejete chusco en su gravedad que trataba de enseñar a los insípidos mozos de ogaño el modo de llevar el compás, zarandear el cuerpo y hacer zalamerías a la guapa compañera. En uno de tales sanjuanitos, Roberto e Inés entusiasmaron de tal modo a la concurrencia, pues Roberto zapateó tan bien y cogió el

compás con tal precisión y gracia, e Inés contoneó tan gachonamente el redondo cuerpecillo y endulzó la expresión del rostro, que todos, hasta los padres de la moza, aplaudieron a porfía a la simpática pareja. Iba cayendo en gracia Roberto, que también era guapo y *geniable*, y como Jorge se cuidaba exclusivamente de atender a Zoilita, aquel se dedicó a entretener a las demás muchachas que pronto le tuvieron confianza, y la fiesta fué rodando con espontaneidad y alegría.

Eran los mozos, en especial los mozos enamorados quienes se llevaban las miradas y la atención de todos, despertando vivo interés porque el placer de amar les iluminaba los ojos, les alzaba la frente, les animaba el rostro y les imprimía ligero temblor, haciendo vibrar su corazón y arrebatándoles el alma. El divino y animal placer de amar, que arranca de la intensa sed de contacto de la carne y llega a los más sutiles sueños y anhelos de unión del espíritu, inflamaba a los jóvenes causando la envidia de los viejos.

Roberto y Jorge comían y bebían, bailaban y enamoraban, sintiéndose dichosos con el cosquilleo del libre, instintivo, fogoso y gozador apetito que se lanza, ya con amorosa y regocijada avidez, ya con cruel y egoísta frenesí, hacia toda cosa viva y hacia toda cosa bella: a la luz para sentir su color y calor, al aire para percibir su frescura y aroma, al agua para gozar su fluidez, suavidad y frío estimulante, a la tierra donde danzan miriadas de seres que brillan y cantan; a la fruta para comerla, al corcel para disfrutar de su ágil, libre y rápida carrera, a la mujer para verla, oirla, escuchar el rumoreo de su alma, besarla y abrazarla, llegando así al traves de una fiesta de sensaciones, por la escala gradual del contacto, a lo *supremo* de la sensación y el goce. ¡Divina locura de la juventud, que así lleva al abismo como arrebata a la dicha y en-

cumbra a la gloria!....En breve, los dos amigos habrían de refrenarla, si querían ser hombres correctos, decentes, moderados y sobrios. En breve sentirían entrecruzarse y chocar dolorosamente en su corazón mil y mil sentimientos y aspiraciones, que deben concillarse en la armonía definitiva del hombre cabal. En tanto, que jueguen con la vida, que coman y beban, que bailen y enamoren hasta el hartazgo, frívola y alegremente!

Jorge estaba haciendo de las suyas. Roberto echaba de ver los cuchicheos de su amigo con el paje que, al oír las órdenes de su *amito*, abría los ojos, sonreía con malicia, y luego volaba a traer licores y más licores, monopolizando el servicio con gran viveza y solicitud. No dejaba de escocerle el amor propio a Roberto la idea de parecer menos que Jorge, pero se iba consolando al pensar que eso no tenía remedio y sobre todo al reparar en que, gracias a la asidua dedicación de su amigo a Zoilita, él metía la bulla, llamaba la atención de todos y se atraía las miraditas de Inés, a donde convergían sus facultades y sentidos.

Llegó la hora de comer, y aunque los convidados se mostraron reacios para ir al comedor, pues habían formado grupos y corrillos en que cada uno se desgañitaba y peroraba a maravilla, sin que se entendiesen en lo más mínimo, a fuerza de arreos y de empujones se logró reunir a los concurrentes en torno a la mesa, atestada de botellas y trastos, *pastas* y frutas. Presidió Jorge la comida en medio del teniente político y de Roberto; al final de ella, que no fué debidamente saboreada a causa de la embriaguez general y de la consiguiente batahola, se dijeron altisonantes brindis en que Jorge, el prioste y el teniente político lucieron sus dotes oratorias, brindis que remataron la babilónica marimorena en feroz hecatombe que rompió platos, hizo rodar gentes y silletas y elevó la algazara a su más alto diapasón.

Luego después, en vista de que el buen humor crecía como la espuma al par que los músicos querían dar abasto a sus estómagos y reposo a sus pulmones o brazos para continuar con ánimo el oficio, se acordó encomendar la guitarra al cojo Lucas, que se pintaba sólo para rasguearla, y fué de verlo y oirlo en el desempeño de su arte. Con movimiento de cabeza y taconeo de pies, con rítmica gesticulación y picaresco guiñar de sus ojos, seguía el compás y la entonación de su música, y la impregnaba de picante saborcillo que excitaba y encendía a los bailarines y enamorados; y salían de sus labios coplas y coplas que él sazonaba con la picardía de sus ocurrencias y añadiduras y acrecentando su sentido con la maliciosa elocuencia de sus gestos.

Postrábase ya la gente de tanto bailar y beber; se bebían mares de *chicha*, en una rabiosa e incabable sed. Roberto, sediento, dió con un vaso de tal bebida que le supo a demonios pero que, a pesar de todo, él se lo trasegó de un sólo sorbo; era un *chinguero* terrible que el paje de Jorge había preparado. Pocos momentos después se sintió acometido de bascas vehementísimas y tuvieron que conducirle a una cama.

En tanto que Roberto, víctima de molesta ansiedad, reposaba en el lecho que con notoria solicitud le proporcionara Inés, Jorge, merced al hábil y socorrido recurso del *chinguero*, obtenía villano triunfo de Zoilita, cuyo instinto carnal exasperándose con el alcohol le abandonaba impúdicamente al deseo de su seductor, en una estancia desmantelada y secreta, sintiendo ella bestial gozo en sus adentros porque la beodez desbarataba todos sus escrúpulos de moza honrada y los pudores de su cuerpo virginal. Villano triunfo, si, envilecido por la borrachera que enrojece los ojos, marchita la tez y cuelga los labios, atontando el espíritu; triunfo villano, que convierte en acción ruin y en robo pérfido, lo que

debería ser espontánea atracción de los cuerpos inflamados que ansían gozarse.

Al día siguiente, principiaron los toros, y ahí en la plaza se arremolinó la muchedumbre, ciega y loca, al ruedo de la brava y hermosa fiera que despanzurraba a unos y hacía dar piruetas en el aire a otros. Al son de la musiquilla lánguida y agonizante, en medio del enjambre de gente sucia y beoda, respirando el vaho de aguardiente y carne humana, sólo el toro era bello: la mirada encendida, en alto la cerviz, ágiles y elásticos los miembros, brillante la piel, volviendo los ojos para todas partes, escarbando la tierra y embistiendo con ímpetu a los *toreadores*, estaba hermoso en su animalidad fuerte y feroz. Así lo pensaban vagamente los dos amigos que, trasnochados y alicaídos, sentían de nuevo regocijárseles y levantárseles el ánimo a la vista del inquieto, fiero y engreído animal. *Torearon*, y Roberto sufrió rudo golpe que asustó a Inés y alborotó a la gente; pero en breve se le disipó el dolor *asentando* el susto con un buen gloriado y el zapateo de un sanjuanito bailado con Inés. Se repitieron las escenas del día anterior, bramó de nuevo el aguardiente en todas las cabezas, y, por fin, ya de noche, los dos amigos, con harta desgana, se desprendieron de sus prendas y regresaron a la hacienda, temorosos del regaño de Don Antonio y de las iras de Doña Matilde.

Noche bien oscura y fría, cuyo silencio, al atravesar el pueblo, sólo interrumpía la destemplada grita de los borrachos, era aquélla; se percibía en la atmósfera aire denso, saturado de los malos olores que se escapaban de las tabernas: trascendía el aire a sudor humano y a aguardiente. ¡Oh la bestia, la pobre bestia humana, cómo aullaba, cómo hedía allí! ...

III

PATRONCITO, si logro sacar ahora mesmo el tamo grueso, estoy bien; pero ¡quién sabe! con el poco viento que hace, y más con estos *roscones* arreados y ociosos que no son capaces de apurarse si no se les calienta! ¡Cuánto les advertí ayer para que madrugaran! Se habían *agarrado* a la bebida en la casa del Toribio Toapanta, y si no voy yo en persona y les hago adelantar, no vienen. ¡Ah! *runas* para beber; por ser indios será que no les entran razones. En las doctrinas, niño, cuánto les digo, cuánto les advierto, pero lo mesmo que nada.

Por entre el vocerío y ajetreo de la trilla se alzaba y lo dominaba todo la bronca y robusta voz del mayordomo que le daba razón a Jorge, con las frases aquellas, del estado y dificultades del trabajo del día. Paseaba el *chagra*, con satisfecho y grosero garbo, su membrudota y tosca humanidad por detrás del círculo que los indios formaban al rededor de la trilla, sucia la cara de tamo y polvo, despeinada y áspera la barba, arrebujado el cuello en gruesa bufanda y el cuerpo cubierto del enorme *poncho* de Castilla que le bajaba hasta los tobillos; a pocos pasos, su triste y escuálido rocín, quitado el freno, que pendía de la cabezada de la silla, y atado a una mata de espinos, pacía las lozanas plantas de trigo que habían nacido de los granos desperdiciados.

Jorge y Roberto habían ido a la trilla, ganosos como siempre de presenciar los trabajos de la hacienda, y de tomar parte en ellos.

—Dales *cuero*—respondíale Jorge al mayordomo —con estos no hay otro remedio. Si no quieren de buenas, pues de malas. Ya ves cómo les adula papá ¿y qué se saca? Estos son llevados por el mal y les gusta el rigor.

—¡Ah! Y si no fuera por que les caliento ¿cree su merced que hicieran algo? Uno tiene que estar sobre ellos noche y día, y sólo así se mueven. Y cuando se ponen a beber, ayayay, el trabajo que éstos dan! y si no, qûe diga el *ruquito*; a él le consta todo.

El *ruquito* era el mayoral, indio viejo que, a despecho de sus setenta años, se mantenía fuerte y tieso. Gozaba fama de indio *racional*, y a eso debía su cargo y el aprecio de los blancos. Al oirse aludido por el mayordomo, tomó la palabra, yendo de aquí para allá movido por el trabajoso esfuerzo del pensamiento y el habla, pisando recio y acompañando sus irritadas razones con bruscos ademanes y expresión resuelta; en su cara rugosa y oscura le saltaban los brillantes ojillos de mirada fija y tenaz.

—¡Ay! amu de mi vida, !ay! amu de mi corazón, qué tan se hará con esta gente burrachosa, mal cristiana, bribona! Encuntrando cum benefactor, cum cumpadre, cum cunocido, se tuma dus, tres cupitas y medio se chamusca un puco; pero éstos iqui dizque! Hasta no quedar tendidos, rudando pur suelo, nu paran de beber. Yuca, bien de madrugada, cumo gallito castizo, sølgo a gritar al trabajo, y me andu de luma en luma, grita que grita. No viniendo prunto gente, curazón se encoje, pero cuando estos pécaros trabajan cum empeño, cum amor, cum voluntar, cum divución, curazón se alegra y se pune cum curaje cumo curazón de mozo. A mi, pobre vejancón, gente ya no rispeta; siendo yu mucito, sabía parar

duro, duro, amarrando juerte los calzones; pero aura, ya no avanzo mesmo, niño de mi vida, cum estos burrachosos.

En tanto los demás indios, al rededor de la era, donde yacía, convenientemente regada y extendida, una parva de trigo, armados de sendos y gruesos garrotes y parados a corta distancia, sin curarse un ápice de las andanadas que les endilgaban sus superiores, entre risa y risa, entre broma y broma, espantaban con gritos y garrotazos a las bestias que, en masa, arreadas a zurriagazos por uno de ellos, daban las vueltas sobre el trigo para trillarlo. Epidermis duras, pieles curtidas, los indios, no se resienten ni a las destemplanzas del sol y el viento ni a las impiedades del látigo y la injuria; oponiendo a todo ello su indiferencia perezosa o su alegría ligera desesperan a los blancos que se esfuerzan por entrar en esa alma cerrada, esquiva, resistente, en busca del tesoro de buena voluntad, que habrá de activar y duplicar el trabajo. Y como el indio es el guardián de la heredad, como a su custodia se confían los valiosos y bellos animales, y las preciadas mieses, como en su humildad y mansedumbre es la piedra firme y sólida en que descansa la hacienda, el sostén de la fortuna, la raíz del árbol y el jugo de la planta, el blanco quiere dar con el resorte íntimo, con el manantial escondido, con la parte viva y sensible de aquel ser impenetrable que se amuralla en su pesada inercia. Sencillo y sobrio juego de instintos primeros, con tenaz y fuerte cohesión, dentro del que se amortiguan y desmayan el espíritu y la voluntad, el indio es la tortura del patrón que no acierta, ni con el látigo ni con el afecto, a dar espontaneidad a su trabajo; y es la tortura del poeta, codicioso siempre de penetrar el fondo de las almas y el secreto de las vidas....

Paraba el viento y se apesantaba la atmósfera cargada de negras y densas nubes, como si fuese a

llover. Y el bochorno consiguiente obligó a los dos amigos a recostarse a la vera de una parva. Jorge se adormecía, y el mirar versátil y animado de sus azules ojos se apagaba con somnolencia. Roberto, ensombrecida la frente y los ojos, pensaba y pensaba; ni la bulla de la trilla, ni el fastidio del sol y el viento conseguían librarle de la persistente preocupación que le venía ensimismando y desazonando. A veces, sutil melancolía le ganaba el ser y le calaba hondo, y sentía adelgazársele el alma en un hilo de tristeza como que a arrancársele fuese en un suspiro; y a veces, se le llenaba de ardor y brío el corazón, convidándole a algo grande. Con extraño desabrimiento veía ahora lo que antes tanto le divertió y apasionó. Calenturiento y trastornado el espíritu, se iba, se alejaba, se desprendía de todo lo exterior para abismarse en sí mismo, absorta la mente en una sóla imagen, prendida la atención a una sóla idea, embebido el pensamiento en un sólo ensueño. Era el amor, era el fluído de amor que manaba a raudales de los ojos de la garrida moza del pueblo de S., y que su corazón, abierto y propicio, bebió, absorbió como seca esponja, con avidez y sin recelo. Al recordar la gracia y encantos de ella, el caliente tono cariñoso de sus palabras, la dulzura y transparencia de su mirar cristalino, oleajes de pasión y ternura le embargaban el alma. ¿Cómo obrar para hacerla suya y ser él de ella? ¿cómo apoderarse de ese corazón y gozar de esa gracia y hermosura? Muy de prisa y con ansias locas, con grande e irresistible vehemencia, iba entrándole la pasión. Todo lo haría para unirse con Inés, y si era menester casarse, se casaría con ella, sin remedio. Propenso a la obsesión amorosa, de tierna y violenta sensibilidad, de hondo y duradero sentir, todo le predisponía a caer fatalmente en los lazos de amor. Y no tenía ya otra ilusión ni otro deseo que volverla a ver, volverla a oír, regalarse de nuevo con la

calentura que los ojos de ella prendían en su cuerpo y en su alma!....

Jorge cortó el cavilar de Roberto, diciéndole:

—¿Qué te pasa Robertín? ¿por qué estás tan pensativo y tristón? Apostara a que estás enamorado, hum....Tal vez de la Inesita, ¿no cierto? ¡Ah! pillo ¿creiste que no te calaba?....

—No, hombre —respondióle Roberto cortado y contrariado—. Es que tengo un poco de cansancio y de sueño. Cierto que me encantó ese día la Inesita, pero no para enamorarme.

—Es un dije, hijo. Te alabo el gusto. Arrímale, no más, el hombro con todo empeño. Y me pareció que ella te veía también con buenos ojos.

—¿De veras? —preguntó Roberto vivamente, con notoria ansiedad.

—¡Ja, ja, ja! ¿no ves? si estás enamorado, terriblemente enamorado.

—Vaya, no molestes; supongamos que sí, y ¿qué hay con eso?

—Nada, pues, hijo ¿no te digo que te apruebo el gusto? Sino que me causa gracia, sobre todo porque no me lo has querido contar y yo te he adivinado. Y, no seas zoquete, hombre; yo te he de ayudar y te he de llevar de nuevo allá cuando quieras; ya sabes que en esa casa hago yo lo que me da la gana.

No se espontaneaba Roberto con su amigo porque, repentinamente, en la esquivez y delicadeza de su naciente amor, vió claro cuán distante y lejano del suyo estaba el espíritu de Jorge. No eran, no podían ser del mismo sentir; jamás podría Jorge entenderle ni darse cabal cuenta de lo que le pasaba. Su tristeza, la de Roberto, era enternecimiento y blandura de corazón, desmayo y desesperanza del ánimo; en Jorge las penas eran fastidio, malestar del deseo irritado o del amor propio herido. La alegría era estrepitosa, agresiva, dominadora y exigen-

te en Jorge; en él corriente callada y honda, remanso profundo más bien. Y su corazón siempre estaba listo y pronto para contribuir, con el vuelco de la ternura y el sentimiento, del afecto y la piedad, a sus placeres sensuales. Pero a Jorge nunca le aquejó en sus amores el dolor de amor, nunca se le ablandó y derritió el corazón al pensar en las mujeres a quienes deseó o gozó; todo sensación, todo sentido, gustaba de ver los lindos ojos y las mejillas lindas, de palpar las suavidades sedosas de la tersa piel, de besar los encendidos labios y estrechar los cuerpos palpitantes, pero su voluntad siempre estuvo reacia a contraer la deuda de ternura y afecto tan espontánea en los corazones sensibles y en los espíritus generosos y completos. Mutilación que traen consigo el orgullo de la felicidad barata, la soberbia de los caprichos realizados fácilmente y de los deseos satisfechos sin esfuerzo ni contradicción, el exceso y refinamiento de los placeres corporales que ciegan, en el espíritu, la fuente de aguas vivas!....

Instintivamente, ¡con la intuición certera de su inflamado amor, Roberto veía todo ello y se recataba de confiar la razón de su pena y caimiento a Jorge. Pero como, en realidad, comprendía que su amigo podía llevarle de nuevo a la casa de Inés y que sólo de él podía valerse para relacionarse con la familia de ella, no se cerraba del todo a las bromas e insinuaciones suyas.

Se dejaron estar hasta la tarde en la trilla, y al regresar a la hacienda, el día agonizaba en claro y despejado crepúsculo. El cielo, amplísimo y profundo, visto allá arriba al través de diáfana e infinita atmósfera, sólo era perturbado en su pureza azul por el nadar de tenues nubes que lo cruzaban tornando la color del lila al grana, del oro al carmín. La tierra, llena de paz, se adormecía medio estremecida en la brisa que rumoreaba melancólicamente al remover las hojas secas o mecer el follaje

de los árboles y matorrales o colarse en las hondonadas y callejones; y por diversos puntos, desde el ramaje de las zanjas, salía el dulce silbar de los pajarillos que se recogían al nido, y el *solitario,* voltejeando sólo, lanzaba su penetrante y melancólico grito. El valle, seco, agostado por el verano, entre pajizo y gris de color, lucía como alfombras de terciopelo oscuro las sombras sugestivas de sus arbolados; y arriba, en lo alto de los cerros, nieves deslumbrantes, de blancura desolada que se animaba y doraba al beso del sol muriente. Las chozas humeaban reclamando a los indios a sus hogares para recatarlos y guarecerles del frío y reconfortarles el cansado cuerpo; y por entre los altos y gruesos eucaliptos, que se enfilaban de lado y lado en el callejón por donde se entraba a la hacienda, y al través de la masa verde de los nogales, refulgía alegremente al sol de la tarde el jalbegue de las paredes de la casa. Y ésta, que se presentaba así, medio escondida y al abrigo de tupidos bosquetes, atraía singularmente a esa hora ofreciéndose como refugio seguro a las gentes ateridas de frío y cansadas del trabajo ¡Qué dicha tener tan cómoda morada para reanimarse en los abrigados cuartos tras haber soportado todo el día el azotar del viento y el abrasar del sol!

Encontráronse allí con el cojo Lucas, que visitaba a su compadre para pedirle algún favorcillo, consecuencia y fin de sus visitas. Por la noche, terminado el rezo del rosario, devoción a que Doña Matilde sujetaba terca e inexorablemente a todos, inclusive a su marido, los dos muchachos y el cojo Lucas, que se quedara a dormir en la hacienda, salieron a tertuliar en la azotea, lo mejor y más bello de la casa; una larga y ancha azotea, desde donde se contemplaba todo el valle y se veía nacer la luna. Y allí, encogidos bajo sus *ponchos*, se pusieron a recordar las francachelas y jaranas que habían pa-

sado con el sin par cojo; y recayó la conversación, como era natural, en los recuerdos, frescos y vivos, de la última fiesta, y enardeciéndose a su evocación, resolvieron ir de nuevo por la casa de Silva y parrandear allí; y el cojo Lucas, que jamás se hizo rogar en tales casos, se ofreció al punto para anunciar a su compadre Ramón la visita de los señores, seguro de que semejante nueva no sería mal acogida en la casa de su compadre.

Concertada esta nueva zambra, y llegado el día los dos mozos, con pretexto de visitar a un amigo y tras ensillar personalmente y con gran prisa los caballos, emprendieron viaje al pueblo de S.

Y mientras ellos aguijan a sus corceles para llegar cuanto antes, el lector y yo nos trasladaremos con la velocidad del pensamiento a la casa de Silva para sorprender allí a la gente en sus menesteres caseros y catarla bien y a sabor.

Asentada ahí, frente a la iglesia y mirando al oeste, estaba la casa de Silva en la plaza del pueblo de S. — Parangoneado con el de las demás, resultaba su frontis de buen parecer no obstante el desmedro del tejado, las faltas y manchas de la cal de las paredes y las hendiduras y vejez del maderaje de las puertas y pasamanos. En su parte exterior, se componía la casa de dos corredores, uno sobre otro; el de arriba tenía a cada extremo un aposentillo con su balcón pintado de azul, y el de abajo una pieza espaciosa que estaba arrendada al teniente político para su despacho. En la parte trasera, otros dos corredores y otro más que formaba ángulo recto con el de abajo. A mano izquierda del callejoncito de entrada estaba la pesebrera con sus dos jamelgos y a mano derecha el patio trascendiendo a puercos y gallinas que pululaban en él; y detrás de una tapia, entrando por enana puerta de reja, se encontraban la huertecilla de hortalizas y la cuadra de alfalfa, apestando a majada, pero lozanas

y vistosas con el verde incomparable del alfalfar y la caprichosa elegancia de los colinos; como nacidos al azar, crecían allí un limonero, cuajado de flor y de fruto, media docena entre *tomateras y chigualcanes* y dos o tres eucaliptos; en una esquina había un floripondio que, cuando le llegaba la hora de estar en flor, botaba todas las hojas y se llenaba, en prodigiosa abundancia, de sus cálices blancos que hacían de él exótico pabellón de la más peregrina belleza cuyo embriagante e intenso aroma se esparcía por toda la huerta y toda la casa. En aquel día, que era jueves, había cierta animación en el interior de ella, de ordinario muy tranquila, animación traída por el *amasijo*, antigua y conocida granjería de la familia de Silva; y como, además, se esperaba la visita de los señores de San Luis, se hacían ciertos *preparativos* y se efectuaba el *amasijo* con más esmero y diligencia. En una pieza contigua a la cocina, en donde estaba el horno, preparaban el pan cinco mujeres; de rodillas, delante de la artesa se habían colocado dos de ellas, una de las cuales era Inés, que estaban soba que te soba la masa; la otra, una *doña* pringosa y desgreñada, se ocupaba en lavar y fregotear el estradillo que había de servir para la hechura del pan y su consiguiente introducción en el horno; de las dos restantes, la una, la madre de Inés, mangoneaba por allí y por allá sin hacer cosa de provecho, y la otra, una mozona a lo Maritornes, recia e inflada de carnes, aviesa de mirada y enmarañada de pelo y rostro, confeccionaba la mixtura de queso y cebolla para el *condumio* de las *empanadas*, lanzándose a la boca a hurtadillas buenos pedazos del primer ingrediente. En cuanto la masa se tornó blanda, la cubrieron con manteles y *rebozos* y las dos muchachas que se habían ocupado en sobarla, sentáronse y enhilaron regocijada tertulia en la que intervino la entrometida madre,

de pies ante ellas y con las manos cruzadas sobre el panzudo vientre.

—¡Ay! ¡Jesús —dijo Inés desalentada— me he cansado bastantico.

—Y aura —apuntó Aurora, que así se llamaba la madre de Inés— hay que hacer el doble de pan porque en las visitas mismo se ha de gastar harto.

—Si pues —explicó Inés dirigiéndose a su compañera, una amiga suya, joven, avispada y de maliciosos modos— como va a venir el señor Jorge con amigos, no pudimos excusarnos.

—Me muero —observó Rosa— el pícaro del Señor Jorge, Dios me guarde.

—Pero es un alhaja—dijo Aurora—todo está en que las chiquillas sepan guardarse, porque, hija, cuando una no se presta ningún hombre se atreve.

—Claro es —exclamaron entrambas muchachas.

—Lo que es yo —prosiguió Aurora— siempre he sido amiga de los Señores, pero como todos me han conocido formal, a ninguno se le ha antojado hacerme la corte y si, por desgracia, este mal pensamiento le ha pasado a alguno por la cabeza, yo he sabido pararlo a buen tiempo con mi dignidad.

—Tan jovencito y tan pillo —insistió Rosa pensativa.

—Si, pues,—asintió Inés, preocupada con la radiante imágen del joven rico que le bailaba en la memoria.

—Pero, hija —replicó Aurora— cada uno se divierte como puede, y si hay gente que se preste a sus malos deseos y que hasta le provoque ¿qué ha de hacer un blanco tan buenmozo y rico, por santo que sea? Lo que es con nosotros es de lo más atento y fino, y con la Inesita muy considerado y medido, tanto que apenas le dirige la palabra ¿no cierto, hijita?—Inés asintió con inclinación de cabeza— En nuestra fiesta mismo, bien vieron cómo la Zoila se le pegó y le aduló y le provocó con semejante

sinverguencería, y después para decir que es culpa de él.—Una pausa —y lo que es caballero, es de lo mejor, como que no hay quien les gane a nobles a los Señores Sánchez; yo que les he tratado a toditos: al Señor Juan, al Señor Antonio, al Señor Ricardo, y todos tan generosos, tan guapos, tan graciosos, tan decidores, que da gusto estar con ellos. Sobre todo el Señor Juan, ver esa elegancia, ese cuerpo tan alto y tan garboso, esa manera de plantarse, ese modo de embromar y de decir las cosas, ese modo de arreglar todo y de convencer a todos, que no hay quien se le resista; y cuando monta, con todo lo necesario, siempre en buenas bestias, con zamarros de cuero de león y espuelas grandes y antiguas, es una majestad sobre el caballo; ¡cómo lo rasga, cómo lo maneja, con las piernas que casi le llegan al suelo por alto que sea el animal, y cómo suena todo *chal, chal, chal,* y el caballo hecho una pluma, bien engatillado y resoplando! Nosotros le servimos largo tiempo al Señor Juan en «La Esperanza» antes de servirle en «San Luis» al Señor Antonio, y porque me quería mucho y me regaló un par de vaquitas, ya las malas lenguas me desollaron y me inventaron la mar de historias. Pero con tal de estar una limpia de culpa y mancha, no debe de hacer caso de las habladurías de las envidiosas.

A Inés no le sonaba bien aquel charlar descosido de su madre y, por cortarle a tiempo, antes de que entrara en más menudos pormenores y diese a entender lo que no debía, le dijo que se acordase de la chicha, pues que la sed les estaba apretando y que era menester aplacarla para continuar con ánimo su tarea. Fuese Aurora por la chicha y regresó acompañada de su marido, quien acababa de llegar de fuera y traía la noticia de que los señores no tardarían en llegar porque los había encontrado a los de San Luis que iban al «Rosario» para traerlo al Señor Manuel Ricaurte. Le apuró, pues, Ra-

món a su hija para que diese de mano a su labor y se pusiese a acicalarse lo mejor posible.

Ramón Silva, hombre ya avanzado en años, era célebre y respetable persona en el pueblo de S.— Amén de estar metido en muchos y buenos patacones y de haber desempeñado, con frecuencia, importantes cargos públicos, tales como el de Teniente Político, el de Juez Civil, etc., era severo en sus costumbres en medio del abandono, desgobierno e impudicia de las demás gentes, y en concepto de los Señores hacendados, cuya opinión en tal materia es inapelable y segura, era el *chagra* más honrado y de buena fe de cuantos comieron y comerán pan en el mundo. Había sido mayordomo en varias haciendas, principalmente en la de Don Antonio Sánchez, donde ascendió a la categoría de administrador y pudo redondear, sin malos manejos, una regular fortuna que le hacía pasar como el vecino más acaudalado de su pueblo. Bronco y fuerte de complexión, alto de estatura, sin una arruga que le quebrase el cuero del rostro ni una cana que le blanquease las negras greñas, rudo, enérgico y un si es no es alborotado de ademán, estentóreo de voz, manejaba su huesarudo cuerpo con cierta prosa y cierto aire de importancia que había que ver. Era por lo demás algo simple en el pensar y corto de entenderas, razón por la cual encontró en su mujer la criatura más acomodada para llenar las faltas e insuficiencias de su persona. Perspicacísima para conocer de una ojeada a las gentes y leer en los ojos y en el tono de la voz y en los gestos y hasta en el aire y continente las intenciones que traían, Aurora se pintaba sola para aconsejar y dirigir a su marido cuando este pobre hombre de Dios se enfrascaba en algún negocio complicado del que no acertaba a salir bien con sus solas fuerzas. Era lista y diligente para toda clase de asuntos, y mejor se hallaba y se comportaba en los que se desarrollaban fuera de la casa que en los

domésticos, sin desatender éstos, por cierto. Fué guapa moza con sus ojillos negros, vívidos, flechadores, hirientes, y sus caderas fuertes y anchas. Era parlanchina como un loro, y muy aguda en sus pensares y decires, mayormente cuando unos buenos tragos le encendían el caletre y le soltaban la sin hueso; y conviene apuntar, como importante detalle, su invencible y vehemente afición a empinar el codo cosa que le sacaba de quicio al pobre de Ramón, que no gustaba de hacerlo sino muy de cuando en cuando y en muy solemnes ocasiones. Aurora se aprovechaba de cualquiera coyuntura para achisparse, y ya ebria, era otra mujer: lasciva, frenética, vuelta trapo y vuelta bestia, perdía todas sus virtudes, todas sus gracias en la demencia y en el colmo del vicio. Ramón deploraba aquello con toda su alma y al observar cómo era inútil toda reprimenda, se daba a pensar que en su mujer debían existir dos personas distintas y maldecía al *trago* que lograba transformar, con su diabólica virtud, a una mujer tan honrada y diligente, tan laboriosa y económica, en la hembra más loca, despilfarrada y abandonada que se pudiera imaginar. Y lo malo era que él, Ramón, jamás se sintió con ánimos para dar a su mujer una buena andanada de palos, como lo hacían los demás maridos en iguales circunstancias, porque a lo mejor se le enternecía el corazón y se le desmayaba la voluntad o le acometía miedo de ver a su mujer sulfurarse y llevar el arrechucho a lastimosos extremos. Porque ella, que se amilanaba o fingía amilanarse humildemente al oír los regaños del marido, escuchándole con buenos modos, resultaba con fibra varonil y terribles corajes cuando la cosa se volvía seria; y Ramón la había visto lidiar bravamente con hombres y mujeres en memorables ocurrencias. El se tragaba, pues sus iras, y para que no padeciera mucho su dignidad de varón se contentaba con alzar

el tono de su ronca voz y espetar a su mujer unas cuantas frescas.

De este matrimonio nacieron ocho hijos, pero vivían sólo cuatro. Víctor, el mayor, casado ya, servía a la sazón de administrador en la hacienda de la familia de Jorge; los tres restantes eran Inés y dos varones menores que ella.

Inés, rozagantísimo botón de dieciocho abriles, era para sus padres una cascadita de gloria que les remozaba el ánimo y les refrescaba el corazón; el indispensable rayito de poesía que hiende la prosa gris, lo opaco y pesado de la vida y lo aligera y abrillanta. Y les venía bien, muy bien a las almas heladas y oscuras ya de los dos viejos aquel soplo de fresca y nueva vida, aquella viva centella de gracia y hermosura, aquel don de irradiar luz, luz del alma, e irisar la luz de las cosas, que ellos sentían colárseles muy adentro, vivificante y rico. Y luego, aparte de lo dicho, Inés les era también valiosísima ayuda, inapreciable recurso en los menesteres de la vida cuotidiana. Que se trataba de borronear una carta para personajes de suposición, Inés, que leía y escribía a maravilla, tanto que a punto estuvo de obtener diploma de profesora, se pintaba sola para el caso; que había que liquidar cuentas, hacer recuentos de animales, contar grandes sumas de dinero, ella, de fresco y ágil pensamiento, devanaba sin dificultad la madeja y salía airosa de todo lío. Porque Ramón iba cegando ya y se entorpecían, día a día, sus pocas artes para cosa de apuntes y cuentas, y Aurora, que nunca supo pizca de silabario, sentía que su privilegiada memoria, en que se grababan con precisión y prolijidad pasmosas todo lo que interesaba a la familia y hacienda y lo que no les interesaba, decaía y se le adormecía palpablemente, y necesario era que nuevos vigores sostuviesen y reanimasen el andar del patrimonio y de la casa. En punto a cocina, todos se relamían al saborear los

platos por Inés sazonados, y en lo que toca a coser y bordar en todo el pueblo se celebraba y encarecía la habilidad y destreza de sus manos. Con tales partes, aún poniendo a un lado sus prendas físicas, era natural que por Inés se bebiesen los vientos los mocitos del lugar, a cuyo sentido práctico de campesinos resaltaban más las condiciones de mujer casera y juiciosa que apuntaban, prometedoras, en la muchacha que sus encantos de guapa y fresca hembra que llevaban tras sí los ojos y los deseos de los caballeretes de la ciudad. Y a fe que a éstos les sobraban motivos, que no era poca cosa la gentil Inés. Su fresco y gordo cuerpecillo, de formas redondas, cimbreante de movilidad y de vida, radiaba gracia por todos los poros, y su rostro, bañado de luz y alegría, cautivaba los corazones y los sentidos; la frente algo estrecha, ligeramente hinchada, se coronaba de negra y tupida mata de pelo que caía a la espalda en gorda y larga trenza; los ojos húmedos y cristalinos, puros y risueños, en que rielaba la luz como riela en las lagunillas que se forman sobre la hierba en los hoyos de las dehesas que se están regando o como juguetea y rutila en las nítidas gotas de agua que después de la lluvia se balancean y ruedan sobre las hojas de las plantas, eran oscuros, emergiendo del límpido blancor de la córnea la encantadora sugestión de la brillante, movediza y negra pupila; la naricilla, un tantico roma al nacer, salía y se redondeaba graciosamente en el remate, y dos hoyuelos monísimos, cerca de las comisuras labiales, seguían, distendiéndose o ahuecándose, la gravedad o jovialidad de la expresión del rostro; la barbilla redonda, terminando en el cuello, redondo también, de suave y delicioso contorno, corto y mórbido; las manos, poco pulidas y algo torpes, no parecían mal por lo regordetillas y bien coloreadas, porque la piel, el color y brillo de la piel, como perla morena, era lo más atrayente de sus encantos,

signo de su rica y ligera sangre y demostración de su amor al agua y natural limpieza.

He aquí la graciosa criatura que había sorbido el seso al bueno y ¡cándido de Robertín, y con la cual él había resuelto, después de poco cavilar y vacilar, en la vehemencia de su tierna sensibilidad, hasta abatir el cuello al yugo matrimonial, si tanto fuese menester. Verdad que él, de tanto oír a su madre, había venido en soñar con una joven noble y rica que se prendase, como en las novelas suele acontecer, de sus eximias cualidades —exaltadas en su imaginación por virtud del amor propio y del amor materno— y diese al traste con las tontas preocupaciones y puntillos aristocráticos haciéndole su esposo y encumbrándole a los más altos peldaños de la escalera social; pero esta ilusión no tenía visos ni asomos de realizarse, y bien palpaba Roberto el despego e indiferencia con que las hermanitas de Jorge lo veían. Y cátala allí, al alcance de la mano, cuando menos lo pensó, rica prenda de amor, sazonada y jugosa fruta, que, si no respondía cabalmente a sus ensueños, le hería en lo vivo, se le entraba por todos los sentidos hasta dar con su corazón y encenderlo y trastornarlo, con la fuerza poderosa e irresistible de una bella realidad viviente que avanzaba hacia él para ofrecérsele cuajada de encantos y.... también ¡de pesetas, que no era, ni menos podía ser para Roberto, saco de paja la fortuna de Ramón Silva. Le llenaba el ojo y el corazón la linda moza; se le hacía agua la boca ante la fruta de sus labios! a tomarla, pues!....

IV

NO había Inés dado fin aún a su tocado, cuando resonaron en el zaguán los herrajes de los briosos caballos de los visitantes, y como ella se lavaba la cabeza y las manos en el corredor, suelto el abundoso pelo hacia adelante y desnudos los gordos brazos llenos de hoyos, fué sorprendida por los jóvenes en tal postura sin que lo pudiese remediar. Dió un grito diciendo «*Jesús, me muero*» y se coló por el primer cuarto que halló abierto, que por su desventura resultó la salita, de donde, al darse cuenta de su yerro, tuvo de salir mal de su grado tapándose la cara y echando a correr en busca de refugio; al paso recibió mil flores de los mozos que trataban de persuadirle de que, al desgaire y todo, ella estaba siempre remona y reguapa, según era de grande la fuerza de su gracia y belleza.

Después de un buen rato, en que los tres amigos y el cojo Lucas, que lo salpimentaba todo con su voz y su gesto, melosos y picarescos, tertuliaron con Ramón en la salita, se presentó Inés, medio avergonzada y corrida, aliñada y emperejilada va, con las mejillas echando lumbre y la cara toda mal rociada de polvo de arroz. Tenían razón los mozos al decirle que estaba muy bien antes de acicalarse que sus encantos resaltaban mejor en plena libertad, al aire libre como si se dijese, antes que aprisionados ataviados sin gusto ni gracia.

—Qué miedo nos tienes, Inesita —le dijo Jorge— nos huyes como a toros.

—No es miedo —contestó Inés – sino vergüenza; la cogen a una tan de repente..

—Ya que hubiera estado usted en paños menores —apuntó Ricaurte— entonces sí que hubiera habido que ver!

—No sea tan malo, por Dios —exclamó la muchacha— sonrojándose más y más.

—Es buen gusto, —observó Jorge.

—Qué ha de ser —dijo Inés— ahogada ya la voz, en el colmo de la turbación.

Roberto, a todo ello, callaba, cohibido por la emoción, envidiando la soltura de sus amigos para conversar y embromar.

—Bueno, Inesita —dijo Jorge— la cuestión es que para pasarlo bien hoy tenemos que salir de paseo. Yo propongo que vayamos a las orillas del río, a *lonchar* allí ¿les agrada?

—Buena idea —dijo Ricaurte— La tarde está linda y sin viento; con tal de que Inesita convide a algunas amigas, para que no se fastidie sola en medio de tanto hombre, ya estamos listos.

—No tengo a quien convidar, pero aquí está la Rosa que vino a ayudarnos a amasar y ella me acompañará.

—Andando, pues, —ordenó Jorge— y tú, tío Lucas, no te olvides de la guitarra, que sin tu canto y tu música, ya sabes, no somos gentes.

—Como ha de creer, blanquito, que yo me olvide de mi más querida prenda —contestó Lucas empuñando amorosamente la guitarra y poniéndose al punto a rasguearla y a cantar esta copla:

«Si la reina de España muriera
Carlos Quinto volviera a reinar,
Correría la sangre española
Como corren las aguas del mar».

Y los mozos, al oír la música, se pusieron a bailar alzando y ciñendo las silletas con los brazos, como si se les hubiese prendido pólvora en los piés a la primera nota de la guitarra, mientras la muchacha, haciendo un gracioso mohín de burla salía de la sala en busca de Aurora y de su amiga para alistar el paseo.

Y la alegre comparsa, radiante de buen humor y provista de las indispensables botellas y cosas de bucólica que habían de darle pábulo, echó a andar por esas calles y callejones caminito del río que no estaba lejos, engrosando a cada paso con los prójimos pegajosos que, al olfatear que en ella habría condumio y regodeo, se le arrimaban; alterando, con sus sonoras risas y el incesante canturrear del cojo Lucas, la paz somnolienta y la tranquila modorra del pueblo; y dejando un reguero de escándalo o envidia en el corazón de las gentes que la veían pasar.

A la mozuela que, sumida en el tedio casero, atisbaba desde su balcón el paso del risueño grupo, y al labrador que, taciturno y encorvado detrás de la pesada yunta, oía el eco de aquel jubiloso y argentino reir y cantar que se perdía por el camino adelante, cómo se les iba el alma con las dichosas gentes que podían sacudirse de la tediosa y ruda brega diaria y se iban de paseo y parranda, en alas de la buena y loca alegría que «*siquiera mientras vivir hace pasar con gusto*» (1) que acierta a ratos a aprovechar la vida que tan poco dura!.... La loca alegría juvenil, casi infantil, ahogadora de penas en el burbujeo de sus risas, matadora de pensamientos en su centelleo de sensaciones, don de Dios, que trastorna a veces hasta a los hombres maduros y a los viejos y los vuelve niños, que hace olvidar los acer-

(1)—Frase de nuestros *chagras* o indios que expresa su filosofía de la vida.

bos deberes de la vida sería en el banal revoltijo de las burlas y juegos, que hace brotar las aladas y fulgurantes gracias del ingenio, como chisporoteo eléctrico, al roce de las almas, que agita el corazón y lo cubre de espumas de placer, como el fervor de la ola que la brisa conmueve, que enflorece el minuto que pasa y le exprime todo el jugo y esencia, que, cual si rompiese y parase la continuidad de la vida en el tiempo, logra aligerar y desasir el ánimo de la fatiga y esfuerzo del presente y disipa la melancolía del recuerdo que lo entristece y la ansiedad de la esperanza que lo conturba!....

A la vuelta de un recodo del camino se presentaba de improviso el río, muy cerca, por entre la espesura de arbolillos y zarzales, al fin de corta y suave bajada, anchuroso y apacible; era un manso y amable río, de aguas claras y lisa y bruñida haz, cuyas tenues espumas eran sonrisas y nunca espumarajos de ira, que jamás se despeñaba furioso en hondos quebradones, que siempre estaba a flor de tierra, a disposición del hombre para mover sus fábricas y molinos, para regar sus dehesas y adornar sus jardines, para dejarse vadear, espaciándose amigo y juguetón, para ofrecerle refrigerante y deleitoso baño en la quietud y hondura de sus remansos. ¡Grande belleza la del río! En el cristal de su linfa se quiebra y matiza la luz en trémulos iris y se refleja el mundo en mágico e infinito abismo de temblorosa ilusión; en el murmurio de sus ondas canta y ríe, suspira y solloza una alma; sus aguas son fuerza benéfica y fecundidad guiadas por la mano del hombre, pero, abandonadas a su ceguedad e ímpetu, esconden en su misterio el misterio de la muerte; y en su inquieta y ondulosa movilidad eterna de serpiente, que nunca para ni sosiega, que cruza por en medio de la tierra impasible e inmóvil, parece llevar el ahinco, la animación, la angustia de la vida; el fervor, el empuje y el vértigo del anhelo!

¡Qué lindura! ¡qué preciosidad! ¡qué bonito! fueron las exclamaciones consabidas y de cajón con que la gente moza saludó la majestad del río padre y la gracia de las orillas, hijas suyas, animadas, vivificadas, embellecidas por su prolífico amor; los hombres y los viejos, muy hechos a ver la belleza de las cosas y aún a manejarla en parte, componiéndola y descomponiéndola a su antojo, callosa y gastada la sensibilidad, seco el entusiasmo de la juventud, trincada y enmarañada la atención en pensamientos serios, útiles y prácticos, se daban a observar y comentar los trabajos de los lugares que se veían, apuntando pareceres y murmuraciones, sin reparar en la hermosura de esa su madre tierra a la que amaban sordamente sin embargo, con la sangre y las entrañas.

Y bien que merecían la admiración y gozo de todos, los primores de aquel paisaje en aquella tarde: después de un remanso de angosto cauce, como alborozado de safarse de tales angosturas, como curioso y ansioso de invadir la tierra y metérsele por todos los rincones, el río se desparramaba y explayaba, sonoroso y retozón, remolineando aquí, enflorándose de espumas allá, entrometido y porfiado acullá; y tras buen espacio de anchura, desahogo y libertad, vuelta a encajonarse y apretarse para seguir despacioso y quedo; morían en el río, en refracciones vívidas e irisadas, jugueteando con sus ondas, los rayos del sol de Occidente que se cernían por las hojas verde-oscuras de una hilera de huabos que, en la margen del otro lado, se alzaban; como el céfiro de la tarde columpiase los árboles, un juego de luz y sombra danzaba en las aguas; en contraste con el valle pajizo y reseco por el verano, que tan sólo ligeras lluvias habían mitigado, el verde gayo de las riberas del río era bella sonrisa que endulzaba y regocijaba la vista, y el aroma de los tréboles y otras hierbas que allí crecían, suave y

delicioso, regalaba sabrosamente el sentido; caía del cielo, despejado ya por la tarde, cristalina y vibrante claridad, y sin embargo efluía de todas las cosas la melancólica dulzura del atardecer, hora en que parece que los seres todos, fatigados y ahitos de sol, se recogen en sí, y meditan, y piensan, y rumian su dolor, el dolor de ser, de ser en vano!. ..

Por fortuna para los paseantes, que estaban y querían seguir estando alegres, los traguitos que con harta frecuencia circulaban entre ellos, impedían que la tristeza de la tarde calase en los corazones, y el buen humor continuaba radiante y bullanguero.

Jorge, que había sufragado el gasto de los licores con su prodigalidad acostumbrada, como no tenía a quien enamorar —su dominante afición y su ocupación principal en tales trances— dábase a la tarea de repartir el gloriado, enderezando a cada sujeto oportuna y chispeante broma al tiempo de brindarle su copa, contrariado en el fondo pero aparentando ruidoso y grande contento.

—Soy el dios Baco —gritaba a cada rato— con la botella en una mano y la copa en otra, tirando el sombrero para atrás— soy el proveedor del vino y la alegría, y también, claro, su mejor gustador.

—Pero ahora está el pobre Baco sin su Venus —observóle Ricaurte maliciosamente.

—¿Cómo sin Venus? —repuso Jorge chocarrero— ¿no es Inés la más encantadora diosa?

—Pero esa Venus no es para este Baco —articuló Ricaurte lentamente, remachando el clavo—. Esa Venus, a lo que parece, tiene ya su Cupidito —agregó refiriéndose a Roberto.

Coloreó Jorge irritado, y con cierto tono displicente y soberbio, de confianza y seguridad de sí, murmuró por lo bajo:

—¡Cuando el Baco se proponga... lo veremos!

Comenzaba a enterarse Jorge de que Inés era cosa buena, viéndola de blanco de la admiración y

atenciones de los otros, especialmente de la de Roberto, cuyas confidencias le hacían pensar a menudo en la muchacha y prestar atención a sus encantos. La costumbre de verla, como que la había conocido desde niña y casi criádose con ella durante el largo tiempo en que Silva fué sirviente del padre de Jorge, era causa de que éste la mirase, en cuanto varón él y ella hembra, con indiferencia.

—¿Quién es Venus? —pregunto Inés alarmándose, al echar de oír las palabras de los jóvenes.

—La diosa de la hermosura, del placer y del amor —exclamó Jorge con énfasis—.Venus eres tú.

—Yo soy una simple mujer, una chagrita —contestó Inés, riéndose y ruborizada.

—Y que no necesita de ningún dios—añadió Roberto al oído de la muchacha.

—Déjese de modestias—dijo Ricaurte—. Usted es un primor de buenamoza.

—Tú serás lo que quieras ser —afirmó Jorge con tono serio, categórico y persuasivo— con tu guapeza se va a todas partes y en todas partes se está bien— y luego, al saborear un trago de Jerez, que él repartía, refunfuñó, dirigiéndose a su paje—. ¡Ah! caramba, este vino está ruín ¿cómo se te ocurrió traer éste?

—Si en todo el pueblo no encontré otro, patrón, ¿qué hubiera hecho?

Volvióse Jorge a Inés, chancero y afable, diciéndola:

—Bueno es el vino cuando el vino es bueno, pero cuando el vino es malo y el agua es pura y cristalina como la de este río, mejor es.... dí tú Inesita, mejor es....

—El agua, claro—aseguró risueña y jovial ella.

—¿A qué Aurora no piensa del mismo modo? —replicó Jorge llamándola a ésta que se entretenía por allá, fervorosa y coloradota, discutiendo con unos amigos, sobre un negocio. Recitóle Jorge la re-

ceta, y Aurora, in continenti, modosita, con tonito bonachón y cariñoso, respondió

—El vinito, siempre el vinito; el agua es de todos los días, lo que el vinitoo.... —suspiró con picardía, soltándose luego en risa.

Carcajada general y nuevo turno del mal Jérez y doble copa a Aurora que la saboreó con todos los sentidos y toda el alma. El cojo Lucas reclamó para él también dos copas, alegando que la tarde estaba fría y le faltaban las fuerzas. Protesta de todos porque el cojo estaba portándose mal y con ganas de *empericarse* por añadidura.

—Que lo boten al río —grito Jorge— el cojo es un pícaro, al río!

Y, en seguida, hízole una seña a Ricaurte, y entrambos se lanzaron contra el cojo, le tomaron cada uno de un brazo y trataron de arrastrarlo hacia el agua, Se reía el cojo resistiéndose, según eran de traviesos los patroncitos. A una orden de Jorge, impartida con gestos y guiño de ojos, el paje suyo, mocetón fornido y de muy buenos brazos y pulso, acercóse por detrás al cojo, asióle de la cintura, y levantóle en vilo como a una pluma. Forcejeó y pataleó el cojo, encolerizado ya, aporreándolo al mozo con la vihuela.

—Salven la guitarra—imploró Roberto fingiendo pena e interés.

—Músico e instrumento al agua —grito Jorge inexorable— para nada sirve esta maltraca.

Pero ya cuando el mozo estuvo a punto de soltar su presa en el río, Jorge le ordenó que la dejase, lo que el paje hizo enseguida pero sin poder evitar que Lucas zampuzase la pata coja en el agua perdiendo el equilibrio de puro furioso y de tanto sacudirse. El perro de Jorge, que ladraba al grupo, abalanzóse contra el cojo en cuanto lo vió en el suelo y le despedazó la culera del pantalón de un mordisco. Fué de oirle al cojo vociferar y protestar,

mientras los concurrentes reían a todo trapo la ocurrencia, particularmente Inés que se moría de risa y Silva, cuyo vozarrón, desatado en carcajada, parecía terrible trueno que retumbase y se prolongase en el espacio.

Traspasado el corazón por la saeta amorosa, Roberto se apegaba devotamente a la santa de sus adoraciones y oraciones, y le rezaba a su modo —un modo asáz ardiente, algo trémulo y harto delicado y. fino para Inés— las eternas jaculatorias del amor-

—No se ría usted de mí, no se burle de mis palabras —súplicaba él, al notar que ella se empeñaba en tomar la cosa en broma—¿puede usted imaginarse ni por un instante que yo la engañe? ¿puede usted pensar que mi pasión es juego? ¿no lee en mi rostro, no siente en el acento de mi voz la sinceridad de mis sentimientos? La amo, la quiero, la adoro, con toda el alma!....

—Usted es el que se burla de mí —le contestaba ella, hecha la resentida y la brava, como si la ofendiesen—. Ustedes los hombres, y peor los de Quito, son así; nunca usan de buena fe con nosotras, a la mujer con que topan, a enamorarla, se divierten con ella un rato y pasan el tiempo; y después, si te he visto, no me acuerdo. Quien no los conoce, que los compre.

—No, Inés, no y no. Conmigo es distinto. Le juro por lo más sagrado que siento por usted un amor inmenso que me enloquece, que me desespera, que unas veces me ahoga en alegría y otras me anega de pena. Créame, Inés, le ruego.

—¡Son tan malos ustedes los hombres!.... murmuró Inés tras corto silencio, ligeramente preocupada y exhalando un suspiro—que una no puede menos de tenerles miedo.

—Por Dios, Inés, no me atormente, no se goce en verme sufrir. Le hablo con el corazón en la boca. Lo que yo he sentido al verla a usted, al cono-

cerla a usted, es algo extraño para mí hasta hoy, es algo grande; una desconocida enajenación se me ha entrado en el alma; ansias locas me sacuden y oprimen el corazón. ¡Ah! usted no sabe lo que siento cuando usted me ve; un rayo de luz viene de sus ojos y me hiere y me hace temblar. Y cuando usted me habla endulzando con un poco de cariño sus palabras, qué vuelcos me da el corazón, cómo me derrito todo yo en amor y ternura, cómo se me estremecen las más íntimas fibras de mi ser, cómo veo el cielo abierto, cómo me creo el hombre más feliz de la tierra!....

Excusado es decir que a Inés le sabían a mieles las frases del ardoroso mancebo y le cosquilleaban gratamente el oído y el alma. Volvíase a verlo, sorprendida, encantada, encontrándolo por demás simpático. No estaba ella acostumbrada a tales finezas y florituras, y al gustarlas se le regaban néctares en el espíritu. Habíanse acercado al río, los dos solos, apartándose de los demás, y se complacían, mientras hablaban, en arrojar a un remolino cercano, espumoso y rápido, guijarros y ramas. Sentía Inés la hermosura de la hora y el paisaje, y al calor y luz del corazón que latía a su lado y para ella no parecía sino que se le avivasen y entonasen todos sus sentidos y potencias; dulce embriaguez iba penetrándola y exaltándola y se le balanceaba el alma en la belleza del sol y del cielo, del río y del bosque, recibiendo grande placer de verlo todo y hallando mucha hermosura, mucha felicidad en el mundo.

Jorge, en tanto, apartado también de los otros, que en un rato de fastidio arrojara al río una botella a medio repartir y se separara del grupo, se entretenía en hacerle nadar a su perro, hermoso animal de finísima raza, delgado y largo de cuerpo, ágil y elástico de piernas, de ojo vivo, cara inteligente y luengas orejas y lanas, lustrosa y aterciope-

lada piel blanca con pintas negras—lanzándole piedras al agua o a la otra orilla para incitarlo. Disparábase el perro como una flecha, y hendía el agua con vigor e ímpetu; a veces venciale la corriente y le empujaba y arrebataba río abajo, pero tranquilo y sereno el animal, esperaba que el empuje amainase, y ganaba la orilla; cuando lograba volver con la simulada presa, el perro se presentaba airoso y satisfecho, y cuando no, corrido y mohino; veíasele el placer que sentía en el nado, como verdadero perro de aguas, sumergiéndose en el líquido con voluptuosidad y luchando con la tremenda fuerza de la corriente, ágil y resuelto; y se impacientaba, temblorosos y palpitantes los miembros, alzadas las orejas, atenta y fija la vista en Jorge, cuando éste tardaba en lanzarle la piedra, la que era traída por el perro infaltablemente cuando caía en la orilla opuesta. De tiempo en tiempo Jorge atisbaba el grupo de los dos enamorados y se le anudaba el ceño con cierta expresión de disgusto, casi imperceptible, como si le cruzasen el alma ráfagas de cólera.

Se empapaba Inés en amor escuchándole a Roberto, y, sin embargo, ponía a veces su mirada en Jorge, y algo como una sombra le pasaba por el rostro apagando la alegría luminosa de su expresión y cortándole el uso de la palabra. Y ¡qué arrogante y gentil figura, llena de aristocráticas y viriles seducciones, era Jorge! Vestido de blusa y pantalón de montar de color habano, calzadas las piernas con ceñidas botas, todo ello elegantísimo y magnífico; alto, desenfadado y gallardo, con la suprema distinción y el garbo señoril de su rica, noble y orgullosa estirpe, los rizosos bucles revueltos regándole de oro el alabastrino rostro de facciones perfiladas pero enérgicas, se destacaba como un dios ante los ojos de esa gente!....

Ya anochecido, al pálido y tímido clarear de una luna tierna, que apenas esbozaba sus cuernos, re-

gresó al pueblo la comparsa, que cantaba casi a coro al son de la guitarra que el cojo Lucas se daba maña en rasguear haciendo milagros de destreza. Fué de padre y señor nuestro la *mona* atrapada por Ramón que, atiplando y desgarrando la voz, su voz de trueno, entonaba a cada momento, en un persistente y obsesionado machaqueo de borracho, esta copla, si copla puede llamarse:

"Mamita, ¡ay! no castigue
No sea tan escandalosa
Usted tan supo querer
Arrarray cuando era moza!....

Y Aurora, como siempre, vuelta trapo, agonizante y lánguida de embriaguez, «*viva yo*» decía, suspiraba, reía, entornando los ojos, con gesto lascivo y ávido!.....

Desde aquel día perdió la calma por completo el enamorado mozo; rayó en frenesi su fervor amante, y con el primer motivo, con cualquier pretexto se escapaba de la hacienda para volar al pueblo que guardaba el objeto de sus ansias. A despecho de la sequedad y hasta aspereza que de vez en cuando apuntaba en Jorge en el trato con él; a pesar de la cara de viernes que le ponía Doña Matilde cuando le veía aprestarse para el viaje, Roberto se ingeniaba en conseguir un caballo y aun que Jorge le motivase y disculpase la escapada. Vez hubo en que se largó a pié, bebiéndose los vientos y tragándose las leguas que eran dos no escasas; y vez en que hubo de sufrir agria reprensión de la rígida y neurótica señora.

Y a Roberto, que era impresionable y tierno y blandengue de corazón como él sólo, sí que le hirió el regaño. Era un día en que, cansado de ayudar a Don Antonio en la tarea de trazar las figuras y cuadros de un jardinillo en formación, reposaba re

costado en el poyo de la linda y alegre azotea: habíale oído renegar a Don Antonio porque no acertaba a delinear una elipse en el centro del jardín, y él, Roberto, que recordaba muy bien la manera de trazarla, gracias a las nociones de geometría y dibujo que aprendiera en el colegio, le sacó de apretos haciendo un compás de *carrizos*, dibujando las circunferencias del caso, tirando luego las secantes y trazando, por fin, la elipse, todo en un santiamén; lo que maravilló a Don Antonio que se hizo lenguas para celebrar el despejo y habilidad suyos. Contento de haber complacido al padre de su amigo, apacentaba los ojos en la contemplación del valle, que aunque todos los días lo viese desde ésa azotea, nunca se cansaría de admirarlo y gozarlo. ¡Con qué serenidad apacible y dulce se adormecía, a esa hora meridiana! Blancas y plácidas nubes velaban la crudeza del sol apaciguando con su sombra el ardor que éste había encendido; le placía singularmente posar la mirada en el oscuro verde de terciopelo de los arbolados, que le atraían con una rara atracción; en medio de uno de ellos reía la blancura de la iglesia del pueblo de S. a donde, por fin, iba a clavársele los ojos con fijeza tenaz. ¡Cuánto amaría de ahí en adelante a aquel valle! ¡cómo se le quedaría allí el alma, cautiva y enamorada!.... De pronto, cuando más embebecido en su deliquio pánico y amoroso estaba, se presentó la terrible dama, altivo el continente, ceñuda la expresión, fatídicos los ojos, con pliegue de desdén los labios.

—¡Hola, hola ¿con que estamos aquí no? ¡qué milagro! ¿Por donde saldrá el sol mañana? —articuló irónica y displicente— ¿con qué hoy no tenemos viajecito?....

—Señora— balbuceó Roberto— sólo me voy cuando Jorge me manda o se ofrece algo.

—¡Mientes, embustero! ¡Tú eres quien inquieta a Jorge ¿crees que no lo he comprendido? A mis ojos

no se escapa nada, amiguito, y conmigo no valen tretas. Con que dime ahora ¿qué es lo que tienes por allá? y sobre todo ¿por qué le molestas a Jorge para obligarle a que te acompañe o te deje ir? Debes de saber que a mi no me gusta que Jorge se meta para nada con esa gentuza llena de vicios y repugnante; no quiero que me lo dañen, que me lo corrompan, que me lo brujeen. Tú, allá!....Tu madre es una buena, pero por tu padre de la misma ralea eres, y por algo dirán que la cabra tira al monte!....

Salvóle Jorge de aquel chubasco, que tenía trazas de continuar para largo, y Dios sabe lo que él hubiera suelto al cabo por esa su boca de tanto cómo principió a calentársele la sangre y llenársele de ira y rencor los espíritus. Jorge llamóle para ir al baño, y en el agua tibia y fragante de éste se le calmaron los nervios.

Los padres de Inés veían, naturalmente, con buenos ojos que aquel simpático muchacho, que aspiraba al título de doctor y a todos los honores consiguientes, aspirase también a la mano de su hija; y, muy afables, prodigábanle mil atenciones. Ella encontraba en Roberto al novio de sus sueños, porque sus «ansias de algo mejor» le llevaban a pensar en un hombre que no fuese del pueblo y tuviese matices de señorío, con lo que mejorase y completase su posición ya encumbrada. Un estudiante de Quito, de buena estampa y fina palabra, venía llovido del cielo para llenar sus anhelos y asegurar su porvenir. Y así, la vida y afán de esos sus dos corazones se fundiría, en breve, en dulce conjunción.

Vino, por fin, el mes de octubre, y como la familia de Jorge se preparase para el regreso a Quito, por ser llegado ya el tiempo en que se abren Universidades y Colegios, Roberto paladeó las amarguras del adiós. Por dicha estaba sola Inés cuando fué a despedirse de ella; Ramón ausente y Aurora

fuera de la casa. Recibióle en su cuartito, situado atrás, con una ventana que daba a la huerta y al oriente; el cuarto, ¡cosa rara! olía bien gracias sin duda a la ventana abierta que dejaba pasar el aroma del floripondio y a un gran hacinamiento de ropa recién lavada que prestaba a la estancia su grato olorcillo. Serían por filo las seis de la tarde, y una enorme luna llena, rubicunda, como que conservaba aún la huella de los besos del sol, aparecía surgiendo por el oriente.

—Vengo a despedirme —exclamó él, afligido y pesaroso.

—Y ahora, espaldas vueltas y memorias muertas?—repuso ella.

—Yo sé querer, Inés. Si duda usted de mí, me ofende. Mi corazón es leal y es noble; suyo es con todas sus fibras; dueña es usted de mi vida y de mi destino; disponga usted de mí.

—Que no me olvide, ya sabe que yo también le quiero!... Una lágrima cuajóse en los ojos de ella.

Estaban cerca y se rozaban sus cuerpos; temblorosos y embargados de emoción no acertaban a articular las palabras. Ciñóle Roberto el talle con su brazo, pegó su rostro al de ella y se dejaron estar así largo rato. Y suave y tímidamente se besaron, sintiendo al hacerlo que les recorría el cuerpo calofrío inenarrable, estremecimiento íntimo, oleada turbadora de inefable gozo. Y mudos, viéndola a la luna sin mirarla, embebecidos en su dicha, se oprimían convulsivamente el uno contra el otro. Era la frescura de la primera sensación de amor, la suavísima fragancia de los corazones que se entreabren, la dulce y exquisita terneza de los preludios tímidos de la pasión que aún no estalla!....

V

VEHEMENTE el mozo —¿qué hijo de Adán no lo es a los veinte años y con la llamarada del amor adentro?—a los pocos días de llegado a Quito quiso enterarle a su madre de sus amoríos y ulteriores propósitos para llevar la cosa por la posta e ir al matrimonio en volandas.

En tanto que Rosa cosía en su máquina, junto a la ventanilla del cuarto, él, en frente de ella, sentado y arrellanado en el viejo sofá, fumando un cigarrillo, entre chancero y grave, apuntóla:

—Sabrá mamita, que tengo que contarle una cosa.

—Ya te oigo, hijo, aún cuando fuesen dos —exclamó Rosa en el mismo tono, un si es no es alarmada.

—Pero no vaya a asustarse; le advierto con tiempo.

—¡Hola! ¿con qué es algo que puede asustarme?—pronunció la madre creciendo en alarma.

—Según como lo entienda; pero como usted es tan aprensiva y temerosa....

—Habla pronto, hijo, porque si empiezas con rodeos me llenas de angustia.

—Pues oiga, mamita: es que estoy enamorado y enamorado de veras —dijo Roberto resueltamente y con ánimo y tono de imponerse.

—¡Ay! Jesús, María, y con lo que sales! Si eres un *huambra mocoso* todavía, hijo; no me vengas con disparates —exclamó la madre fingiendo enojo tras una risa.

—¿No ven? Ya lo tomó usted a broma: le hablo en serio, mamita, no se ría porque yo estoy resuelto y usted tiene que darme su consentimiento y preocuparse de veras de esto.

—¡Bonita cosa! Te resuelves y ordenas como que ya te crees señor de tus actos y dueño de tu voluntad. ¡Cómo se ve que te has olvidado de que en el mes de Junio cumpliste los 20 años. Con razón dicen que el campo empretece y entontece! Con esa cara quemada, has traído lela el alma! Te repito que no me vengas con tonterías. ¿Háse visto? Meterse en camisa de once varas a esta edad!....¿Qué te imaginas?

—Lo que me imagino es muy sencillo, y lo que quiero más sencillo todavía.... Me imagino que no hay razón ninguna para que usted se oponga a que yo me case con una muchacha llena de prendas, sólo porque se le antoja que a los veinte años uno es un chiquillo. Yo me siento hombre y capaz de trabajar y de todo, y con el estímulo del amor tengo seguridad de que me aplicaré más y le daré gusto a usted con más empeño. Lo que quiero....

—Callá, estás loco, hijo; has perdido la chaveta, no hay remedio. ¿Crees que tu madre, mujer vieja, llena de años y experiencia, ha de dar pávulo a tus locuras de muchacho? Para algo he de vivir yo, para algo han de servir estas canas que peino.

—Pero, mamita, dígame las razones que tiene para oponerse sin más ni más, sin conocerla siquiera a ella...

—Las razones, las razones, ¿No estás oyéndolas? ¿Qué mejor razón que tus años y tu pobreza? Allá los ricos, que tienen su porvenir asegurado, bien pueden enamorarse no bien salen de la cáscara del

huevo, pero que un pobre, que tiene que sudar la gota gruesa para adquirir algo, piense en echarse a la espalda, madrugando, la carga y la cruz del matrimonio, es locura rematada, hijo.

—Pero si al contrario, el matrimonio le obliga a uno a trabajar, y no le da campo de entregarse a los vicios; si el matrimonio es una moralidad, mamita; si Dios dijo: «creced y multiplicaos»—y Roberto rióse pícaramente, abandonando el tono serio para dejar las cosas en ese punto, seguro de vencer más tarde.

—Dios aconseja el matrimonio a su tiempo, a los hombres formados y no a *huambras* locos.

De nuevo rióse Roberto y terminó la plática. El comprendía que su madre tendría de ceder al cabo; hecho estaba al llevar consigo la batida y amorosa voluntad de la pobre mujer que ya no tenía fortaleza ni ofrecía resistencia, gastada en el sufrir y trabajar, convertida en reflejo de la de su hijo, mansa y dulcemente esclavizada a la vida de esta adorada porción de su vida solazándose a veces en su sacrificio, en su holocausto de amor, en no ser sino para otro, y reprochándose en otras no tener el vigor indispensable para reprimir y encauzar los alborotados ímpetus de aquella buenota pero aturdida y apasionada juventud. Roberto, que no se daba cabal cuenta de todo esto, sabía sí que jamás pudo su madre contrarrestarle un deseo suyo manifestado formal y decididamente. Bien recordaba cómo la trajo a vivir en el barrio de la Tola a pesar del horror que su madre tenía a los cambios de casa y de hallarse ella bien acomodada en la casita de San Marcos cuyos dueños, una familia llana y abonada, de excelentes costunbres y bonísimos sentimientos, habían llegado a quererlos de veras y a tratarlos con familiar confianza; a Roberto le aburrían y desesperaban la angostura de esa calle y la tristeza de ese barrio, y en cuanto supo, porque andaba averi-

guándolo, que en la Tola, en donde había más campo y más luz y más pintorescas costumbres y animación, arrendaban las tres piezas, en que vivían a la hora y punto de ese relato, trabajó tanto en el ánimo de Rosa y porfió con tanta terquedad y ahinco que a la postre consiguió el cambio de casa. Lo propio cuando se trató de que él ingresara a un colegio para cursar la enseñanza secundaria: Rosa, imbuída del confesor y de su hermana Emilia, una beata harto entrometida, trató de encerrarle a Roberto en el seminario temiendo que en el colegio de los jesuítas se contagiase de la corrupción que, según era voz y fama, había cundido entre los estudiantes de tal colegio; mas Roberto dijo que nones y que nones porque le chocaba el Seminario, donde los padres exigían demasiado a la devoción de los niños obligándoles a confesar y comulgar cada ocho días, y porque, claro, él no quería hacerse beato ni mucho menos; en cambio los jesuítas, había añadido Roberto, sólo les pedían a sus alumnos confesarse cada mes y no les fastidiaban con el molesto escrupulizar y el prurito de inducir a todos a meterse frailes, de los padres del Seminario. Y no hubo qué hacer: Rosa cejó como siempre y le puso a Roberto en el colegio de los jesuitas. De esta suerte, así en las menudencias de la vida diaria como en asuntos de importanca el querer del hijo triunfaba siempre sobre el de la madre.

Al reflexionar sobre todo ello, copiosa efusión de ternura henchía el pecho de Roberto, y observaba a la autora de sus días tan delgada y triste, con su rostro amarillento y pálido, con su mirar apagado que a veces brillaba con intensión rara cuando el dolor la hería o amorosas dulcedumbres le derretían el alma. Su madre era todo amor para él; todo el afán de su corazón a hacerle feliz, a procurarle la dicha a su hijo se consagraba; y, sin embargo, para la sed suya no era bastante aquel piélago

de amor purísimo y de ternura infinita, y ansioso y arrebatado buscando iba el raudal de otro corazón, de otro corazón extraño y desconocido en cuyo abismo nunca acertaría a ver claro, en cuyas aguas podían recatarse el veneno y la hiel!....¡Qué mal correspondía al afecto de tan santa mujer! Rara vez pensó en toda la hermosura y grandeza del amor materno y en cuán difícil sería hallar en otra alma el desinterés, la abnegación, la viva e inextinguible llama en que se abrasa el ser todo de una madre. El, siempre distraído, preocupado por la alucinante danza de la vida, embelesado ante las cosas del mundo, sediento de goces y amores, apenas si reparaba en aquella callada y humilde corriente de amor. Las tentaciones y embelecos, que por doquiera le deslumbraban los ojos, le traían ferviente y alborotado. ¿Qué era, pues, el amor? ¿sed del alma o sed de los labios?....Pero al pensar en Inés comprendía, sentía que algo también fuerte y enorme, se le estaba entrando en el ser, y presentía que su vida, su porvenir iba a pender de eso, a embeberse en aquella cosa nueva e inmensa que abría ancho cauce en los más hondos senos del alma y hacía correr en ellos ríos de sensaciones y sentimientos. ¿Sed de los labios, sed del alma? Ah! Tal vez no hay más que un amor y una sed y todo es alma! ...

Perdido en tales pensares se le iba el tiempo hasta que Rosa le advirtió que debía irse a la una a hablar con el Ministro de Instrucción Pública en cuyo despacho se trataba de colocarle de amanuense, con el sueldo mensual de treinta sucres, empleo que Rosa le había conseguido merced a mil acuciosas gestiones y fatigas. Al punto Roberto se lavoteó y peinó, se cambió de ropa, y, turbado y tímido, encaminóse al Ministerio referido.

Rosa, a su vez, cambióse su falda de zaraza clara con otra de merino negro, arrebujóse en el

negro pañolón y fuése a la casa de la familia Sánchez con el objeto de rastrear allí el lío amoroso en que Roberto se había metido, pensando para sí con secreta e íntima esperanza que acaso Roberto hubiese logrado cautivar el corazón de una de las remilgadas y encopetadas hermanitas de Jorge, en el cual trance; ¡qué de glorias para la simple y candorosa madre! Pero ¡oh negra desilusión! en la casa de Sánchez las mismas pimpollas le pusieron en autos, y Rosa, al volver a sus cuartos, con el ánimo contristado, no podía resignarse a la idea de que un muchacho tan guapo y listo, como su hijo, echase a perder su porvenir enlazándose en matrimonio prematuro y descabellado con una moza del campo, de fijo inferior a él, llevado tan sólo de los fervores de su temperamento impresionable. Cuando Rosa creía que su Roberto, a poco que hiciese, podría descolgar del firmamento al mismísimo lucero del alba y transformarlo en su mujer, tales eran la gracia, la simpatía, la donosura, la gentileza de su hijo; no había sino que verlo para quedar cautiva de esos sus ojos, dormidos de mirar, tiernos y melancólicos de expresión contrastando con la virilidad de la gallarda apostura; y su inteligencia y despejo, sus arranques nobles y generosos, su buen corazón conquistar podían toda voluntad. Rosa se imaginaba que no habría mujer en el mundo a quien no fascinasen los atractivos de su hijo. Era menester tan sólo persuadirle a Roberto de su valer, infundirle confianza en sí mismo, espolearle las aspiraciones a fin de que sacudiéndose de timideces y escrúpulos, se lanzase resueltamente a la conquista de una muchacha de campanillas, buena, noble y rica que, a despecho de rancias ideas, se rindiese al amor de tan cabal mancebo. Entonces sí que Rosa vería colmado su deseo maternal, viendo a su hijo en el puesto que, según ella, merecía y con el que había soñado siempre en sus ilusiones de madre amantísima y

sencilla, todo sentimiento y candor!

Yendo y viniendo días, una mañana, en que regresaba Rosa de misa de ocho, encontróle a Roberto risueño y conturbado de semblante, brillantes los ojos de júbilo; y al advertírselo a Roberto interrogándole, él se lo explicó con voz alterada y medio balbuciente:

—Inés está aquí en Quito, mamita; uno de sus hermanos acaba de avisarme. Y Ud. tiene que ir a verla.

—Y ¿quién es Inés?—preguntó Rosa con acento duro y torvo ceño.

—¿Quién ha de ser, mamita, sino ella?

—¡Ah! sí, la muchacha esa, la que te ha vuelto loco. No quiero conocer a la que tiene la culpa de que tu no me hagas caso y desoigas mis consejos. No faltara más.

—No me amargue el gusto, mamita, y déjese de tonterías. Si no la conoce ¿por qué la aborrece? ¿por qué la cree una cualquiera? ¿será porque es de un pueblo? Y mi papá ¿de dónde era? ¿y por qué le quiso usted? Como si en los pueblos no hubiera mujeres bonitas y buenas. Y, por último, ya sabe mi resolución y yo no he de cambiar aunque el mundo se pare de cabeza. Y piense, mamita, en lo desgraciado que yo seré si no me caso con ella. De sobra que me arruino y me doy a todos los demonios y a todos los vicios.

Encendióse el diálogo; se exaltaron madre e hijo; lloró ella, gritó él; y la soberana pasión, cruel y arrolladora, con el empuje incontrastable de la vida, con el frenético impulso del deseo, con la ceguedad resuelta del instinto, rugió en el hijo hasta asombrar, espantar y abatir a la madre.

Sintió Rosa que le desbordaba la emoción y, entrándose en el otro cuarto, la desahogó en abundoso lloro. ¡Su hijo, el hijo de sus entrañas la trataba mal, la ultrajaba casi! Y todo por una mujer

a quien conociera no hacía un mes.... Y Rosa que desde la muerte de Ezequiel no había tenido ni un sólo pensamiento ni un sólo latido que no fuesen para su hijo!.... Y sintió celos, verdaderos celos, celos punzantes y hondos de esa mujer desconocida que le robaba el corazón de su hijo. Comprendió, con desesperación dilacerante, como toda la inmensidad del amor de madre, todos los dolores, todos los sacrificios, todas las ternuras de largos años no pesaban nada en el corazón del hijo inflamado de súbito en la lumbre maldita del amor, de ese amor monstruo que enloquece y que ciega. La odiaba ya a esa intrusa que venía de repente, traída por el azar, a apoderarse de lo que era suyo, bien suyo, de su Roberto idolatrado que ella lo concibió en sus entrañas y le dió a luz con dolor y le nutrió con la sangre de sus venas y la leche de sus pechos y le formó el alma con sus consejos, a quien amaba como nadie, nadie amaría en el mundo con todas las ansias de su corazón, con todas las luces de su entendimiento, con todas las ternuras de su ser!

Había llegado la hora del almuerzo: servíales de comedor el mismo dormitorio, un cuarto pequeño, en que cabían dos camas de madera, unas pocas silletas con asiento de cuero, la mesa en que comían y un viejo diván forrado de damasco con sus tres almohadones. En las paredes, empapeladas de un papel rosa—claro, desvaído, desapegado y roto a trechos, había estampas y cuadros de santos, entre los que resaltaban dos que representaban la muerte del pecador el uno y la del justo el otro; en los lados de la ventana, Roberto había puesto cuadros de toreros y de bailarinas a fin, decía él, de que el cuarto no pareciese muy triste y tuviese una notita alegre y mundana. El cuarto contiguo, en que solía coser Rosa, tenía también ventana a la calle, y a la par que de costurero servía de salita de recibo; componía su mobilario dos sofás rojos con florecillas

blancas, uno en frente de otro, dos mesas esquineras de charol deslustrado, silletas de esterilla, la máquina de coser y también cuadros y estampas decorando profusamente las paredes. La otra pieza, la cocina, a un andar, con las demás, pero con puerta independiente, era estrecha y oscura. Todas tres piezas estaban en la planta baja de la casa, y allí habían vivido cosa de cuatro años ya, muy a gusto de Roberto que prefería este barrio de la Tola al de San Marcos cuya calle larga, angosta y hasta se podría decir oscura, le había aburrido largo tiempo. En esta casa había jardín y huerta, la calle era animada, y muy cerca estaba el Ichimbía y el Censo y, en ellos la libertad y la luz. Con todo, Roberto andaba en acecho de un departamento por el Ejido o la Alameda porque allí sí se disfrutaba de amplísimo horizonte, de grandes llanadas donde recrear la vista, ensanchar el espíritu y pasear también largo y tendido.

Durante el almuerzo, que se les sirvió como siempre en la mesa redonda del dormitorio, Roberto, hosco de semblante, no atravesó palabra con su madre ni probó bocado; Rosa, entre sollozos, sorbió su taza de café, sin la cual desfallecería de fijo. Problema se le hacía a Roberto aquel caso, su infantil y enardecida imaginación abultaba el grano de arena hasta convertirlo en montaña. Si su madre no aprovechaba tan rara y propicia sazón para arreglar el asunto ¿con qué cara se presentaría él a Inés? ¿con qué cara podría seguir en sus amores? Y no se resignaba, no, a que por un capricho de su madre se le fuese la dulce y encantadora prenda de amor.

Insistió rato después con tanta súplica, con tanta vehemencia, con ardor y furor tales que Rosa, en un desmayo del ánimo, cogió el pañolón y siguió a su hijo, sonámbula e inconsciente. Y no era terquedad de la madre sino repentina y enorme sorpresa que le abismaba el alma al ver como se deshacía, con la

fragilidad e inconsistencia del cristal, al primer choque, todo el afecto que su hijo debió abrigar para con ella como única recompensa de sus desvelos. Era esto, esto sobre todo lo que encendía en la pureza y desinterés de su amor de madre la llama fatídica de los celos. Y vinieron a la memoria de Rosa los recuerdos de su juventud, y comprendió entonces toda la impiedad con que ella también, igual que todos, desgarró el alma de su madre casándose sin su conocimiento ni aquiescencia, clandestinamente, en una hora de aturdimiento y de capricho, y de ligereza. ¡Ah! Esa era la ley, la terrible ley de la vida cruel e implacable: llorar y sufrir, hacer llorar y hacer sufrir. Ese era el destino de las míseras criaturas: ir ciegas y sordas para los amores que nos reclaman, andar anhelantes del amor que se nos esquiva y nos huye.

En la Recoleta se había hospedado la familia de Silva. No quedó Rosa mal impresionada de la visita; si bien no pudo simpatizar con Aurora, tan otra y distinta de su modo de ser, el sello de honradez y bondad que se veía en la cara de Silva y la gracia irresistible de la muchacha le apaciguaron el dolor y le impregnaron de afectuosidad. Roberto, agradecido con toda el alma, prodigóle mimos y arrumacos, sintiendo que se le derramaba en el ánimo fatigado profunda sensación de alivio que le dilataba el alma difundiendo en ella la luz de la ilusión. El porvenir se le desp jaba como un cielo abierto, puro y luminoso.

Por la noche repitió Roberto la visita, y como los padres de Inés tertuliaban en otra habitación con los dueños de la casa, ella le recibió sola a él en el único cuarto—revuelto y con las camas arregladas en el suelo—que les habían proporcionado. Estaban mejor así, solos, porque así podían parlar sabrosamente y....abrazarse. Y se pusieron a repartir con grande gozo, pródigos de jarabe de pico; y de sus

labios brotaban palabras y palabras, vacías de sentido, gárrulas y tontas, pero cuyo acento dulzón y vibrante—con inflexiones suaves y melosos énfasis—estremecía deliciosamente, como una blanda y excitante caricia, las almas de los dos enamorados. ¿Qué importaba que ese mar de palabras no tuviese sentido? Para ellos, sí, lo tenía; como saetitas de fuego llegaban las palabras a sus corazones. ¡Qué cosquilleo de alborozo sentían! Y el ansia de comunicarse y rozar sus almas les movía a hablar y hablar sin descanso.

Y en medio de un raudal de palabras inútiles, de frases incongruentes, de risas e interjecciones, Inés le refirió a Roberto que habían venido a Quito para hacer la escritura pública de la compra que su papá, Ramón, había hecho a un tal Tomás Carrera, compra de un fundito situado en las faldas de la cordillera andina, con buenos *potreros* ¦bajo riego, bastante terreno de pan sembrar y cosa de cien animales entre ganado y bestias. Habían cerrado el negocio tras mucho disputar y regatear, en la semana anterior en el precio de quince mil sucres, parte de contado y parte a plazo, y para cubrir lo de contado Ramón había tenido que vender algunos terrenillos que poseía por aquí y por allá y tenía que recoger una cantidad de dinero que estaba colocada a intereses en manos del señor Adolfo Espinosa, dueño de la hacienda de Santa Isabel. Era probable que se fuesen a vivir allí, en el fundo recién comprado, siquiera por unos seis meses, hasta dejarlo entablado y organizado, reparar la casa que era muy vieja y hacer otras y otras mejoras, pues el tal Carrera había sido un haragán sin par y el fundito, que se llamaba «El Rosario» estaba en ruinas.

Roberto habló poco porque gozaba más dejándose arrullar por la musiquita de la voz de Inés, que tomando él la palabra; y apenas si entendía el relato de su novia, embelesado en verle los ojos que

le relucían como nunca, la frente angostita y lisa, la boca risotera y graciosa, las redondas y monísimas mejillas encendidas; y en observarle los gestos y ademanes, tan llenos de gracejo los unos, tan ligeros y animados los otros, y en oirle el torrente melodioso de palabras que fluía de sus labios en tono aniñado, de criatura habituada al mimo y complacida de que su hablar se escuchase con gusto y atención. En el curso de la juguetona conversación fueron a parar a un punto serio, de grave importancia a saber, lo relativo a su matrimonio que, como era natural, debía poner digno remate a sus relaciones de amor. ¿Cuándo se casarían?.... La cuestión se presentaba ardua y espinosa, porque Roberto comenzaba a cursar el primer año de leyes y mientras no fuese doctor la vida le sería dificultosísima con mujer.... e hijos que, de seguro, habían de venir en el matrimonio. Inés se asustó de plazo tan largo, como era el de los siete años que le faltaban a Roberto para concluir su carrera, y aunque ella nada dijo acerca del matrimonio, bien le dió a comprender a su novio que su deseo sería que la boda se celebrase antes, mucho antes de dicho plazo, porque ella, en quien apuntaba ya un sentido práctico, claro y preciso, sospechaba que el tiempo era enemigo del amor y no quería que se le escapase por mora y desidia un novio de perlas. No acertaban a solucionar el grave problema y se callaban y se ponían serios para meditar una determinación satisfactoria...

No había sino un recurso, y era vivir separados los primeros años del enlace: Roberto seguiría viviendo con su madre en Quito, y ella con los suyos en el campo; ciertas temporadas vendría Inés a pasar en Quito, y otras —las de vacaciones— pasaría Roberto en casa de ella, sin perjuicio de irse también allá todos los sábados por la tarde para regresar los lunes de madrugada. No le satisfacía a Inés este extravagante y complicado plan de vida, pero

como por lo pronto no se le venía a las mientes otro mejor, hubo de resignarse, sin perder no obstante, la esperanza de idear un proyecto que se aviniese bien con las exigencias del nuevo estado. La dilucidación de este gravísimo asunto vino a resfriar la frivolidad alegre y cálida de su tertulia, y terminaron por quedarse callados largo rato. Roberto tuvo de pronto vehementes ganas de besarla, y cuando menos lo pensó ella ya estuvo él prendido de su boca, abrumándole a besos que ya no fueron suaves y tímidos como el de la primera vez, sino fuertes y ardorosos, largos, lentos y sorbedores, en que se bebían los alientos y querían beberse las almas. Fué una lluvia desatada de pasión y, de fijo, que los muchachos se hubieran pasado a mayores si no hubieran acertado a entrar a tiempo los padres de Inés.

Apagada ya la vela y después del rezo usual, Roberto, que se había acostado tarde volviendo de ver a su novia, recogía, en precioso haz de recuerdos, las impresiones de aquel día feliz. Después del arrechucho de su madre, que pasó pronto por fortuna ¡qué horas tan llenas y hermosas aquellas!... Era linda, linda la vida con las mujeres y el amor.... Se dejaba mecer por las mil ilusiones que le acudían a la acalorada cabeza, agradecido de la suerte y de Dios que tan bien le arreglaban la existencia. Se le abría un nuevo mundo, un mundo mágico, lleno de luz y de dicha, en que el ser ardía todo entero como un cirio y las sensaciones alcanzaban grado tal de intensidad que conmovían y escalofriaban las raíces más profundas de la vida. ¡Oh! el mundo del amor era el mundo de las delicias, el mundo de la felicidad!... Las cosas habíansele combinado de forma que iba a satisfacer plenamente todos sus deseos. Había apetecido ante todo el amor de una mujer y la posesión de un pedazo de tierra, menesteroso de afec-

tos y ansioso de dominio con el ansia de quien jamás tuvo dónde caerse muerto.

Seguro era que de los bienes de su futuro suegro le cupiese competente porcioncilla, y ya se veía Roberto de dueño de ella, en una casita edificada a su gusto, de cuartos claros, limpios, decorados con estampas coquetonas y alegres, y rodeado de huertas y jardines y vacas y caballos y todo.... el arca de Noé en pequeño. Para colmo de dicha y a guisa de diosa Ceres, estaría allí Inés, bella y adorable, vigilante y animosa, encendiendo en su pecho la alegría y en asidua guerra contra la suciedad y el desorden. La veía también allí a su madre que, extinguido todo rencor, en fusión íntima de voluntades y afectos, remozada con los sanos aires del campo, vuelta a la vida y a la dicha tras tanto trabajar y sufrir, pasaría tranquila, en dulce abandono, sin fatigas ni penas, dejándose arrullar por sus hijos y sus nietos. Sus nietos, sí, porque ellos tendrían hijos ¡claro! unas preciosas y robustas criaturas a quienes con grandes placer y fruición las educaría él mismo ...! Se proponía también educarla a su modo a Inés, que tenía tan buena y dócil el alma, para que mejorase su gusto de las cosas y supiese verlas con más hondo mirar y más fino sentir. Porque, claro, Inés, que se había criado en el campo, carecía, como era natural, del innato buen gusto para vivir que distingue a las gentes de la ciudad. Por ejemplo, le faltaba a Inés gracia para alhajar los cuartos, y ese cuartito de ella — el del pueblo de S. — de tan gratos recuerdos, si alegre y bien oliente y limpio, de cuán abigarrada manera estaba decorado. En cambio ¡qué incitantes eran los encantos de Inés! Su carne, rica en redondeces, llena de hoyos, cimbreante; su piel, que tenía reflejos de acero pulido, tersuras y brillo de perlas ¡cómo convidaban al beso y a la gloria!.... Los labios rojos, medio alzado el de arriba y grosezuelo el de abajo, dejando ver por

entre ellos los dientes menuditos, blanquísimos y parejos icómo pedían también besos y besos!!.... ¿Cuándo sería suya la preciosa mujercita? Aquí saltaba el punto negro del gayo cuadro de proyectos e ilusiones, aquí se presentaba la nubecilla que no podía despejar por más que cavilaba.... Porque el proyecto apuntado con Inés en esa noche era simple y cándido. Los cónyuges no podían ni debían vivir separados, y, o él se iba a vivir con los padres de Inés —cosa imposible a menos que se resolviese a ahorcar los estudios— o Inés venía a vivir con su madre, lo que tenía muchos bemoles por cuanto los posibles de ésta eran escasos, y podría suceder que le quitasen a él el actual empleo obligándoles a pasarlo a expensas de las fatigas, ahorros y desvelos de Rosa que no podría llevar a cuestas tan doble carga. Ah! claro, el punto negro de la vida era siempre esto: la falta de dinero. ¿Cómo hacer para adquirirlo? ¿por qué unos nadaban en la opulencia, ahitos de plata, y otros no tenían ni lo indispensable para vivir?.... El punto era negro, bien negro, y lo que él temía era que de punto se convirtiese en niebla densa y sombría que lo oscureciese y aguase todo ... Pero no, todo ello no podía durar sino hasta que él se recibiese de doctor, ya que entonces entraría al disfruto de los bienes de Inés, porque los padres de ésta no habrían de vacilar en confiar a un doctor sus intereses y hacienda. Y de doctor, aún cuando no ejerciese la profesión sino de paso y para que las gentes no se olvidasen del título y de las consideraciones al título debidas, él sabría abrirse camino por todos los terrenos hasta dar con su persona de diputado en un Congreso y llenarse de prestigio y dinero con tal alto honor y las granjerías consiguientes. El punto negro se desvanecía de esta manera: ni podía persistir, menos agrandarse porque la magnitud de su amor y esperanza lo hundía y lo borraba. Y volvió el enjambre de ilusiones a

revolar gayamente por su imaginación hasta que, por fin, Roberto se quedó dormido....

Tuvo placentero y vívido sueño. Estaba en la Universidad, en clase de Código, sin duda: el profesor, un viejecillo severo y seco, hablaba y hablaba en no sé qué lengua extraña e ininteligible; había numerosísima concurrencia de discípulos. De pronto el profesor se dirigió a Roberto, que no entendía nada y que se hallaba pensando en otras cosas. «A ver, pues, la lección, señor González, dígala Ud.?; y Roberto, alelado, sin saber de lo que se trataba, no desplegaba los labios, «¿No me oye, señor González?» le gritaba el profesor. ¡La lección! ¡la lección! le vociferaban los condiscípulos; y Roberto nada, con un nudo en la garganta y una piedra en la cabeza. El profesor montó en cólera y quiso abofetearle, y una carcajada brutal, irrisoria, de cruel y terrible burla, estalló en la clase, lanzada por todos los discípulos que se complacían en su torpeza y turbación. Roberto no pudo aguantar más; se lanzó a la ventana que estaba cerca de él, y se arrojó a la calle, Y ¡oh maravilla de las maravillas! en vez de desbaratarse contra las piedras del suelo que estaba bien abajo, quedó en el aire, ligero y alado, y pudo deslizarse en él como pájaro, ágil y velozmente. Voló, voló dichoso y libre fuera del aula maldita donde barbotaba el profesor y aullaban los discípulos

.....

Sin saber cómo, se halló de repente en un paraje desconocido, junto a una linda mujer que le convidaba a coger higos de una frondosa higuera cargada de fruto. (Roberto había comido, en la tarde de aquel día, higos pasados en almíbar y se había representado hermosas higueras). La mujercita aquella, puesta en jarras con un delantal blanco, la redonda cara celestial hacia arriba para ver el árbol, esperaba. Roberto cogió un largo palo, sacudió

las ramas y cayó una lluvia de higos que llenaron el enorme cesto que estaba al pié del árbol; y cayeron más y más higos en lluvia copiosa, inacabable... Cansado ya, se volvió a la hermosa; pero ella había desaparecido. La buscó largo rato por sitios escabrosos y extraños, y por fin dió con ella a orillas de una acequia de agua murmuradora y límpida. Y ¡oh ventura! la mujercita aquella era Inés, con las redondas mejillas arreboladas y suaves, y los labios que pedían besos, entreabiertos y húmedos. La besó, la besó ansioso, febril, delirante, en la boca y las mejillas, en el pelo y la frente, en el cuello y las manos. Se la comió a besos, cual si fuese una fruta, cual si fuese un higo almirabado, porque era linda y porque era suya. ¿Estaban ya casados? No lo sabía: Inés era suya porque se amaban y eso era todo ¿qué hacía falta?.... De improviso en el enajenamiento de las caricias, se presentó muy cerca triste y ceñuda figura, con los ojos fijos en ellos, en expresión de reproche y asombro ¿Quién era?.... Ah! su madre que le sorprendía olvidado de ella y de los estudios. Echó a volar de nuevo sin poder sufrir la mirada acusadora de esos ojos negros y bellos, que miraban con la rara intensidad de brillo que su madre sabía darles cuando el dolor y la angustia la oprimían. ¿Había hecho algo malo? ¿era pecado el amor?.... Voló, voló dichoso y libre en busca de otras mujeres y otros campos....

VI

LASTIMADO le habían en lo íntimo aquellos extraños modos y procederes que Jorge venía usando con él desde el regreso de la hacienda, precisamente cuando Roberto había esperado que la familiaridad y confianza de dos meses de campo, llenos de impresiones y peripecias estrechasen más si cabía la amistad que de antiguo le unía al jóven rico, admirado y querido por él con fascinada predilección, cuyos favores tanto tiempo le enorgullecieran desper, tando la envidia de sus compañeros de colegio.

Paseábase Roberto por la Alameda, a donde solía ir por las mañanas después de la clase de Código, y, ensimismado y extraño a las bellezas de la hora, y el jardín, pensaba con dolor y cólera, en el reciente encuentro con Jorge, hacía un rato, cuando dirigiéndose él a la Alameda por la calle de San Blas topóse con su amigo en la misma acera y vió, con la más grande sorpresa, cómo Jorge, viéndolo bien, volvía la cara, con gesto entre distraído y displicente, y se hacía el sordo a sus gritos el momento mismo de saludarle.

Siempre le quiso bien Roberto al amigo rico con afecto rendido y devoto. Todos los recuerdos de su infancia vinculados estaban con Jorge que había dispuesto de la vida y las horas de Roberto a su entero arbitrio, sin que jamás le opusiera ésta resistencia, prestándose y doblegándose mansamente a todos los caprichos y voluntariedades de quien, a

trueco de ello, le colmaba de obsequios y golosinas y le sacaba de la tristeza y humildad de su vida. Bien recordaba cómo a diario le llovían los recados de Jorge, traídos por el *huasicama* de la casa: «que el niño le manda llamar para jugar a las bolas, que el niño quiere que venga para hacer bailar trompos, que el niño lo necesita para irse a pasear por San Millán, que el niño le manda ver para montar a caballo» Y por este tenor, los recados de Jorge, eran órdenes que Roberto se apresuraba a cumplir, empujado también por su madre que veía el cielo abierto para su hijo en aquella casa pudiente. ¿Qué había, pues, hecho él para que Jorge le despreciase así? Desde el regreso de la hacienda notó ya que Jorge era otro, que prescindía de él para sus diversiones, y que no podía ocultar el disgusto que su presencia, la de Roberto, le causaba. Y por último, aquel desaire brutal, en la calle, definitivo y terminante. Roberto sentía la herida, profunda y cruel; se le enconaba el ánimo con todo el ardor de su juventud ofendida en lo vivo de su afección. El, tan cariñoso y agradecido, que adoró en su amigo, ¿merecía, de pronto, sin ningún motivo, de la noche a la mañana, tan humillante trato? Sentía ganas de llorar de pena y de rabia, impulsos de buscarle a Jorge y arrancarle la explicación de aquella conducta injusta e inesperada. ¡Cómo! ¿tenía derecho Jorge, sólo porque era rico, para jugar con el cariño de los pobres y dar un puntapié, sin más ni más, a la amistad y la gratitud? Ah! el ingrato amigo ¿con qué tanto alarde aparatoso de hidalguía y nobleza encubría un corazón egoísta, soberbio y seco?.... ¿con que él, Roberto, no había sido sino un juguete más entre las baratijas que entretuvieron la niñez de Jorge y que ahora éste abandonaba porque no gustaba ya de los entretenimientos baladíes y humildes? Y mientras tanto, Roberto había visto en Jorge un modelo de gentileza y señorío, de genero-

sidad y desprendimiento ¡Cómo hubiera jurado que ninguno de los otros ricos podía ganar a Jorge en nobleza! Se le sublevaba, se le sublevaba el corazón, en un hervor incontenible de dolor y furia!....

La Alameda, en la nitidez de una luz finísima y vibrante, luz «de cristal», luz infinita y cegadora, se llenaba de rumores y colores. Fulgían las flores, alborotaban los pájaros y estallaban las risas de la gente. La luz, luz delgada límpida y clarísima, que transparentaba y diafanizaba el aire, que habría y dilataba el espacio, hacía brillar como espejuelos móviles las pequeñas hojas de los cedros, encendía con tonos áureos de laminillas de oro las de los platanes, centelleaba como en bruñidas y finas dagas en las de las palmas, bermejeaba en la fronda del nogal, titilaba en el follaje del sauce, relucía, hiriente, reidora, juguetona, trémula, en la gracia vivaz, múltiple de matices, de los pensamientos, claveles, geranios y trompetillas, y a todas las cosas daba fuerte y neto relieve, faz jubilosa y clara, vivo y peculiar colorido. Y esa luz que glorificaba a todos los seres, entrábase asimismo en el ser de Roberto con toda la fuerza de su estímulo, encendiendo en él el ansia de vivir y de gozar. Por sobre toda la tristeza, por sobre todo el dolor y la ira que el orgullo de su amigo le produjo, flotaba, enseñoreándosele, la alegría que el esplendor de la luz derramaba, una alegría física de cuerpo tonificado, de avivados sentidos y potencias que repercutía en el fondo del alma. Y paralelamente, correspondiendo a la incitadora luz de fuera, la luz del amor, el recuerdo de Inés se le prendía adentro. No obstante el dolor agudo de su amistad herida y desencantada y la grande pena de verse desairado y humillado, le surgía de lo más hondo el anhelo de ser felíz, la alegría de amar y ser amado, el deseo de vibrar y rutilar como la luz, engalanarse y florecer como la naturaleza. ¡Qué bien le venían la luz y el aire! ¡La luz ardiente

del buen sol, el aire libre de la madre tierra! El nació para eso, para tostarse al sol, bebiéndose el aire libre y bregar y sudar en pleno campo; y, sin embargo, estaba extraviado en los sombríos corredores de una Universidad. Y allí en el campo, metido todo el sol en las venas, amar, con ese amor profundo y fecundo de los árboles, de las aves, de las bestias, con ese amor sano, potente, silencioso, pleno de fuerza y de gérmenes. Amar a la tierra y a la mujer como a senos prolíficos y creadores, como a las soberanas madres de la vida. El sentía la belleza de eso, y quería eso a todo trance para ser felíz. Con nostalgia pensaba en los lindos días pasados en Chillo, y deseaba volver allá cuanto antes. Por fortuna, como se acercara la Navidad—quince días de vacaciones—muy pronto regresaría al campo y pasaría con Inés a sus anchas, en el «Rosario» a donde le habían invitado. Vínole de nuevo el recuerdo de Jorge, y de nuevo le dolió la herida recién abierta; sentía que una gran parte de su vida y de su ilusión le había sido arrancada, de súbito, dejándole un vacío, una sombra en el alma. ¿Por qué se le trataba así, sin motivo? ¿Era que él valía muy poco junto a Jorge? ¿Era que su amistad podía ser desechada y despreciada como la basura? ¡Una amistad de tantos años. tan bien arraigada en el corazón, en su corazón! Y de golpe, acabada, sin saber por qué! Se le encogía el espíritu de susto como si presintiese en aquello una serie de dolores, como que empezase a darse cuenta de lo cruel e infame de la vida, de la inconsciencia y ceguera del corazón humano. Ser amigo de Jorge había sido para él motivo de grandes orgullo y alegría que se desplomaban en un segundo. Se le desmadejaba el ánimo al influjo de tales pensamientos y volvía la tristeza, una tristeza corrosiva, desalentadora, que parecía destilar veneno, a apoderársele del espíritu.

Por las anchas calles de la Alameda desparramóse, a la carrera y dando gritos de gozo, un grupo de niñas, de colegiales que del aterimiento de los cuartos fríos y húmedos pasaban a la gloria del sol que encendía su sangre y la hacía bullir. Paseantes meditabundos y solitarios perdíanse por las callejuelas escondidas. Cariñosas y reverendas mamás hacían pasear a su rorros. Afectadas, melindrosas, coquetonas pasaron elegantes señoritas, acompañadas de risueños lechuguinos; entre éstos iba Jorge. Al verle, se le enconó más él ánimo a Roberto y observando lo acicalado del traje de Jorge, la pulcritud fingida de su ademanes, la satisfacción orgullosa de ir en tal compañía que se le leía en el rostro, comprendía que era natural que a él le mirase con desdén. Roberto no podía hombrearse con Jorge en el seno de aquella sociedad y en medio de esas mujeres. Ya Jorge era un jóven de buen tono, a la moda, y no podía desentonar su categoría con amistades de tres al cuarto. Roberto se encogió de hombros, en una reacción magnífica de orgullo, y comparó mentalmente a Inés con esas mujeres. Inés era hermosa, en fuerza de su salud, de su juventud, de su vida; no necesitaba su hermosura de adornos ni perejiles, y resaltaba sola, pese a todo; y la belleza debía ser así, la flor misma de la vida llena de vigor y de gracia que comunica armonía y esplendor a lo que forma y anima: él habíale visto a Inés de todos modos, al desgaire, despeinada, sucia a veces, y por en medio de todo, a pesar de todo surgía, saltaba, brillaba la gracia de su persona, la belleza de sus líneas, el fulgor de su hermosura. Así quisiera ver a las damitas elegantes que creaban su bellezs con mil dibujos y artificios, adobando con profusión de adornos su pobre hermosura, estudiando pacientemente la manera de componerla y exornarla. Y él no necesitaba de nadie para ser felíz, porque tenía esos labios frescos, que eran suyos, bien suyos, para em-

briagarse de dicha, porque esos brazos amantes le serían el refugio de incomparable bienaventuranza para sus anhelos; tenía un corazón en qué apoyarse, una belleza qué gozar, lo tenía todo, no necesitaba de nada ni de nadie más. Y erguido y altivo, vivificada y radiante el alma con el recuerdo de su amor, con el orgullo de ser amado, salióse de la Alameda a largos y fuertes pasos.

Próxima la pascua del niño, Roberto, que había madrugado mucho, llegaba, entre las nueve de la mañana, al fundito de «El Rosario», tras mucho caminar y mucho averiguar por el camino a todo bicho racional con quien se topara. Divisaba ya la vieja cubierta de la casa sombreada por uno que otro eucalipto que se levantaba cerca de ella y rodeada de potreros de fresco verdor. Los potreros formaban una mancha aislada en medio de vasta porción de *cangahuales* blanquizcos, pelados, estériles, sembrados de resquebrajados y ásperos montículos que parecían escombros de una extensa ciudad. Sementerillas ralas y bajas asomaban de vez en cuando como que apuntasen tímida y vaga sonrisa sobre la faz desolada y rugosa de aquella tierra estéril; hilillos de agua corrían a veces, más cristalinos sobre la *cangahua* dura e impenetrable, dándole un poco de arena que permitía el brote de la hierba por aquí y por allá. En la cordillera cercana brillaba la nieve del Sincholahua sobre la falda azulina.

Embelesado iba Roberto en el paisaje, sintiendo, como siempre, que la emanación del campo le atraía y le dominaba el alma, cuando oyó un grito y reparó, en seguida, en una mujer que se bañaba en la caudalosa acequia que corría a la vera de la zanja frondosa. Grata sorpresa recibió reconociéndola, que era ella, su Inés, que se había tapado la cara con el brazo y hundido el cuerpo en el agua a la repentina aparición de él. Devoraba Roberto con la vista las desnudeces de Inés que se veían al través del

agua clara y transparente, sintiendo ávidos sus ojos y enfervorizada y encendida su carne en presencia de la maravilla del cuerpo femenino, tocado ya de la gracia llameante de la vida en celo. No era hermosa Inés con la hermosura armónica y estatuaria de los ideales estéticos que tampoco eran del alcance de Roberto, pero la juventad y la salud le habían redondeado con devoción y amor, y su carne fresca, de piel aperlada, era un encanto.

Le rogaba ella al pícaro mozo que se fuese, pero él estaba en sus glorias, y la chiquilla se vió obligada a salirse del agua y vestirse delante de él, agazapada a la sombra del tupido ramaje de la zanja. Un río de intensa y estremecida sensación le corría a Roberto por el cuerpo, escalofriándolo, sacudiéndolo, trastornándolo; aquello era la dicha, toda la dicha, aquello era la vida, toda la vida. ¿Cuándo, cuándo sería suya la preciosa criatura? Impetus tenía de abrazarla, de cubrirla y anegarla de caricias. ¡Cómo podía una mujer concentrar toda la ventura, todo el deleite del mundo!

—Qué linda estás así, Inés—la decía, balbuciente, tiritando de emoción, medio paralizado de impresión y de gozo, tímido aún en frente del adorable y misterioso sexo—¡Qué linda, que linda!

El don maravilloso del amor, el divino encanto de la mujer, el misterio inquietante del cuerpo y el alma femeninos le abismaban el espíritu, le ahondaban el corazón, le arrobaban la carne, le dilataban el ser. Oh! la felicidad infinita y abrumadora de amar y desear para el corazón tierno y candoroso que siente el primer latido, la primera conmoción, el primer asombro ante ese enloquecedor y nuevo descubrimiento. Tiritaba, temblaba de emoción, paralizado de asombro, de dicha, de terror. Y muy juntitos, rozándose, bebiendo Roberto el aliento y el aroma del cuerpo recién lavado y jabonado de Inés,

tirándole él de la rienda al caballo, se dirigieron a la casa en cuanto ella se hubo vestido.

Aquella casa vieja compuesta de un sólo corredor, con tres cuartos habitables y dos trojes, fué para Roberto un verdadero paraíso. Se le deslizaban los días en una exaltación continua y gozosa, libre de toda preocupación, entregado de lleno al ocio y al amor. Le desazonaba, sin embargo, la vehemencia exasperada de unirse para siempre a Inés, de hacerla suya cuanto antes, de aprovechar la vida gozándola hasta la embriaguez.

Ramón y Aurora, complacidísimos, le agasajaban a Roberto a pedir de boca. Roberto temía las tertulias de Aurora que, cuando se ponía a hablar y afilaba el pico, era inaguantable. Y sólo entonces, cuando se prendía a algún infeliz mortal para endilgarle largos relatos, encendidos de color y condimentados de mil chascarrillos y agudezas, sólo entonces se paraba Aurora y se estaba quieta; donde no, era de verla bebiéndose los vientos, acuciosa e incansable, con sus ojillos de ratón, vivos y reparones, y como el ratón hábil y lista para colarse por todos los rincones y rendijas y roer el ánimo, de las gentes con su pegajoso prurito de conversar y su pertinaz manía de hacer negocios. Porque para los negocios Aurora era un portento: la fortuna que entre ella y Ramón habían amasado debía más a los negocios diligentes de Aurora que al lento y bruto, si tenaz, trabajar de su marido. La panadería, la ceba de puercos, la reventa de mercancías traídas de Quito, el *estanco* que tuvo en el pueblo de S. y los mil tratos que sostenía con todos los indios de las haciendas en que habían servido de mayordomos; y, más que todo esto, su don de husmearlo todo, de saberse de memoria las vidas ajenas, su sagacidad y astucia de zorro para halagar las flaquezas del prójimo y quedar bien con todos, hacían que Aurora, que por otro lado era un tanto avariciosa, resultase

un chorro de plata para la sociedad cónyugal. Fué fortuna para Ramón, tan soso, tan desmemoriado, con su cabeza anémica, tropezar en su vida con una mujer así que era el alma de la casa, el pensamiento y la memoria, mientras él era sólo el músculo forzado y tenaz.

El mismo día en que llegó Roberto, que fué un domingo, Aurora de regreso del pueblo cercano a donde fueron a oir misa, medio achispada, le refería a Roberto cómo se había arreglado el negocio de aquel fundito.

—Yo, que no me duermo—exponía Aurora—supe que Don Tomás Carrera estaba arruinado por la comadre Zoila López, que es conocida de él. Don Tomás vivía mal con ella, y como ella es *agalluda* y gastadora, en un decir »Jesús» le llenó de deudas al infeliz hombre, cosa que los acreedores le iban ya a rematar este fundo por la nada. Le conté a mi marido pero el pobre que es tan simple, creyó que Don Tomás pediría unos veinticinco mil sucres y se asustaba de tanta plata. Hijo le porfiaba yo, qué tiene preguntarle y ofrecerle. Ay! Robertico, pero mi Ramón es algo petaca, como Ud. ya lo habrá notado, y tuve que lidiar una semana entera para conseguir que diera algunos pasos. Con otro hombre, yo habría sido una gran cosa; pero el destino me hizo caer con este infeliz, y no paso de ser una chagrita. El señor Luis Diaz tuvo la culpa. Yo era *huambra* todavía y una vez que estuve en la casa de él, porque mi mamita era comadre, se le metió que debía casarme con el Ramón porque emparejábamos bien. Y teniendo, como tenía, hartos novios de lo mejor, pero don Luis trabajó tanto con mamita, me sermoneó tanto a mí, que al fin me casé con este pobre banco. Pero ya le quiero al infeliz porque con ser lelo y todo, es trabajador y se cae de bueno. Pero si no hubiera sido por mí, no hubiéramos tenido un centavo. Porque él se olvida de todo,

apunta todo mal y se tarda una hora para comprender cualquier cosa ¡Una desdicha! y cuando ha estado de autoridad, si yo no me hubiese parado duro, se le montaban en el cogote, con seguridad. Ay! pero yo estoy en todo, a mi nadie me engaña. Eso sí, la Aurorita no es saco de paja, sabe hacer las cosas que da gusto. Y mi hija, Robertico, se va chupando todo mi genio; nadie le gana a viva, hacendosa, formalita, aseadita, y no es mete bullas como yo, sino al contrario bien arrimada a la casa.

Le aburrían hasta la desesperación a Roberto estas parrafadas de su futura suegra. Gustaba más de la compañia de Don Ramón que era parco de palabras, porque con él recorrían la hacienda en silencio, observándolo todo, y de vez en cuando Ramón comentaba lo que observaba con preciso y sagaz ver. Le acompañaba también al trabajo cuando éste era pintoresco y de empeño. A los pocos días, hubo *minga* de siembra de trigo y fué entretenido aquello.

Ramón y Roberto estuvieron a caballo muy de mañana con el propósito de no moverse del lugar del trabajo. En su mula de todos los días, lerda y mansa, mandada hacer para él, que no salía de su paso lleno y balanceaba sus orejotas, iba adelante Ramón; le seguía Roberto en una jaquita asombradiza que le despabilaba el ánimo con la inquietud nerviosa de sus movimientos y espantos.

Llegados al sitio, un llano amplio, esperaron la llegada de lo indios que, a punto de las seis, estuvieron ya reunidos. Fué divertida la escena de uncir las yuntas. Cada indio traía su *huasca*, su *aparador*, su *chaquícara*, su reja y su yugo; estaban alegres los indios, como siempre que había minga, y el contento se les avivaba con la copita de *trago* que Ramón iba dándoles conforme llegaban. Hubo bulla y confusión al uncir los bueyes y estalló por allí ligera camorra entre dos indios que se disputaban un precioso novillo mulató, de muy buena alzada, del-

gado, ágil y fuerte de miembros, de piel reluciente, cara aguda y fieros e inquietos ojos. Como cada indio se llamaba dueño de los bueyes que había amansado y con los que sólo él tenía derecho de arar, resultaba que muchos, los más inútiles y sin *provechos* no tenían un sólo buey, lo que ocasionaba pendencias en el momento de uncirlos. Roberto abogó en favor del más joven de los contendores en razón tan sólo de su coraje y gallardía varonil que le cayeron en gracia; era un longo bien fornido, ancho de espaldas, esbelto y recto de tronco, de cara expresiva y ojos bailadores y chispeantes, y que en sus ademanes y movimientos ágiles, sueltos y a plomo denotaba el vigor de su constitución y ánimo; estaba esparrancado, sosteniendo con entrambas manos, en actitud soberbia y resuelta, por detrás de la cintura, el cabestro con que estaba enlazado el novillo; las piernas, asentadas en tierra con rigidez de postes, hacían resaltar las venas y músculos; se había quitado el poncho y lucía la blancura de su camisa y calzoncillos limpísimos y el rojo subido de la faja que le ceñía el cinto, pendiente de la cual se veía un cuchillito en su vaina de cuero. Admiraba Roberto la esbeltez del rollizo indio y consiguió de Ramón y del mayoral que le diesen gusto; exigía el longo Andrés del otro indio el valor del *amansaje* para permitirle arar con ese novillo.

Dióse comienzo al trabajo; una yunta se encargó de *melgar*, esto es, de trazar surcos paralelos a corta distancia; un indio viejo, el mayoral, con cierto aire solemne, esparcía a compás el dorado grano sutil en cada melga; las demás yuntas distribuyéndose las melgas lo tapaban, y se percibía

> «un hondo y general rumor de vida
> y un ruido sordo de pujante brega».

Era una mañana purísima en que todo fulguraba, en que de la naturaleza toda brotaba cierto hálito recio y gozoso de fecundidad y germinación profundas. Húmedo y tibio vaho se desprendía de la tierra como el aliento encendedor y voluptuoso de mujer potente. Alcanzábase a ver de aquel llano gran porción del valle que se desplegaba entre las dos cordilleras andinas. En los confines del horizonte se levantaba, con magnífica imponencia, la enorme mole del Pichincha, rematada en el medio y en lo alto por agudo y áspero picacho, en que blanqueaban girones de niebla y refulgían manchas de hielo, y que rompía agriamente el fino y puro cendal celeste. En la otra rama de la cordillera estaba la sombría y azulada masa del Pasochoa erizada de picos como sierra; y detrás del Pasochoa asomaba, como una faz virginal, con el encanto de las cosas albas y límpidas, la cima del Cotopaxi, empenachada de humo denso y opaco, de color violáceo, y cubierta de nieve que se esponjaba arriba como la espuma de una ola y descendía en vertiente tersa. Delante del Pasochoa, hacia un lado, el Sincholahua, cuya nieve en la cumbre destellaba como cristal al sol; y por fín, se veía un trozo del Antizana, otro trozo de nieve fúlgida en forma de torreón. Abajo, el valle sonreía con variados matices; ahí cerca alternaban el color verde—aceituna de los maizales, el oscuro verdor de las arboledas, el verdegay de las dehesas arroyadas de hilos de agua, el verde esmeraldino de los alfalfares, el tinte oscuro de los barbechos, el blanco titilar de los caseríos y el azúl del humo que, en leves columnillas, se escapaba de las pardas chozas caracoleando y desvaneciéndose; y más allá, ya lejos, el azúl de zafir de algunos cerros escabrosos y calvos, hasta llegar a la agria y resquebrajada cordillera que se diluía en el azul de gas, vaporoso y tenue, de las neblinas. Y, como digno palio de tal copia de colores, se arqueaba el azul del cielo, límpido y

profundo, en que se aparecían y desaparecían fugitivos girones de blancas nubecillas, y que daba al espíritu algo así como una sensación de lo infinito. Todas las cosas reían, brillaban de gozo... ¿dónde estaba el dolor?.... Todo ardía y fulguraba de vida..¿dónde estaba la muerte?..

Y Roberto sentía que la felicidad le entraba en el pecho con el aire, con la luz, con el calor. La vida era hermosa con el trabajo, el amor y la alegría.

Serían las diez cuando empezaron a llegar las mujeres de los indios con sendas ollas de almuerzo. Sentábanse a buena distancia una de otra, salvo las amigas y comadres que formaban un sólo grupo y se ponían a departir fervorosamente. Entre todas ellas atrajo la atención de Roberto una muy moza, de graciosa estampa, provocativa y coquetona de aires, limpia y bien puesta de ropa. Le relampagueaban los negros ojos, y al hablar movía la cabeza para todos lados; a la vista de los hombres, sintiéndose contemplada con ansia, se retorcía como electrizada, pronta de ademanes, con sus formas delgadas y elásticas, lamida de cintura, estrecha y larga de cuello, fina de brazos. Traía camisa bordada, gargantilla cascabelera y vistosa, largos aretes de plata a las orejas, sombrero de lana graciosamente puesto, la *tupullina* blanca bordada de colores al contorno flecado y el oscuro *hanaco* alto que dejaba ver las delgadas piernas, bien limpias, bien cotorneadas que terminaban en inquietos y pequeños piés. Supo Roberto por Ramón que la simpática longa era la prometida de Andrés a quien seguía ya con el almuerzo, porque ya *andaban juntos*, es decir, vivían maritalmente según la costumbre de los indios de adelantarse al matrimonio. Roberto pensó con envidia en aquella costumbre, imaginándose que sería muy grato ese abandono fácil y confiado al goce, ese apresuramiento para la intimidad del amor.

Andrés, viéndole a su novia, sintiéndose visto y observado por ella, se esmeraba en el trabajo asen-

tando la reja a la vez que aguijando a la yunta para ser el primero en acabar la melga y pasar a otra. Su yunta era primorosa, la mejor de la boyada: la formaban un novillo barroso, *zambo*, largo y cilíndrico de cuerpo y otro bayo, color de oro vivo bajo el sol, ancho y *agarrado* y membrudote. Oprimido el testuz bajo el yugo alzaban los novillos el hocico que babeaba espuma, fatigados, hermosos en la tensión muscular del esfuerzo y en el brillo de la piel bruñida por el sudor, coleando de impaciencia y avanzando vigorosa y rápidamente, al sentirse heridos por la púa del apartador con que Andrés les despedazaba las ancas para ganar a sus compañeros y lucirse ante su novia. Volvíala a ver dulcemente dibujando en su cara expresiva, tierna sonrisa de fruición íntima. Pero ella, no sólo le miraba a Andrés sino a todos los indios jóvenes, con prolija atención, con viva y regocijada y ávida curiosidad, observándoles menudamente, intensamente y riéndoles, con risa fresca, clara, de riquísima sinceridad, de una espontaneidad incomparable, las gracias y bromas. Lo que no inquietaba gran cosa a Andrés porque él la sabía suya, íntimamente suya para toda la vida, como que la tenía ya bien asegurada, bien apalabrada, bien obsequiada, bien gozada. Inclinado el cuerpo hacia atrás y hacia un lado, quebrada la delgadísima cintura, *creída*, satisfecha, colmada su vanidad de hembra al sentirse envuelta y embriagada en la admiración y deseos de todos los hombres, reía y parlaba dejanta ver por entre sus labios carnosos y gruesos la sarta de sus dientecilos blancos y destellando por sus ojos negros y vívidos la luz extraña y fascinante de la vida en celo, encendida de voluptuosidad.

Suspendió Ramón el trabajo para que almorzasen los indios, que acudieron a sus mujeres y se pusieron a engullir vorazmente, charlando y riéndose. Los más, sucios, con las camisas negras de sudor y de

tierra y abiertas por delante cosa de verse el recio pecho, con el pelo empolvado, cerdoso y revuelto, con los toscazos pies rajados, ásperos y roñosos, no parecían gentes. Era una excepción el grupo de Andrés con su madre y su novia, donde relucía la limpieza; mano a mano con su futura suegra, Magdalena callaba, algo cohibida y recelosa, en tanto que él, entre bocado y bocado, bromeaba dulzonamente, con la olla en las manos, recogidas las piernas, y, para engullir, se trastornaba el contenido de la olla en la boca, sin hacer caso de la cuchara, tal era su hambre.

El sol picaba ya, bochornoso y quemante, como que atravesase aires cargados de agua; parecía, sin embargo, que no habría de llover aún. El cielo, opacado a trechos por nubes oscuras que sombreaban a ratos la tierra al tapar el sol, languidecía. Maravillábase Roberto de la alegría de los indios. A despecho de su arrastrada condición, escapábase de ellos a veces un torrente de alegría; la chicha y el aguardiente les alegraban las entrañas, prendiéndoles la llama de alegría física — madre de la felicidad — en la actividad del trabajo saludable; y luego, la perspectiva de la comida de por la tarde era una dichosa perspectiva que los animaban de antemano. Era un día completo, en que habrían de agotar su capacidad de placer ligeramente enturbiado tan sólo por el pensamiento del trabajo sin chicha de los días venideros; pero como pensaba muy poco en eso, asidos con toda el alma a aquel momento presente se dejaban henchir el cuerpo de gozo.

A poco se asomaron Aurora e Inés, que les traían en una portavianda el almuerzo a los patrones. Así como hubieron llegado, uno de los indios, el marido de la doña que había hecho la chicha, les ofreció sendos *mates* de ésta, que ellas se lo trasegaron sin respirar, muertas de sed con el viaje a pie desde la casa bajo el sol que asaba.

¡Cuántas yuntas, me muero! dijo Inés admirándose y dando una palmada—Así que fuera todos los días.

—Así es lo que cuesta—observó Ramón—chicha, trago, comida, *chani*, fuera de que los gañanes ganan también su raya.

—Sí. pues—expuso Aurora—la chichita, el traguito, la carnecita es lo único que les mueve a los *roscas*. De no, ni los conciertos salen. Y estos verdugos que han sido terribles. Acostumbrados al desorden de Don Tomás, creen que con nosotros también han de hacer lo que les de la gana.

Guiñóle los ojos Ramón a su mujer porque no quería que se hablase mal de los indios sin motivo y delante de ellos, y menos cuando salían con buena voluntad al trabajo como había acontecido aquella vez. Y para impedirle que siguiese hablando, fuéronse a almorzar a la sombra de la zanja, donde unas flores rosadas aromaban el aire. Durante el almuerzo, devorado con ansia, Ramón dirigiéndose a Roberto, enhiló largo capítulo de proyectos referentes al fundo. Pensaba convertirlo en hacienda de ganado exclusivamente, porque la labranza tenía muchos riesgos y demandaba muchos brazos; el ganadito por lo contrario, era seguro, a menos que Dios quisiese mandar las epidemias y fiebres que lo diezmaban, lo que era raro. Pero los granos o se helaban o se *lanchaban* o se podrían, y ya por falta de lluvias y ya por el mucho llover, y ya por esto y ya por lo otro, lo cierto era que más resultaban el trabajo y las angustias que la ganancia. Escuchaba Roberto con atención porque como él pensaba llegar a ser dueño de «El Rosario»....

Cuando se madrugaba y se trabajaba ¡qué bien se sentía uno y con qué placer se almorzaba al aire libre! Y una vez más Roberto se sintió felíz, porque tenía hambre y sed y amor, porque se sentía sano y ágil y fuerte, porque podía manejar y satis-

facer ese manojillo de fuerzas y deseos con que la juventud arranca al mundo sus alegrías y gozos y sorprende sus secretos.

Se encapotó más el cielo y se abajaron las nubes como si fuese a llover, pero Ramón confiaba en que no fallaría el veranillo del Niño. Comenzó a atardecer. Y poco a poco, se elevaron las nubes y se aclararon hinchendose de luz; los nevados se encendieron en lumbre de oro. Soplaba viento. Derramaba paz el profundo azul celeste decorado por las blancas nubes que se esponjaban y se distendían lentamente; había cierta expresión de dulzura en el tierno verdor de la tierra, salpicado de los puntos blancos de las casas y de los puntos oscuros de las arboledas y barbechos; el azuloso tinte de las cordilleras se esfumaba también con dulzura. Por entre las ramas de un arbolillo de espinos, cuajado de flores lilas, que estaba en la zanja, trinaba un mirlo. El sol, ahogándose entre nubes que empalidecían su luz al filtrarla, se hundía. Uno tras otro, en diversos tonos, cantaban los gallos de las chozas cercanas. Gorgoriteaba una acequia. Y sonaba, como si fuese a romperse, el aparato de cabestros y palos de las yuntas. Se aligeraba y tonificaba el ánimo de las gentes con el frescor de la tarde tras el bochorno del sol.

Inés se puso parlanchina, y Roberto la contemplaba y escuchaba con el alma medio adormecida en languidez de dicha. ¡Cómo deseaba atajar el curso del tiempo, parar el correr de la vida, aprisionar entre las manos esas burbujas de felicidad tan dulce y amable que volaban, frágiles y breves, para disiparse al menor roce! Le venían ganas de ser sereno e inmenso como el azul del cielo, vagaroso y lánguido como las nubes, fecundo como la tierra, refulgente como el sol, de ensancharse, expandirse, diluirse en el espacio. Y era que se le hinchaba el corazón de gozo. Un gavilán que pasó volando a poca altura,

con las enormes alas tendidas y rígidas le causó envidia! Volar, desasirse de la tierra dura donde había miserias y amenazas ¡grande dicha! Cruzar el aire solemnemente, amparando en él la felicidad delicada que no dura sobre la tierra ¡bello poder! Y al observar a los campesinos tan apegados a la tierra y al surco se sintió distanciado de ellos. Ascendía, se afinaba su espíritu como espuma, y poéticos pensamientos chisporroteaban en él como luces de varios colores.

A la hora de la oración terminó el trabajo, y se les llevó a los indios a la casa de la hacienda, en cuyo patio les preparaba la comida una *doña* y otro indio despanzurraba el cadáver de un borrego, despellejado y sanguinolento, que pendía de un poste.

Fué de verles comer a los indios: se hartaron y quedaron tan repletos que se les veía la barriga hinchada y cómo quedaban fatigados y sin habla. Dejaban reluciente la *cazuela* de puro lamida, recogiendo con los dedos las rebañaduras. Terminada la comida, Ramón les hizo rezar ceremoniosamente un padre nuestro, una ave maría y un bendito, y después los indios, agradeciéndole de corazón y dándole en coro el *alabado*, se largaron en diferentes grupos, riendo todavía, en carcajadas recias, como los últimos ecos de aquel día feliz.

Al otro día, la familia de Ramón asistió a misa de gallo. Encamináronse a las ocho de la noche al pueblo más cercano; era una noche despejada en que las estrellitas innumerables reemplazaban a la luna, titilando en un cielo que se ahuecaba como un abismo; en el aire se percibían densos olores a hierba y hojas frescas. De las casas a la vera del camino se disparaban las gentes presurosas. En los *estancos* se dejaba oír el quichua desgarrado de los indios borrachos. Llegados al pueblo y libadas algunas copas en la casa donde se apearon, la comitiva se trasladó a la iglesia, donde hacía agradable

calorcillo que desentumecía los miembros algo ateridos de frío. Al son del organillo que falseaba a cada momento se oía cantar al maestro de capilla que hacía de bajo, de tiple y de tenor; el murmullo del rezo cosquilleaba los oídos, Junto al altar mayor estaba compuesto el naciniiento con musgo y encerado; en la cima se le veía al niño Jesús bajo un dosel de ramas y flores, con la Virgen y San José, más pequeños que él, a los lados. Roberto rezó con devoción pero no dejaba de pensar con extrañeza en la religiosidad de las gentes que se preparaban a pecar de todos modos oyendo una misa. Y en efecto, concluída ésta, la masa humana, que edificaba en el templo, se regó por todas partes en busca de aguardiente, jarana y amores. No hubo casa en el pueblo donde no se bailase y se bebiese y se refocilase. Y en aquella donde ellos se apearon, la diversión fué mayúscula, ya que Aurora sabía aprovechar a maravilla tan buenas ocasiones y Ramón no se hacía rogar en estas solemnidades. Inés, que también estuvo a punto salió ilesa de la fiesta, gracias a la timidez de Roberto.

Faltando ya pocos días para que Roberto regresase a Quito, Inés y él salieron solos a pasear. Anduvieron un buen rato por el callejón y les vino el deseo de entrarse al potrero en que estaba el rejo. Sentáronse cerca de la zanja, sitio obligado para ello. Era hermosa la tarde. De lila el cielo, en purísima suavidad de tinte, cual si una nube blanca se hubiese diluído en el azul y empurpurado a la luz crepuscular, daba raro encanto a aquel atardecer; luminoso reguero de plata y oro señalaba el punto por donde se ocultara el sol. Como llamas, jirones delgados de nubes doradas fulgían soberbiamente. Hacia el Norte, se alcanzaba a ver un trozo de cordillera, cuyo azulejo color estaba apagado y sombrío; y a lo largo de la cordillera se tendía, como un sudario, pálida niebla. Toda la tierra parecía un cadá-

ver. Soplos de ligera brisa estremecían el ramaje rumoreando. Un *solitario* se posó por un momento en la zanja y gimió con su fúnebre piar.

Ahí cerca, el potrero, lleno de ganado y bestias cubierto de la baja y menuda hierba, salpicado de las blancas florecillas del trébol de deliciosa fragancia, les solicitaba la atención. Inés se divertía en observar a las vacas e indicárselas a Roberto. A posa distancia de ellos se pavoneaba una muy hermosa, seguida del toro padre por estar encelada. Era «la marquesa», según dijo Inés, la más lechera de todas: gateada de color, esto es, listada de negro en el fondo rojo, la piel lucia y fina, las formas anchas y fuertes, los cuernos retorcidos y abiertos, con expresión de vaca mansa en sus ojos tranquilos y en su caraza ancha y apacible; las ubres hinchadas, redondas y tersas le estorbaban andar y le obligaban a abrir las piernas. Muy pegado a la vaca estaba el toro padre, y si aquella era un emblema de la fecundidad, éste simbolizaba la potencia y la fuerza. Daba miedo verle la cara al toro: abultada, deforme, rugosa, con los ojos torvos, tenía expresión imponente y fiera. Le caía la piel por debajo del cuello en tira larga, fina y aterciopelada; de andar pesado y majestuoso, con el cuello grueso y arqueado, con el lomo recto que terminaba en la delgada cola en cuyo remate se retorcía un rizo como un caracol, con los fuertes y poderosos miembros que le resaltaban distendiendo la brillantísima piel negra con manchas blancas. Y la cornamenta, con astas agudísimas, se le alzaba, rígida, arrancando del ancho y vigoroso testuz. El toro lamíale el cuello a la vaca con mimosidad y de vez en cuando le arrimaba el hocico al lomo haciendo amagos de encaramarse sobre ella, pero la vaca coleaba y se esquivaba.

—Cuánta leche da «la marquesa» preguntó Roberto.

—Cerca de dos baldes ahora que la cría está ya grande. De reción parida, de sobrita que da tres. Es la mejor de todas y la más mansa. Sabe comer sal en la mano. Vas a ver cómo se acerca y me lame.

Y ágil y entusiasta, Inés echó a correr hacia la vaca, gritándole «*cachi, cachi*, y tendiéndole la mano. La vaca se acercó ansiosa y se puso a lamer la mano de Inés que con la otra le rascaba la frente.

—¡Qué preciosa vaquita! —dijo Roberto.— Si así fuesen todas....

—Pero no creas que sólo ésta es lechera. ¿Ves esa otra que está más allacito? ¿esa mulata? Es así mismo. ¡Ay! ¡qué alhaja que está el torito de la vaca coneja! Se le está criando a toda leche par: toro padre. Ve cómo corre alzando la cola ¡qué lindo, por Dios!

Era un becerrillo monísimo, cuya cara brava causaba gracia y que jugueteaba corriendo y dando brincos, con el rabo enarcado en torno a su madre.

Sentóse de nuevo Inés y prosiguió charlando locamente, con la incoherencia de las distintas impresiones que la variedad de las cosas le producía en su joven alma. Arrancando hierbecillas, dió con una mata de trébol de cuatro hojas.

—Ve —le dijo a Roberto— vamos a ser felices.

—Sí, muy felices —la contestó Roberto abrazándola y besándola con un frenesí inusitado.

Ella se asustó viendo llamear en los ojos de Roberto la luz siniestra de la pasión. Y su sentido práctico de campesina le hizo temer que Roberto pudiese burlarla; haciendo un violento esfuerzo safóse de los brazos de él y echó a andar indignada.

Irritado hasta el dolor por la vehemencia de su deseo insatisfecho, no pudo Roberto seguirla y quedóse mohino y turulato. Vagó por el potrero, con tristeza y despecho; sintió envidia del arrogante engreimiento del toro padre que disfrutaba tranquila-

mente de las resignadas vacas. Al fin, salió del potrero, deseoso de andar mucho para fatigarse y aplacar los nervios. Avanzaba la noche y discretamente iban las sombras cubriendo la tierra. Por el camino vió venir una indiecita; la reconoció. Era Magdalena, quien al verle a Roberto apresuró el paso e hizo una curva en su camino para apartarse de él, aparentando temor por coquetería. Súbitamente se le acercó Roberto, asióle del brazo, empujóla, y ella.... se dejó caer....

VII

YA en la ciudad, que le pareció triste y opresora como nunca por lo angosto de las calles, lo gris del aspecto y el hormigueo de las gentes después de la anchura clara y libre del campo, se sintió vacío, como si el alma, lo mejor del alma, se le hubiese quedado allá cautiva y no acertaba a acomodarse a las insípidas obligaciones de estudiante y empleado. Por la mañana tenía que aprenderse de memoria, punto por punto, palabra por palabra, la lección de Código o de Derecho romano, para contentar a los profesores que exigían eso; felizmente, rara vez se acordaban ellos de él porque ni le conocían ni tenía Roberto fama de inteligente. Entre el día, iba al Ministerio a escribir sin término, para salir de allí con la cabeza cansada y los piés fríos.

Tenía pocos amigos. El más querido era Pacho Moreno, mozo vivaracho, que tenía singular modo de ver las cosas y apreciar a las personas, lleno el espíritu de risa, de una risa frívola, espumeante que se derramaba sobre todo. En pocas palabras definía Moreno a cada estudiante, cogiéndole al vuelo el lado gracioso y risible y la nota característica; y el sabroso tijereteo encantaba a Roberto. Pero Moreno no se espontaneaba sino en medio de sus amigos íntimos, que también, como Roberto, era algo esquivo. Carilargo, delgado y escurrido de cuerpo, nervioso de ademán, de ojo vivo y chispeante, era una figurilla agraciada y simpática. No había cosa seria para

él, y si alguna vez tuvo penas, en el más escondido repliegue del alma se estafían, calladas y medrosicas; que a la superficie, al rostro y a los labios, salían tan sólo las efervescentes burbujas de su risa que saltaban y se evaporaban con ligereza aérea, burlándose de las cosas graves, de las personas pesadas, de los espíritus sólidos. La vida, para él, era una pura broma y le desazonaban los ceños fruncidos y las caras tristes; se daba buena vida, aficionado como era a las mujeres y a la cerveza, *tunanteando* y enamorando de lo lindo.

Después de la clase, Roberto, Pacho y algún otro condiscípulo se iban casi todos los días a la Alameda. Habían llegado a quererse mucho los dos, en razón mismo de la diferencia de sus caracteres. Al esquivo y callado Roberto le hacía bien el expansivo y chisporoteante humor de Pacho, y éste daba rienda suelta a su ingenio seguro de no encontrar tropiezo ni contradicción en el ánimo de aquel. Sólo que muy rara vez acompañaba Roberto a su amigo a las diversiones de que éste gustaba.

Para los demás universitarios, Roberto era un *chagra* pesado de ademanes y falto de gracia, y los otros empleados del Ministerio le miraban con cierto despego por encontrarle incivil y seco en su trato. Y era que él no había nacido para ese ambiente y al no hallarse bien allí, su posición era forzada y desabrida. Pero le alentaba la esperanza de safarse algún día de tales ligaduras, y volar por donde le pluguiese.

Tras dar una vuelta en la Alameda, subían al montículo construído en forma de caracol que hay al fin de ella y de donde se ve el valle de Iñaquito. Un día leyó Roberto desde allí, en un cartel pendiente de la ventana, que se arrendaban piezas en una bonita casa que quedaba al frente del montículo en la calle del Belén. Al punto él, y su amigo coláronse en tal casa y conocieron el principal depar-

tamento —una linda galería cerrada de vidrios, con cuartos claros, con vista al hermoso paisaje de Iñaquito, con luz y aire por todas partes y que se arrendaba por el cómodo precio de diez sucres mensuales. A los ocho días, estaban instalados allí la madre y el hijo, que Roberto, algo dejado y lánguido de ordinario, tenía súbitos impulsos cuando se trataba de las cosas de su predilección, indecisa y vaga en lo fútil, precisa y fuerte en lo principal.

Lo primero que echaron de ver en la nueva casa fué que vivía mucha gente, de diversos pelajes, en ella. Pertenecía a los partícipes de una sucesión *pro indiviso* aún, por el cual motivo estaba encargado de su manejo Emiliano Suárez, que ocupaba uno de los departamentos. Era la casa bien grande, con dos puertas de calle; la una daba a la calle que va al Ejido y la otra a la del Belén. La casa era una población y Rosa notó en breve que no era muy buena la gente que allí vivía. Exceptuada la familia de Suárez, el resto eran personas de costumbres libres y trato grosero. Hecha estaba Rosa a tratar con toda clase de gente y no se escandalizaba por nonadas, pero no dejaba de echar de menos la antigua vivienda donde los convecinos le querían y consideraban.

El encargado de la casa, por fortuna, sí era buena persona. Serio, ceñudo de rostro pero suave de palabra, Suárez le inspiraba confianza; estaba casado con una simpática muchacha, Clementina Gallegos,—con cuya madre, una señora postrada, y con cuyo hermano un infeliz niño ciego— vivía el matrimonio. Había llegado a saber Rosa, además, que Emiliano, antes de casarse con su mujer, había vivido con ella largo tiempo y hasta tenido un hijo, lo que no fué parte para que él dejase de legalizar sus relaciones, sin resistencia ninguna, como sin ninguna resistencia se le había entregado ella, una alma ingenua y dócil para el amor. Este rasgo le recomen-

daba mucho a Suárez a los ojos de Rosa, ya que siendo Suárez muy superior a su mujer en posición y clase sociales, mostraba lealtad, generosidad, sentimiento, ese su modo de proceder en tal asunto. Clementina recompensaba a su marido largamente, con las adoraciones y ternuras de su corazón sencillo, que se había prendido a ese hombre como un trocito de acero a la piedra-imán, porque sí, porque así tenía que ser, porque ella había nacido para ese hombre sin remedio. Suárez era un gran señor allí en la casa y en medio de su familia, y sabía hacerse respetar de todos.

Con Clementina, trabó amistad Rosa muy pronto. Aquella se le insinuó, comprendiendo en seguida que se trataba de personas honradas y de orden, y para Rosa la amistad de Clementina fué una bendición. Mujer ésta de muy buena gracia, verbosa, juguetona, ligera como un pájaro, le entretenía de veras a la madre de Roberto. Contábale su vida, y cómo Suárez llegó a casarse con ella a despecho de la terca oposición de la familia de él, una magnífica familia de Quito que vivía en Guayaquil desde mucho tiempo atrás; si Suárez la hubiese abandonado, ella se habría vuelto loca, de fijo, sin que pudiera quedar la menor duda.

Una de las inquilinas, la señora Ursula, se apegó también a Rosa, para pasar con ella y Clementina las mejores horas del día, las horas de costura en que podían reunirse y trabajar y charlar. La señora Ursula era viuda de un militar, con cuyo exiguo montepío se mantenía ella y sus dos hijos, varón y mujer, que cursaba el uno la segunda enseñanza de interno en el Seminario y asistía la otra a una escuela municipal.

La señora Ursula y Clementina se constituían de una a tres de la tarde, en el departamento de Rosa, con su recado de coser, en uno a manera de vestíbulo cerrado de vidrios por la parte que daba a la

calle del Belén y desde donde se veía el altozano de la Alameda y los retozos de la gente que a dicho altozano acudía. Las tres mujeres, entre puntada y puntada, no daban paz a la lengua, particularmente Clementina tan alegre y expansiva, que se ahogaba en la soledad y el silencio. Vestida de bata blanca y ligera a la moda de la costa por complacer y agradar a su marido, radiante de gracia su carita redonda de facciones finas, risueños y puros los ojos, toda ella limpia y pulcra, soltando el chorro cristalino y juguetón de su ligera charla, era la alegría de la reunión. La conversación favorita era sobre las prendas de sus corazones que llenos de ellas se desbordaban por los labios. Clementina solía picotear de vez en cuando, en las vidas ajenas pero sin mal querer, con burlas inofensivas, dispuesta a tolerar, a compadecer, a perdonar.

Por Clementina supo Rosa la vida y condición de los otros inquilinos. Una familia del pueblo de S. que residía en Quito largo tiempo hacía, ocupaba las piezas del zaguán, familia compuesta de la madre y tres hijos de diferentes y dudosos padres. En el departamento que miraba a la carretera que va al Ejido, con azotea por delante, habitaban tres mozuelas con su madre, asimismo sin hombre que explicase y justificase la procedencia de ellas. Completaban el vecindario un vegete malhumorado siempre, pero servicial y laborioso, con su mujer, su hijo y su nuera, personas que no hacíanse sentir—taita Toribio— que así se llamaba el vejete, barría las calles y ponía agua para la familia de Suárez y un *mata puerco* con su mitad, mujer ésta de mal genio, que cuando él se emborrachaba, cosa de casi todos los días, armaban entre los dos bravas pendencias cuya víctima resultaba al cabo una infeliz chicuela que habian prohijado a falta de hijos propios. Clementina explicaba cómo su marido, que era tan severo, podía sufrir a tales inquilinos, en atención tan

sólo a que él estaba obligado a procurar que la casa no dejase un instante de producir, no siendo posible pararse en pelos en punto a negocio, ya que si se pusiese a escoger a la gente, la casa se habría de quedar vacía por lo difícil de topar con personas honradas, debiéndose consultar tan sólo el que fuesen puntuales en el pago de arriendo.

Paran Roberto, casi no existía todas esas gentes; pasaba pocas horas en la casa y a esas horas apenas las veía. Como todo enamorado, tenía desgana y despego de lo que no tenía nada que ver con su novia. La rubia Elena, de la familia que vivía en el zaguán, y la menor de las tres muchachas del departamento de la azotea, le inquietaban, sin embargo. Por fuerza hubo de hacerse amigo de un hermano de Elena, con ocasión de verle frecuentemente en el Ministerio—el suyo era Ministerio de Gobierno y Policía—por ser dicho sujeto, que se llamaba Pedro, empleado en la Intendencia. A veces íbanse juntos hasta la plaza grande donde se separaban, para entrar Roberto al Palacio y seguir Pedro hácia la Policía. No era simpático Pedro. Al cuerpo delgaducho y endeble, a la cara enjuta y aguda, se añadía el genio fanfarrón, díscolo y envidioso. Disputaban por todo entre él y Roberto, pero les unía el hecho de vivir en la misma casa y servir al mismo Gobierno. Pedro renegaba de todo, en especial de su hermana Elena, a cuyo gasto y lujo atribuía la miseria en que a la sazón se hallaban; su madre había dilapidado la fortuna por darle gusto a la sinvergüenza de Elena, y a la fecha él y su hermano Tobías eran los burros de carga; Elena era una Reina y se pasaba, mano sobre mano, en amoríos y jolgorios. Y tanto oírle a Pedro lamentarse contra Elena, Roberto observó a la incitante bermeja, que en la exuberancia de las carnes revelaba lo estallante y triunfante de sus apetitos. Unos ojos de gato, una piel quemada casi dorada llena de pecas, un garbo arro-

llador y desafiante le daban poder sobre los hombres. Ella le provocaba a Roberto, que no se las tenía todas consigo en presencia de tal mujer.

Al cabo de algún tiempo, Pedro fué despedido de la Policía sin que se supiera por qué, y entonces fué de oírle. El era Liberal, alfarista, rojo y todo; era claro que tenían que sacarle de la Policía; pero la revolución estaba ya hecha contra el viejo inútil de Cordero que se dejaba engatusar por el bandido de Caamaño que había llegado al extremo de vender la bandera de la patria. Y cuando viniesen los radicales y subiese el General Eloy Alfaro, Pedro Guzmán no sería un simple amanuense de Policía sino capitán de Infantería, por lo menos. Pronto se marcharía a la revolución con la mar de amigos, y entonces sí que se guardara el viejo de Cordero.

—No charle tanto, no mienta—le decía Roberto cansado e irritado de oírle fanfarronear a Pedro.

—Si no son charlas ni mentiras; ya verá lo que hacemos. ¿Piensa Ud. que nosotros los liberales somos cualquier cosa? Somos gente que no teme a nada ni a nadie. Y a Caamaño y a los progresistas no les hemos de dejar con la picardía de la bandera!

—Y al fin ¿en que consiste esa picardía?

—¡Cómo! ¿Ud. no sabe? Pero si en los periódicos se cuenta, con toda claridad, cosa de entender cualquiera, esa infamia. El tuerto pillo de Caamaño ha ordenado a Noguera que alquile la bandera del Ecuador para que Chile venda un buque al Japón.

—Si no creo es así, hombre. Oye Ud. cantar al gallo y no sabe donde.

Al fin se callaba al sempiterno hablador no encontrando en Roberto tela para la política.

Sin saber cómo se encontró Roberto una vez en el cuarto de Elena en medio de varios de sus amigos, Pacho Moreno, entre ellos, que habían buscado allí diversión y solaz. Las mozuelas de la azotea habían ido también invitadas. Y Roberto, sin saber

cómo también, se arrimó a Elena que le ofuscaba encendiendo en su ser el fuego de malsana pasión, de esa pasión canallesca, viciosa que es agria como un limón, que corta la sangre y escalofría el alma, que le embrutece al hombre abatiendo toda su voluntad a los piés de una mujer bestial e inmunda, y que atrae como la llama de una hoguera, con la atracción de la podredumbre y de la muerte. Hasta el amanecer duró el jolgorio y en medio de la embriaguez general estalló la disputa sobre política con gran fervor. Sólo Roberto defendió al Gobierno por un sentimiento de lealtad, y todos los demás le acribillaron a insultos y burlas. Que el Gobierno de Cordero era una argolla insufrible; que no salía de Caamaños y Flores, que eran los que de veras mandaban haciendo lo que les daba la gana; que Cordero era un parapeto, un maniquí, que lo de la bandera era escandaloso e inicuo; que esto y lo otro que lo de aquí y lo de más allá. Pero Roberto que nones, que el Gobierno era honrado, que no había razón para un trastorno político y que los de Gobierno no eran una partida ni de bandidos ni de gallinas como se estaba pensando y que sabrían defenderse. Moreno le amonestó a Roberto que cediese porque hasta las piedras de la calle eran enemigas del Gobierno, que ahí estaba el batallón Ecuador compuesto de lo granado de la juventud, al cual todos ellos pertenecían y que su había formado por el ya pasado peligro de una guerra con el Perú, en el cual batallón no se podía contar dos partidarios del Gobierno. No cejó Roberto, encaprichado más al ver que todos le atacaban. Fué preciso para que la discusión terminase que las mujeres, de verse relegadas al olvido, gritaran a voz en cuello «abajo la política» y «viva el gusto», gritos que hicieron rehacer los amores a los distraídos varones.

Al día siguiente, las tres tertulianas de costumbre comentaron el escándalo dado por la familia

Guzmán. Cosía Rosa en su máquina, bordaba Clementina en su bastidor y Ursula, con sus antiparras, cegatona ya, quería darse maña para remendar un pantalón de su hijo.

—Qué tal gente! ¡me muero! ¡Jesús, María!— exclamaba Clementina, contenta de tener materia y ocasión para un largo murmurar—Señora Rosita, no le deje a su hijo meterse con esas mujeres que pueden perderle. Mi marido tenía ayer unas iras oyendo el alboroto que casi no más hay una de los demonios!.... Antes yo le contuve, que de no.... Que se contentaran con pasar un rato con gusto, pero no señor, todo el día y toda la noche y dos y tres días, y bebe y bebe sin descanso, y alborotos y pleitos y horrores. Y todavía creo que le están dando, a puerta cerrada. Su hijo que es tan bueno, señora Rosita puede dañarse, puede dañarse.

—Eso no—replicaba Ursula pausadamente—El que quiere corromperse se corrompe aunque sea en un convento y el que no, bien puede estar en el mismo infierno. Es cosa del genio. Con el hijo de la Señora Rosita no hay miedo.

—No crea, adios, señora Ursula, las malas compañías y los malos amigos pueden dañar a un angel!...

—Yo cuánto le digo—manifestaba Rosa, dando a la máquina—pero ¡qué! en este tiempo los hijos ya no hacen caso a las madres. Una es pobre estropajo y ellos se creen dueños de su voluntad. Cierto que mi hijo no es malo, gracias a Dios, pero el mal se pega, yo estoy con la Clementinita. La gente está muy dañada; será por la pobreza, por la necesidad, yo no sé, pero lo cierto es que en cien personas se encontrará una buena y formal. Talvez debo conformarme con que mi hijo se case, porque ya casados no dejan de formalizarse cuando tienen buena índole.

—Cierto es, señora Rosita, cierto es —corroboraba Clementina, muy convencida— yo sí le aconsejo que le haga casar. La mujer siempre le sujeta al marido.

De pronto Clementina alcanzó a ver a dos atortolados amantes que, en el altozano de la Alameda, se besaban y se reían. Clementina la reconoció a ella, una mujer de la aristocracia, que se había dado a la mala vida.

—Vean, vean —les dijo Clementina a las dos señoras— vean ¡qué sinvergüenza! ¿ha de ser posible? Siendo de familia rica y noble ser así? Esta sí que no tiene perdon de Dios ¿Qué es, pues? Creerán que nadie los ve! ¡Como si estuvieran en su cuarto! Me muero, vean, si se están besando! ¿Ha de haber paciencia?

—Se conoce que a estas personas les gusta mismo ser así arrastradas —observó Rosa— porque teniendo plata y siendo de lo mejor no hay disculpa para lo que hacen.

—Dios me guarde —dijo Clementina santiguándose— Vean, ya se van —añadió acercándose a los vidrios para distinguirlos mejor.

Los dos amantes descendían por el caracol, asidos de la mano, en la confianza de que nadie los observase.

Después de un buen rato, Clementina divisó a Roberto con unos amigos en el altozano.

—Me muero, ya ha sido tarde —apuntó— ya han de ser las cuatro cuando ya viene su hijo, señora Rosita. Y, tomando su bastidor, ligera y graciosa, se despidió y bajó a sus cuartos.

Era el encanto de Roberto la linda vista de que se gozaba en esa casa. De la azotea, del corredor, de cualquiera parte, se alcanzaba a ver una preciosa porción de campo. Y como el crudo invierno reverdecía la tierra, dándole brillo y dulzura de color, hermosísimo se ponía el paisaje. Ceñíalo por el un

lado la Carolina, como torneado brazo de mujer, y al pié se extendía, encarnado, el vallecico que las zanjas dividían en pedazos de diversas formas y colores, lleno de arboledas tupidas y enormes. Y en la dulzura de vivo verdor, los cebadales en sazón lo espolvoreaban de oro alegre. Al otro lado, en vertiente accidentada, estaba el Pichincha, fragoso, sombrío, con mil quiebras y lomas. Por en medio del vallecico iba la blanca y ancha carretera en que hormigueaban los viajeros, animales y carretas que iban y venían, hasta que se perdía la carretera por entre los árboles.

Roberto querría también ser uno de esos viajeros que se iban, acaso en busca de otras tierras, atraídos por lo desconocido ¡Cuánto diera por sacudirse de sus libros y su empleo para lanzarse a correr por aquella inmensa llanura bañada de sol o fugarse, perderse en lejanas tierras! Por la mañana, preparaba la lección en la Alameda, y, por la tarde, se dejaba estar de codos en el antepecho de la azotea, contemplando el campo u observando los quehaceres de las gentes que vivían al frente. El caer de la tarde, en aquellas tardes de invierno, era triste y sombrío, y encogía el ánimo. Una niebla densa y negra bajaba hasta las faldas del Pichincha, y el cielo todo, tenebroso, preñado de tempestad, infundía tristeza. ¡Qué alivio, qué grande alivio, cuando, tras el torrencial aguacero que refrescaba y purificaba el ambiente, se abría el cielo y se veía su azul puro y vívido!

Varias veces le trincaban la atención las escenas de la calle y de las tiendas del frente. Había una, pintoresca, en que vendían aguardiente, pan, queso y demás cosas de bebida y de bucólica, y en la que se reunían algunos borrachos a quienes había que oírlos y verlos. Parroquiano infaltable de aquella taberna era Vicente, el mata—puerco, quien, por cualquier pretexto, con cualquier motivo, se escapa-

ba a la calle y se colaba allí; y, comenzada la bebida, tenían que olvidarse de él según era el ahinco con que se arrimaba al mostrador y se ponía a empinar el codo. Era un infeliz, abrumado por la mala suerte. Tenía el don de hacer malos negocios, y de cada manada de puercos gordos que traía se le moría la mitad en el camino y los otros le salían malos y no rendían nada. Se daba al diablo y renegaba de la suerte por su mal ojo; y a cada torpeza suya, su mujer se complacía en enrostrarle su imbecilidad. El no la aguantaba y en vez estuvo de matarla a hachazos. Esto era de todos los días, y ocurría siempre que, a los gritos de la mujer, acudiese alguno de los de la casa a favorecerla. En gran parte, la culpa se la tenía ella misma que, emponzoñada a toda hora, no le dejaba en paz a su marido que, cuando no le urgaban, a pesar de las borracheras, era un cordero de puro bonachón. Divertía verle al mata—puerco en la taberna, sobre todo cuando le arrastraba a taita Toribio, quieras que no, si bien taita Toribio no era de los que se hacían rogar mucho. El mata—puerco, alzado el poncho, con el sombrero en la nuca, las greñas revueltas y caídas, charlaba y gritaba que era un contento. Taita Toribio le oía, volviendo a ver hacia la casa a cada rato por temor de que le viesen en tales compañías y compromisos. Taita Toribio era un vejete chusquísimo: siempre estaba con la camisa abierta dejando ver su ancho y rudo pecho de hombre del campo, envejecido al viento y al sol; tenía barba cerrada, entrecana, voz bronca y estentórea, y gesticulaba tanto al hablar, con un énfasis, con unos aires que no son para dichos. Se enfurecía cuando las vecinas del frente ensuciaban la acequia que corría por delante de la casa y que él barría todas las mañanas; las muy puercas, como decía él, que se imaginaban que taita Toribio era su criado para recoger las inmundicias que ellas botaban a la

acequia, ya anochecido, cuando nadie las veía; entontonces era de verlo, esparrancado, en media calle, sin sombrero, con la camisa abierta, echando pestes por esa boca, con voz atronadora e iracunda.

Otros borrachos acudían también a la referida taberna. Roberto conocía a todos, había uno especialmente que no faltaba; se le conocía con el nombre «el General Vizcaino» porque cuando estaba ebrio, trece horas al día, daba en la flor de creerse General y mandaba ejércitos imaginarios improvisando largas arengas.

Le inspiraban lástima a Roberto los infelices. Eran vidas truncas, fracasadas; le parecían derrotados que, sin ninguna esperanza de victoria, se abandonan a los azares del camino y no piden a la suerte sino un poco de sueño y de placer. Ya que ninguna esperanza les alienta, ya que ninguna ilusión brilla para ellos, se lanzan a quemar su vida, en combustión intensa, para abreviarla, para terminar con ella cuanto antes. Dábale horror aquel abandono y nunca pensaba que algún día podía él hallarse así. El triunfaría, claro, y sería un hombre de los que gobiernan su vida y vencen al destino; tenía que luchar, tenía que sufrir, pero al fin y al cabo llegaría al punto a que aspiraba, no era un cobarde para abandonarse en la mitad de la jornada, vencido por el desaliento. Pero había horas en que sentía desmayar; cuando los sinsabores del afanar diario le agriaban el humor y le resfriaban la ilusión y la esperanza, veía con secreta envidia a esos vencidos que cejaban en una lucha tan dolorosa como vana, dejándose llevar de la corriente, huyendo de la vida, espoleándola con locura para que llegue pronto a su fin, lanzándola en el delirio, en la embriaguez, en el vértigo. ¡Era tan difícil sostener el equilibrio en ciertos puntos del camino junto a los que se abría el abismo tentador y misterioso en su sombra y en su infinitud! ¡Costaba tanto refrenar

los instintos, castigar los caprichos para someterlos, en armoniosa sumisión, al ideal a que se aspira! Y en esos momentos de sorda irritación cuando las dificultades le trabajan a uno en lo más profundo, en lo más escondido del ser, cómo se remueve el cieno que se lleva en sí, cómo bulle, cómo trata de enturbiarlo y corromperlo todo! ¡Qué ganas dan entonces de soltar todas las malas pasiones y lanzarlas al galope como a una partida de indómitos y fogosos potros que cierran los ojos y se van a todos los despeñaderos y a todos los abismos!....

No estaba lejos el día en que Roberto debía verse aporreado sin piedad por el destino implacable. Por lo pronto, Pedro se encargó, con la perversa e inhumana oficiosidad de los malos, de descerrajarle esta noticia, como un tiro:

—Oiga, su Inés dizque está viviendo con el Jorge Sánchez.

Se puso lívido Roberto, le afluyó violentamente la sangre al corazón, y nada dijo. Tanto como la gravedad horripilante de la noticia, le hería, le apuñaleaba todo lo que había de perfidia, de ultraje, de cruda infamia en el modo de dársela.

—Hágame el favor de no decirme esas cosas, de no calumniar, de no mentir—dijo por fin.

—Le cuento lo que oigo. Antes le hago a usted un favor.

Y fuése el mal cristiano, déjándole a Roberto clavado en la azotea, donde le asestara aquella puñalada.

Repuesto un tanto de la especie de parálisis que la emoción le produjera, sintió Roberto deseo de andar, de salir de la casa, de cambiar de escena y de cuadro. Fuése a la Alameda y púsose a vagar en ella; llegaba la noche y en la tristeza de las flores que se adormecían y del aura que murmuraba quedamente encontró el asendereado amante propicio medio para su herido corazón.

Pensó allí mucho, mucho, con la celeridad vertiginosa del torrente y del rayo; se le amontonaban los recuerdos en confusión indiscernible. Podía ser cierta la noticia; se acordaba de que Inés había puesto cara de disgusto, cuando él, en la intimidad de las confidencias, se había quejado del proceder de Jorge, y como él se resintiera al notar que Inés no asentía a sus quejas y le pusiera a Jorge de oro y azul, Inés se había permitido decir, con cierta ironía, que lo que era con ellos Jorge se portaba muy bien, como un caballero. En tropel, claros, precisos, significativos, los recuerdos venían representándole las mil finezas y atenciones con que Inés le solía tratar a Jorge. Cuando fueron con Jorge a pasear a orillas del río, hacía ya algún tiempo, Roberto echó de ver que Inés se distraía a veces profundamente y no escuchaba sus palabras, y al seguir la dirección de su mirada la había sorprendido clavada en Jorge; no dió importancia entonces a eso, pero ahora ¡oh! ahora lo comprendía demasiado; era que Jorge la deslumbraba, la preocupaba, la atraía; y Jorge estuvo en esa vez aburrido y era claro que su aburrimiento provenía también de eso. ¡oh! cuánto horror ¡Le iban a robar, quizá le habían ya robado a Inés, a su Inés! Pero ¿cómo podía ser aquello? ¿cómo podía caber tanta maldad en el alma de esa mujer que él creyó tan cándida y tan buena? ¿cómo podía ella engañarle así? No, era imposible, no podía ser cierta esa noticia; y los mismos horror y espanto, que esa noticia le causaba, le hacían pensar que era falsa, y apartaba de su imaginación los recuerdos que la confirmaban haciendo resaltar los que la contradecían y presentaban como absurda. Era sincero, se lo leía en los ojos, en el acento de la voz, en la expresión toda del rostro, el amor que Inés le había jurado. Era natural y justo que Inés tratase con afecto y atención a Jorge, ya que Ramón había sido mucho tiempo sirviente del padre de aquel y recibi-

do de toda su familia innumerables favores. Habría sido pretender imposibles, pedir mucho a la flaqueza de una mujer, exigir de Inés otro porte con Jorge, y más sin motivo. Porque, mirándolo bien, acaso Jorge no fuese ni enamorado de Inés; Jorge le había hablado, en la hacienda, de todas las muchachas que le gustaban, antes, mucho antes, de que Roberto la conociera a Inés, y nunca la nombró a ella; en las reuniones en que Inés estuvo con Jorge, jamás ocurrió que éste se la apegara y era una temeridad creer que Jorge se hubiera enamorado de Inés al caer en la cuenta de que Roberto la amaba. Tenía que ser falsa la noticia por el mismo hecho de haber sido traída por Pedro, tan suelto de lengua y tan perverso de alma. Y quería Roberto persuadirse de que tal noticia era impostura, la más infame de las imposturas. Pero esas miradas de Inés a Jorge eran tan claras y expresivas! ... ¡Se le representaban tan a lo vivo a Roberto, con aquella expresión de languidez apasionada, de atención extática y absorbente, de tristeza honda, y acompañadas de tenues pero tan profundos suspiros!.... ¡Una mala noticia no podia ser falsa!.... Sí, era verdad, era verdad. Inés debía amarle a Jorge porque Jorge era rico y buenmozo y noble y elegante y generoso y sabía enamorar y sabía engañar a las mujeres! El, Roberto, ¿quien era, qué era? Maldita suerte la suya! Pero si le robaban a Inés, si le arrebataban ese amor, por lo menos sabría vengarse, haría ver que era un hombre que sentía los ultrajes y sabía responder a ellos!...

Transcurría la semana santa y terminaba ya el miércoles, 10 de Abril de 1895. Roberto resolvió irse a S...., el día siguiente, para salir de dudas sin demora; había dejado el viaje para la Pascua, pero con ese puñal adentro, le era imposible vivir. Salió de la Alameda y fuése a alquilar el caballo. Era ya de noche. En las calles, mal alumbradas por lámparas de kerosine unas y por velas de sebo otras, discu-

rría poca gente; al pasar por junto a los templos Roberto oía el chasquido de las disciplinas, el canto fúnebre de los penitentes y la música grave, lenta, honda de arrepentimiento y de dolor de los órganos, cosas todas con que se celebraba en las iglesias, a oscuras, la ceremonia de «las tinieblas». Siempre le había sobrecogido de respeto tal ceremonia, pero ahora, lleno de dolor y duda, se exasperaba a la idea de que hubiese gente que se ocupase en agravar las penas de la vida causándose más padecimientos. ¿Con qué eso era lo único que la religión ofrecía para los grandes dolores? Por único consuelo y único recurso la resignación, la penitencia. ¿Con qué, para aplacar su ira, llorar, gemir, disciplinarse! Imposible: su rabia rugía, su dolor aullaba, impulsos locos le llevaban a.... quizá hasta el crimen!

Cruzaba Roberto la plaza grande, cuando, en el silencio de la noche, de esa noche en que la católica ciudad de Quito se recogía con piadosa unción para rememorar la pasión de Cristo, resonaron muchos tiros. Creyó que eran cohetes, aunque extrañaba que en tal noche hubiera gente con humor de divertirse; mas los tiros seguían y seguían, y los pocos transeuntes se pusieron a correr, desalados, al grito de «revolución, revolución». Cerraban con estrépito las puertas de calle y, al cerrarlas, preguntaban los de adentro a los de fuera por lo que ocurría, pero nadie acertaba a responder. «Se han levantado los pupos» dijo uno por fin; era un empleado del mismo Ministerio en que estaba Roberto a quien se le acercó reconociéndolo.

—¿Qué hay, qué pása? le averiguó Roberto.

—Los bandidos de los tulcanes se han levantado a favor de Ponce. Bien nos decían en el Ministerio que los conservadores les estaban conchabando, y, nadie quería creer. Vamos, tenemos que pelear— añadió—con gran prisa y entusiasmo, tomándole a

Roberto del brazo. Vamos a armarnos en la Artillería.

Y bien, sí, la idea era excelente. Nada podía convenirle mejor, en su estado de ánimo, que pelear. Y tembloroso de emoción, corrió Roberto con su amigo al cuartel de Artillería a tomar un manglicher.

Como los tulcanes, cuyos tiros se oían ya muy cerca, avanzaban a atacar la artillería, se dispuso que parte del cuerpo saliese a rechazarlos. Se colocaron sendos cañones en las bocacalles fronteras al cuartel, y además otras baterías, con su respectivo cañón, avanzaban por las calles que del cuartel de «La columna Flores»—nombre del cuerpo de los insurrectos—conducían a la Plaza. En la guerrilla que se encaminó por media plaza, se incorporó Roberto, vuelto un autómata. No bien llegó dicha guerrilla a la esquina, se oyeron los gritos de los tulcanes que vivaban a Ponce y parecían estar muy cerca, en el Carmen sin duda. Roberto vió la fogata de los disparos y oyó el silbar de las balas que le rozaban los oídos; y tuvo miedo, un miedo indecible que le impedía hablar y moverse, ansió desaparecer, volverse humo, escapar de aquel tormento, aniquilada toda su energía. Le castañeteaban los dientes, se le aflojaban las piernas, se le erizaba la piel. Buscó un agujero donde esconderse, pero un soldado que lo vió así, dióle un fuerte empellón diciéndole:

—Carajo, chullita sin vergüenza ¿Va a morirse aquí de miedo como una gallina? Avance o lo mato —y le tendió el rifle.

Roberto alzó el suyo, en un inesperado calor de reacción, lo tendió hacia el enemigo, y disparó. Volvióle el coraje, sintió rabia, se enardeció de valor.

Aquello era una gritería y un disparar sin término. El estampido del cañón sobresalía, retumbante, haciendo retemblar la tierra. Los soldados se alentaban, profiriendo mil denuestos contra los tulcanes, intrépidos y espantosos.

Los tulcanes retrocedían, barridos por el cañón. Al llegar los artilleros al Carmen, uno solo de aquellos quedaba a poca distancia, herido de fijo, porque había botado el rifle y se derrotaba penosamente, apoyándose en la pared. Feroces los artilleros echaron fuego sobre él, y cayó el infeliz; se le acercaron, y como no hubiese muerto aún, le remataron descerrajándole un tiro en la boca. Quedó allí rígido, abiertos los brazos y las piernas, destrozada horriblemente la cara. A la roja y débil luz de las lámparas de kerosine, se lo veía al cadáver horripilante.

Se oían vivas al Gobierno en las esquinas próximas, señal de que los artilleros avanzaban también por las otras calles. Era angustioso pelear así, de noche, por diversas partes, sin distinguir claramente al enemigo, exponiéndose a matarse entre los mismos.

De la plaza del teatro avanzaron los de gobierdo a atacar el cuartel de «La Columna Flores». Hubo allí porfiada resistencia, pero el denuedo de los artilleros y los destrozos que el cañón causaba, lo arrollaron todo. Triunfaron. Entraron en el cuartel del enemigo con ferocidad. Y allí fué el vociferar y denostar, el asentar el triunfo con grandes tragos de aguardiente, el embriagarse, el derribar las puertas de las tiendas donde vivían los tulcanes, allí fué el desenfreno y locura de la victoria. Parecíale a Roberto que de súbito había sido transportado a otro mundo; se le presentaba como un sueño todo aquello.

Los vencedores recorrieron después las calles, vivando sin cesar al Gobierno, rebosantes y delirantes de gozo. Se encontraron con el Presidente de la República, que, rifle en mano, acompañado de numerosa comitiva, había salido para tomar parte en la refriega. Le vivaron a porfía los soldados, con aquel apasionado júbilo que despierta, después de un com-

bate, la persona que encarna todo aquello que se defiende y por lo que se arriesga el pellejo; les entusiasmaba, además, ver al Presidente llevando su fusil como cualquier soldado raso.

Por fin rayó el alba, transparentando nubes purpúreas que se doraban en los bordes. ¡Cómo bebían los ojos de Roberto la claridad después de las sombras angustiosas de aquella noche inolvidable! Cansado, ganoso de sueño, se regresó a su casa. Cuán lejos estaban los pensamientos que le revolvieron el magin y le acongojaron el corazón el día antes! Le parecían aquellos asuntos tan baladíes, tan pequeños después de haberse visto frente a frente de la muerte! ¿Valía acaso la pena una mujer de echarse a morir por ella? ¿no pululaban a millares por el mundo? ¿no se podía elegir una mujer como en peras?. .. Virilizado por el baño de fuerza, por el sacudimiento tonificante de esa noche de lucha, se reía del porvenir, sintiéndose con alientos para triunfar sobre todo, sobre la maldad de los hombres y la traición de las mujeres....

VIII

GOZOSO el semblante, suelto y reluciente el abundante pelo, ágil y animado el cuerpo, que el agua amiga, en el baño que acababa de darse, le había entonado y hermoseado a maravilla, Inés, vestida de zaraza clara y ligera, muy de mañana, en el patio del Rosario, daba de comer a las gallinas y patos, esparciendo de poco en poco, con la mano derecha, el maíz, que tomaba del *puco* (especie de jofainilla de madera) que tenía en la mano izquierda. No quería echar toda la ración de golpe por divertirse viendo el ansia de las aves que le alzaban a ver, angustiadas y ávidas, en cuanto se terminaba el escaso puñado de grano que les había botado. No faltaba una gallina atrevida que se le encaramase, de un vuelo, sobre los hombros, ni un pato impaciente que le picotease la orla del traje para darle a entender que debía dejarse de bromas.

Los padres de Inés, desde el corredor, reían las gracias de la muchacha, contemplándola con íntima satisfacción, y los dos chicuelos, sus hermanos, correteaban por el patio, cabalgando en sendos palos que para ellos valían por dos briosos corceles.

Atada, con una soguilla, a una cuña de madera hincada en tierra, cloqueaba una gallina, descompuesta, esponjada, rodeada de sus polluelos; y, cerca de ella, clueca también, una pata distendía la cola y abría el ancho pico, entre asustada e iracunda, para amparar a sus pintadas y preciosas crías. En

breve les tocó el turno de recibir su alimento a las dos cloecas y su prole, y fueron de oirse los regocijados píos con que las tiernas avecicas saludaron su ración de arroz de cebada y morocho molido que, muy solícita y cuidadosa, les regó Inés en el suelo junto al plato con agua. Ya hartos los patitos, les espantaron hacia la lagunilla que, para el efecto, se había hecho a un lado de la acequia que pasaba por el patio, al pie de la tapia; y los chiquillos gritaron de gusto al ver a aquellas menuditas «flores de pluma» flotar y deslizarse sobre el líquido. Los había de lindos y vivos colores: cuales áureos, cuales cafés, cuales blancos en la suavísima finura de su plumón apelusado.

Hallándose en esto, Inés vió venir hacia la casa, por el callejón de entrada, a un indio que arreaba cuatro mulas, con carga. Le reconoció al indio; era el longo Manuel, de Pucará, el fundo de la familia Sánchez donde Víctor, el hermano de Inés, servía de administrador. Sobresaltóse pensando que el longo vendría mandado, no por Víctor, sino por el mismísimo señor Jorge que había pasado días antes por allí para Pucará. Traería algún regalo del señor Jorge para sus padres y algún recado o carta del mismo para ella.

Así era en efecto. Jorge le obsequiaba a Ramón con algunos quintales de semilla de pasto extranjero, y los viejos se relamieron de gusto y encarecieron hasta las nubes la caballerosa acción de aquel.

—No ven, no ven, —decía Aurora— si este chiquilio vale plata. Va a salir mejor que el papá y que toda la familia. Desde guagüito ha sido así: generoso y caballero como él solo. Ay, no! Oírnos que necesitábamos pastos para los potreros, y en el ratito mandarnos!.... Esto se llama ser vivo, ser inteligente. Con razón les quiero tanto a mis señores Sánchez, a mis patrones de mi vida. Y luego éste sí que es un favor en regla porque sólo los señores

Sánchez tienen de esta semilla y venden bien caro, creo que a cincuenta sucres el quintal. Si esto es de agradecerle a mi señor Jorgecito con toda el alma.

Muy por lo bajo, de modo que no la oyera Inés, Aurora le dió a comprender a Ramón, con una seña y una sonrisilla, que todo ello era milagro de la muchacha, de la sin par muchacha.

—Pero entonces —observó Ramón, frunciendo el ceño— no es corriente. A mí no se me había ocurrido, pero ya que vos maliciáis, mejor sería pagarle al Señor Jorge el valor de los pastos.

—No seáis tonto, hombre —replicó Aurora, más por lo bajo y, muy cerca de su marido —así mismo son los señores de enamorados, pero donde está una, donde estamos nosotros para dejar que pase una cosa de esas. Y más yo que no dejo que se me escape nada. Deja no más, hijo, y verás como esto nos surte sin que haya ningún peligro.

Ramón no se convencía, pero como siempre se dejó llevar de su mujer, tan lista y hábil para todo.

En tanto que los viejos departían, el longo Manuel entregó a Inés una carta de Jorge, que ella recibió con mano temblorosa y desencajado semblante. Y la muchacha, en el ansia de devorar el contenido de aquella carta, largóse fuera de la casa, callejón abajo, presurosa y emocionada. ¿Qué pasaba en el alma de Inés? ¿De forma que resultaba ser verdad o se acercaba a ella lo que Pedro habíale contado a Roberto en Quito y lo que Roberto venía temiendo y barruntando? ... Vamos a averiguarlo.

Inés nació en la hacienda de San Luis, cuando su padre servía allí de mayordomo, y los primeros catorce años de su vida los pasó en aquella hacienda. De niños, Inés y Jorge, con esa especial familiaridad y confianza de la niñez que iguala y que hermana, simpatizaban en los juegos. Cuando se hablaba de amores o de matrimonio, Inés le decía siempre a Jorge, tuteándole: «yo me he de casar contigo».

Cuando Jorge llegó a joven y comenzó a engreírse y darse cuenta de la distancia que le seperaba de Inés, tomó otra actitud y observó otra conducta y en el corazón de Inés la primitiva y natural simpatía se volvió respeto y fascinación. En tal ambiente, la mirada y el alma de la muchacha estuvieron convertidas hacia los patrones, y por natural inclinación del sexo particularmente hacia Jorge. Para Inés, la época dichosa del año, la más divertida y llena de emociones era la del verano, cuando los patrones iban a la hacienda. Entonces había animación, alegría, juegos en la enorme, severa y silenciosa casa. Y para ella, como para todos, la primera figura, la figura atrayente y fascinadora era la de Jorge, muchacho hermoso, alegre, vivo, fuerte y fino, que metía la bulla, la gracia y el movimiento por todas partes.

Y muy pronto el hechizo de Jorge se hizo irresistible para las campesinas; y sus conquistas y picardihüelas amorosas se sucedieron, que era imposible que ningún corazón de por allí resistiese a la generosidad y guapeza de tan cabal mancebo.

Mas sólo Inés pasó desadvertida para Jorge, entre todas las muchachas de esos contornos. Fué preciso que Jorge observase la pasión encendida que Inés le inspiró a Roberto, para que volviese sus miradas hacia ella y comprendiese lo que la muchacha valía. Y en seguida, se dió cuenta de que en ninguna muchacha de esa clase encontraría él mayor reserva de simpatía e ilusión, y terreno mejor preparado para el amor; y renació la antigua inclinación que también él, Jorge, había sentido en la infancia por ella.

Radiante de alegría de vivir, ávido de goces y de goce sensual especialmente, viendo a todas las mujeres con la mirada encendida y sugestiva de gozador pródigo de dinero y de lisonjas, con una despreocupación y liberalidad encantadoras, Jorge se le iba entrando a Inés en el alma fatalmente. Y ella, a

pesar de ser aldeana de sentido práctico, sana y equilibrada de espíritu, se trastornaba, se mareaba, perdía toda razón en presencia de Jorge. Cuando él la miraba y hablaba no sentía sino un deseo que le invadía y le dominaba, que barría de su alma toda otra preocupación y anhelo: el de ser suya, de Jorge, el de entregarse a él ciegamente, el de volverse su esclava, su instrumento, su cosa; el de arrojarse en brazos de él, diluírse en él, como lagunilla que se evapora y deshace a los rayos del sol. Y esta atracción que Jorge ejercía en ella se acrecentó, se acumuló con el desvío de él, al notar que de cuantas muchachas buenas mozas había por allí ella era la sola a quien Jorge no enamoraba, la única a quien él miraba con indiferencia. El cariño con que Jorge la trataba, era el cariño de patrón a sirviente, y ella anhelaba lo otro, ser para Jorge una amante, llegar con él a la intimidad del amor, tenerlo entre sus brazos, gozarlo y ser gozada por él.

Comprendía Inés cuanto de locura había en este su modo de sentir, sufría por Roberto pero su pasión podía más que todo. Cuando Jorge estaba lejos, se le apaciguaba su ilusión, y, poco a poco, la reflexión ganaba terreno en ella y el afecto que a Roberto tenía se dejaba sentir en su alma; pero la presencia de Jorge desbarataba reflexiones y sentimientos, y el hechizo vencía y su carne y su alma ardían con un fuego extraño que le quemaba hasta lo más recóndito.

Y estando así el alma de Inés, fácil es suponer que en la primera ocasión propicia, la seducción se completaría y la caída sería tan fácil y natural..

Pasados algunos días después de la Pascua de Resurrección, vino Roberto al Rosario a ver a su novia. Estando de paso por el pueblo de S., tertulió largo rato con el cojo Lucas quien, sin confirmarle la noticia de Pedro, le aconsejó que abriera mucho el ojo y tratase de remediar las cosas a tiempo, porque Lucas creía que el asunto no habría aún pasado

a mayores y que la venida de Roberto resultaba muy oportuna. Agradecióle Roberto a Lucas la buena voluntad y el buen consejo, y, atravesada el alma de dolor y revuelto el corazón por la ira, llegó al Rosario. Y ¡cosa rara! Inés se deshizo, como nunca, en mimos y arrumacos, deseosa, sin duda, de ganarse de tal modo la voluntad de Roberto que éste en el colmo del rendimiento, no acertase a leerle la verdad en el rostro o no diese crédito a algún entrometido que se atreviese a revelársela, Y a fuerza de gachonerías, consiguió que Roberto no tuviese valor los primeros días para hablarle claro.

Pero llegó un momento en que Roberto no pudo más con aquel torcedor que le laceraba cruelmente. Era una vez que paseaban por los alrededores de la casa. Ensimismado Roberto, ni desplegaba los labios ni acertaba a contemplar y admirar el paisaje que, en aquella mañana de invierno, a un sol pálido de luz de luna, bajo un cielo cubierto de nubarrones densos y sombríos que bajaban hasta las faldas de la cordillera, se llenaba de cierta expresión desoladamente triste empalideciendo y amortiguando el verdor tierno de la tierra.

Anduvieron largo rato en silencio. Roberto, nervioso, arrancaba al paso, maquinalmente las hierbas del camino y las florecillas de la zanja, quebrándolas y estrujándolas; andaba de prisa, con la cabeza baja. Ella le veía de reojo, adivinándole el pensamiento con su perspicacia de mujer y de mujer que conoce al dedillo al hombre que la ama; había evitado con suma habilidad la conversación a solas, segura de que Roberto lo sabía todo, pero éste comenzó a irritarse con ella por la resistencia de ella para salir a pasear y estar solos; y ya sola con él, ella evitaba la delicada explicación, risueña y decidora.

Mas, Roberto con voz balbuciente y entrecortada de primero, y firme y segura después, la dijo:

—Quisiera preguntarte una cosa. He notado y varias personas han notado también y me lo han dicho, que tú le quieres mucho, pero mucho a tu patrón Jorge, mucho más que a mí. Si esto es cierto, me estás engañando malamente, y no merece este trato una persona que, como yo, ha entrado aquí con el corazón en la mano. Debes hablarme claro y decir la verdad.

—Me muero, Jesús, lo que te han dicho ¡qué horror! —exclamó ella, fingiendo sorpresa, indignación y dolor— ¿Y crees semejantes calumnias? ¿y piensas que soy capaz de semejante crueldad,?.... Cómo se ve lo poco que me quieres y el mal juicio en que me tienes. Y quiero saber el nombre de esos bribones que te han dicho eso de mí.... Me muero ¡qué tal horror! ... ¡qué malas lenguas! ¡qué mal corazón! ¡qué mala gente!....

Y siguió así, exasperada, enhilando exclamaciones, hasta que, al cabo, se soltó en llanto con tanta ira, con tanta ternura, con tanto dolor, que cualquiera que la viese y oyese, con más razón el enamorado Roberto, tenía que venir a creer en la sinceridad de las palabras y lloro de Inés y a persuadirse de que los decires aquellos no eran sino la obra de la ligereza, suspicacia y mala voluntad de las gentes del campo. Sentóse Inés, desfallecida al parecer por la emoción, bajo la fronda de la zanja, a sollozar desesperadamente, profiriendo de rato en rato palabras lastimeras.

Roberto se aturdía; ante esa explosión de cólera y pena, no pudo seguir y no sabía qué pensar ni hacer. Dudó; talvez, sí, no se trataba sino de juicios temerarios y calumnias locas. Y como el corazón es así, halló consuelo, dulce consuelo en la duda y en oirla a Inés llorar y protestar. Renacían su ilusión y su esperanza. Si Inés mentía ¡bendita mentira que le devolvía la dicha y el amor! Y ante la luccilla de la ilusión renaciente, se le despejaba y ali-

geraba la nube que le pesaba sobre el ánimo y le oscurecía la cabeza. ¡Cuán dulce es creer, cuán dulce es la fe en el ser amado! ¡Cuán grato es abrazarse obstinadamente a la ilusión y la esperanza aunque sea huyendo de la realidad, aunque sea cerrando los ojos para no verla! ...

Las lágrimas y las palabras de Inés le caían a Roberto en el corazón como un beleño, reacio él a convencerse de la terrible verdad, rebelde al desengaño, ciego ante la evidencia, sordo al grito que desde el fondo del alma le decía que Inés agregaba a la traición infame el engaño pérfido.

Enjugóse Inés las lágrimas y se puso de pie. Roberto la encontraba más linda que nunca, con los ojos llenos de ternura, fulgurante y sonrosado el rostro por las lágrimas y el dolor!.... Es tan bella una mujer cuando llora ... Y sentía deseo de abrazarla y besarla, olvidándolo todo, pagándole con el desprecio de su dignidad y su honra la inmensa dicha de un beso!.... Y ya iba hácia ella, enternecido, pero se detuvo; pensó en Jorge, en la alegría triunfante y satisfecha de Jorge, en el amor que Inés le tenía, en la felicidad lasciva de los dos, en el secreto desprecio con que pensarían de él, y se detuvo, crispado, enfurecido. Y le vino el impulso de arrojarse sobre ella y arrancarle la verdad a puñetazos!....

—Con llorar lo arreglan todo ustedes las mujeres —articuló irritado— y nunca piensan en lo mucho que le duelen a uno estas puñaladas. Oigo por todas partes la cantinela de que el Señor Jorge está enamorado de la Inés y la Inés de él y me he de quedar tranquilo y fresco!.... Para algo he de tener sangre en las venas y para algo he de saber querer de corazón. Fácil es que desmientas estos dichos tratándole a Jorge de modo que deje de venir con la frecuencia con que lo está haciendo.

Una sonrisa, casi imperceptible, ironizó el rostro de Inés.

—Con lo que sales —pronunció— Pero ¡hombre! ¿no sabes cuánto les queremos y consideramos al señor Jorge y a toda la familia? ¿no sabes cuanto les debemos?.... No pidas imposibles por adefesios que se te meten.

Inmutóse Roberto y, temblorosa la voz de ira comprimida, repuso:

—Y después negarás que te mueres por tu patrón Jorge.

No me atormentes, por Dios, no me martirices —gritó Inés.

Y rompió a llorar de nuevo con ira, con despecho, con desesperación. Roberto no se ablandó y, sin poder contener lo que pugnaba por salir de sus labios, exclamó en tono fuerte y sarcástico:

—¡Ah! Comprendo, comprendo. Lo que hay es que desde que naciste has recibido el pan de Jorge y su familia, y has vivido deslumbrada por la riqueza de ellos. Tienes alma de esclava. Le adoras a Jorge, te mueres por él, es tu patrón y tu dios. ¡Qué horrible es esto! Los ricos son los dueños de todo, de la tierra, de la mujer, de la felicidad. Para nosotros los pobres no se hicieron el amor ni la dicha, sino las migajas de la dicha y el amor. Para nosotros sólo las penas y los trabajos. Nunca podemos encontrar ni el refugio de un corazón seguro y leal. Todo nos lo roban. Nos pisotean por todas partes. Se fingen nuestros amigos para que sintamos más hondo su desprecio después. La pobreza, la pobreza es lo que afrenta más que todo. Si fuera yo rico me adorarías como a Jorge. La mayor desgracia es haber nacido pobre.

Y al pronunciar estas últimas frases el tono se le enterneció, los ojos se le humedecieron y las lágrimas rodaron por las mejillas de Roberto. Enton-

ces, sí, se conmovió de veras Inés, acercóse amorosa, y le dijo:

—Ve, Roberto, créeme, por favor. Todo es mentira, te juro por lo más sagrado. Son calumnias de la gente envidiosa. Ve, Roberto, no seas porfiado ni celoso. El señor Jorge viene de vez en cuando al paso para Pucará, porque mi hermano, bien lo sabes, es administrador de esa hacienda. A mí ni me hace caso. Me trata hasta con indiferencia, créeme, te estoy diciendo la pura verdad.

Postrado por la honda y entrañable emoción, Roberto se callaba. Las palabras de Inés, la dulzura de su voz le hacían bien, le acariciaban el corazón herido. Respiraba.... ¿Para que insistir? ... Más tarde se aclararían las cosas...Había tiempo...Por de pronto un poco de calma y de consuelo le era indispensable. Fuese o no cierto lo que le decía Inés, sentía que eso le mitigaba el dolor y le calmaba la angustia. Y se dejó llevar de las palabras de ella, desarmado, en el ansia viva de consuelo y de fe.

Ocurriósele a Inés entrarse a la choza del mayoral que estaba a una cuadra del camino, colándose por el portillito abierto en la zanja de donde arrancaba el atajo que a la choza conducía. Allí se divertirían en grande, y luego interpondrían algo entre los dos para acabar con esa situación tirante que les estaba desazonando.

Atravesaron por una sementerilla de maíz, luciente, sonorosa, fresca. ¡Qué brillo tenían las anchas y rizadas hojas surgiendo en torno del gordo tallo después de ajustarse y forrarse a él! Cada planta tenía al rededor su montículo de tierra removida, limpia, sin brizma de hierba; y, como yedras, se enredaban en el maíz las plantas de fréjol con sus hojas de forma de corazón. Y entre caña y caña se veían los arbolitos enanos del haba de hoja ovalada, verde-plomiza y de flores menudas, negras con blanco. En una porción de la sementerilla, las cañas

altísimas, coronadas por la estrellada flor, lucían ya dos y tres gruesos *choglos* envueltos en su forro oscuro, *moreteado*, y en otro pedazo apenas apuntaba el pelo fino brillante, sedoso de la señorita que brota del embrión del *choglo* y que anuncia el comienzo de su formación. Más allá, un sembrado do trigo, tapiz primoroso de pulido y tierno verdor; y en seguida, papas en flor, en matas enormes, cuajadas de lindas flores, lilas, en surcos anchos, altos, *palonea-dos* ya. En medio de todo ello, junto a un huertecico de cebolla y coles, donde grandes matas de *zambo* trataban de invadirlo todo, y teniendo por delante un patiecillo donde discurrían alegremente las gallinas picoteando la hierba, escarbando y revolcándose en la tierra, estaba la parda choza, en forma de cono su cubierta, de cuya punta salía perezosamente el humo azul.

En el patio de la choza, la mujer del mayoral —única alma viviente que encontraron allí— ordeñaba una hermosa vaca, color de marfil. Erase la indiecita vieja ya, de faz amojamada, de brazos y manos enjutos, bajita y escurrida de cuerpo. Dióles el alabado, y como le preguntásen por su marido y sus hijos, contestóles que estaban fuera, celebrando las Pascuas. La vaca, de piel brillante y lisa, panzuda, de anchas y fuertes ancas, estaba atada las patas traseras; y amarrado a una de las delanteras, el ternero, un torillito blanco, coleaba y se daba las vueltas, rabioso de hambre. La doña exprimía, con lentitud y compás, la leche de la ubre llena, y el líquido caía al balde, en fuerte chorro, espumoso y humeante. Una puerca enfangada, con las tetas colgantes, rodeada de sus críos, lanzaba su desesperante *oooo* por allí cerca.

La doña les tendió bayetas en el poyo del corredor para que se sentasen. Observaron la choza. Arrimado a la pared estaba un largo arado, con la reja pulida y brillante a fuerza de uso, que conser-

baba restos de tierra que se le habían pegado; lo propio una barra y pala viejas. Rodando por el suelo, como dejado momentáneamente, estaba el huso envuelto de hilo junto a la lana escarmenada.

Inés y Roberto, curiosos, empujaron la puerta de cuero de res, y husmearon también lo de adentro. Era un hueco oscuro, donde por de pronto no distinguieron nada. Por exiguas rendijas de la cubierta se cernía un poco de luz, y en el *fogón* llameaba tenue candelada. Vieron algo, por fin: la piedra de moler morocho, en primer término, y desperdigadas, las olletas de barro y demás trastos de cocina; el lecho de carrizos, la ropa en una soga tendida de pared a pared; arriba el *soberado*, donde estaban los granos. Olía a humo y humedad. ¡Qué hueco para vivir, sin luz, sin aire! pensó Roberto. Pero ¿qué les importaba? Tenían fuera la llanura, el aire libre y el cielo inmenso. Se ahogaban dentro de la choza. Salieron y la detallaron por fuera: el *tangán* de las gallinas con su escalerilla, la cueva de los puercos, las estacas del ganado.

Inés entabló tertulia con la *doñita*.

—Con que ¿hasta cuándo beberán tu marido y tus hijos hechos los de Pascuas?

—Ay! Patrunita, hasta que acabe chicha, qui dizque han de dijar di beber.... Aura, tanta gente que ha chichado.... La Chepa, la Juliana, la Venancia.... Llinitos están ay los runas bibiendo.

—Y con eso los trabajos se atrasan y mi papá se pone bravo.

—Así es, patrunita. Uy, si pur beber se ulvidan no más de tudo.... Dende dumingu nu veo la cara ni a me maredo ni a mes hejos... Dunde también andarán.... Y cuando vinga, veniendo burracho, ha de acabar de pigar me maredo....

—¿Te pega tu marido? Véanlo al bribón! Y quien le ve, parece un santo.

—Natorales, ca, siempre, cuando están burrachos,

pigadores son. A nusutras, pubres mujieres, acaban nu más de pigar.

Habiendo concluído de ordeñar a la vaca, la doñita soltó al ternero que, con ímpetu, mamó la ubre dándole recias cabezadas. Brindóles leche, que la saborearon gustosos.

—¿Y cuántos animalitos tienes?

—Cuatrito nu más, patrunita. Esta vaquita, utra vacunita, un turillito, una yegüita.

—Hartas bestias también tienes, pues. A tu marido siempre le veo bien montado. Si son ricos ustedes, caramba.

—Qué ha de sir ricos, niñita!....

Roberto se paseaba por los alrededores de la choza, viéndolo todo, aspirando con delicia el vaho de la tierra que traía aromas de hierbas y flores silvestres. ¡Cuánto amaba el campo! !qué bien se sentía en él! Había nacido para vivir allí. Del fondo de las entrañas le ascendía la atracción de la tierra, el ansia de sus faenas, el gozo de su hermosura. Le encantaban los animales, le encantaban las plantas, le encantaba el llano, el cielo, el aire, la luz, el sol!.... La mayor dicha sería para él tener lindos caballos y vacas, y toda suerte de animales, y bellos potreros y sementeras y huertas y jardines; todo un reino, toda una tribu de seres vivientes alentando al rededor de uno y por uno!.... Y pensar que todo lo que estaba viendo podía llegar a ser suyo sin más que la voluntad de Inés!.... De nuevo le dolió en el corazón lo que sospechaba de ella.... ¿Sería cierto, sería cierto eso?..... Le desgarraba el alma la angustia de no saber, de no poder descubrir, con evidencia, la verdad. Oh! qué difícil penetrar la verdad de un corazón, el secreto de una alma!.... Cada corazón es un misterio y cada alma un arcano.... Quería la verdad, saber de una vez toda la verdad por infame y acerba que ella fuese!....

Apareció en el mismo portillo por donde ellos

entraron una garrida *longa*; era la Magdalena. Como siempre, muy aseada, muy emperejilada de aretes y gargantillas, con los delgados y elásticos brazos muy limpios. Sonrióse coquetonamente en cuanto reparó en Roberto y dióle el alabado; venía a prender candela en la choza de su comadre y vecina, Se conturbó Roberto placenteramente al verla. La gracia fresca e irradiante de la longa le cosquillaba los sentidos y el alma; como las flores silvestres, tenía su atractivo humilde e intenso a la par. Y una vez más Roberto pensó, ante aquella Eva sencilla y primitiva, cómo las mujeres eran lo mejor del mundo, su flor más bella, su más divino encanto, su esencia más rica; la gracia misma, el perfume mismo de la vida. Volvióse a ver a Inés que parloteaba con la mayorala, y un cerco de angustia desesperada le oprimió el corazón. Se la iban a quitar, se la iban a robar, le arrebatarían su tesoro, su riqueza, su orgullo, su razón misma de vivir. Sí, su razón de vivir, porque él había nacido con el corazón y los sentidos imantados hacia la mujer irresistiblemente. Cuando no veía una buenamoza a su lado, cuando su corazón no estaba lleno de amor a una mujer, cuando su alma no se embebía en una imagen femenina, la vida le parecía desabrida y triste, apagado y nebuloso el mundo. La mujer era para él la luz y el calor y la hermosura y la vida. Cuando la mujer aparecía en la existencia, pensaba, todo se encendía, todo se iluminaba, todo quedaba tocado de gracia inefable. Y de eso, de esa dicha iban a privarle, a dejarle ansioso y sediento!....

Lloró, lloró, más que con los ojos, en lo íntimo, en lo más vivo de su corazón, mientras Inés reía embromándole a Magdalena con su novio y la longa sonreía satisfecha sintiéndose en la edad feliz, en que toda la gente la contemplaba con interés y amor, en que todos los ojos se encendían a su paso, en que todos los longos babeaban por ella.

Al otro día Roberto se volvió a Quito sin haber puesto nada en claro, con la misma incertidumbre con que de Quito salió. Y como las penas nunca vienen solas, se encontró con su madre enferma, en cama, y con la noticia de que la revolución cundía por todas partes y amenazaba ya derribar al Gobierno.

IX

Siempre fué triste la vida de Rosa Jácome, pero siempre también su corazón, corazón de amor, supo atenuar con la dulzura de su miel el amargor de la tristeza. Y en verdad, siempre fué dulce el dolor de amor, siempre se acendró sutil y escondido deleite en el martirio de las vidas calladas y humildes que si por fuera nada dicen, son por dentro un hondo pozo y se deshacen y desangran consumidas por la infinita sed de amar. Y vidas sencillas y monótonas se tornan así a los ojos que saben mirar las almas, en intensos dramas cuyos episodios se llenan de fervor, del fervor incomparable, del único fervor verdadero, del fervor de amor.

De niña, penó mucho en la escuela donde su bondad tímida y recelosa la hizo el blanco de las burlas y travesuras de sus condiscípulas. De joven, muerta su madre, soportó las desatenciones de su padre, que se dió a la holganza y al vicio, y las privaciones y miserias consiguientes.

Fué agraciada y bella, pero nunca se curó mucho de sus gracias, contenta tan sólo de no ser repulsiva para ser más inofensiva, para no ofender a las gentes ni del más leve modo, ni con la fealdad del rostro, ni con la acritud del trato, ni con el mal olor del cuerpo, ni con el desaliño del traje. Y la exigüidad de sus formas, la suavidad de su color, la dulzura de su expresión, lo apacible de sus miradas y palabras, lo tímido de sus modales componían su

humilde y mansa gracia, amable solamente para quienes se detienen a mirarla y paran largo la atención en ella, gracia que pasa desadvertida a la mayoría de las gentes como algo apagado y escondido, gracia que no es un astro que deslumbre ni saeta que atraviese corazones envenenándolos, ni rayo que encienda la pasión, sino tímida y plácida luz en que se apacientan los ojos piadosos y las buenas y apacibles almas.

Casóse con Ezequiel que vió en ella la mujer casera, buena y hacendosa que es el ideal del *chagra,* lo que no le estorbó a Ezequiel desordenar su vida hasta darle fin y dar fin con su patrimonio.

Muerto su marido se dedicó Rosa a su hijo con todo su corazón, y todas las vagas aspiraciones de su juventud, tristemente defraudadas, renacieron para Roberto. Quiso que su hijo fuese un señor, abogado o médico, y que se casase con una mujer de posición, lo que para Rosa no era un imposible porque veía en Roberto, como todas las madres, harta prenda y virtud, de tanto prestarle atención menuda e intensa, sin caer en que tales prendas y virtudes tenían brillo y valor sólo a sus ojos que los demás no reparaban en ellas.

Cuando Roberto fué invitado por Jorge a pasar las vacaciones en la hacienda de éste, se le metió a Rosa entre ceja y ceja ¡oh inmensa candidez y puerilidad de las madres! la idea de que una de las hermanas de Jorge tenía que prendarse de los méritos de su hijo. El desengaño no se hizo esperar.

Cuando consiguió para Roberto el empleo en el Ministerio, se le ocurrió que no bien el señor Ministro tratase a su hijo, lo haría Jefe de Sección con lo que el porvenir de Roberto se despejaría en halagüeña y amplia perspectiva. Y el señor Ministro apenas si se dió cuenta de la existencia de tal amanuense, tan corto, caído y esquivo de carácter era éste.

Y estas nuevas desilusiones, sufridas, en su hijo, le dolían más que las propias suyas, sufridas en su propia juventud. Y la vida de Rosa declinaba, desfallecía, quebrantada por males del cuerpo, por el peso de los años y el penar del alma.

Al encontrar a su madre enferma—achaques del hígado—Roberto, que ya traía trabajado e irritado el espíritu por las contrariedades amorosas, sintió que se le caían las alas del corazón, y ese extraño y hondo desmayo que precede a las definitivas e irremediables catástrofes morales comenzó a postrarle el ánimo. Se conjuraban las cosas contra él: su novia le engañaba, su madre enfermaba de gravedad, y de la noche a la mañana caería el Gobierno dejándole plantado sin empleo y sin blanca. ¡Rigores de la vida! ...

Por fortuna, la mujer del encargado de la casa, Clementina y la otra buena señora de los cuartos del patio, la señora Ursula, la atendían a Rosa con caritativa solicitud. Clementina, picotera y risueña siempre, con el rocío de sus palabras frescas y cristalinas, con sus cuentos, con sus chistes, con sus risas, con su movilidad llena de gracia, era un inestimable consuelo para la enferma; sonaba su voz como la campanilla de la Alameda que llama a los trabajadores con su tintineo estimulante y alegre. La señora Ursula, si pesada y desgraciada de palabra, acreditaba con su modo de proceder la bondad de su corazón.

Era una vieja costumbre para las tres reunirse en aquel vestíbulo del departamento de Rosa que tenía la galería de vidrios con vista al cerrillo de la Alameda. Allí cosían, allí departían sobre las prendas queridas, allí picoteaban en las vidas ajenas, desde allí observaban a cuantos prójimos acudían al altozano aquel para retozar, chicolear o contemplar la linda llanura y el lindo paisaje. Y sí que era divertido observar a dichos prójimos. Ya eran una pareja de ator-

tolados amantes que se abrazaban y se besuqueaban como si nadie pudiese verlos, ya melancólico y solitario contemplador con traza de filósofo o poeta, ya un enjambre de chicuelos que metía una bulla de todos los demonios.

De tarde en tarde asomaba, por ver a su hermana Rosa, la beata Emilia y entonces Clementina estaba en sus glorias porque a costa de la beata, que se enfurruñaba por quítame allá esas pajas, Clementina y las otras se reían a todo trapo, abrumándola de bromas a la irritable y severa solterona. Esta, arrebujada en sus ropas negras, pálida, amarillenta y enjuta de faz, escurrida de cuerpo, de aire lánguido y místico, era una pobre pieza de buena alma, que no hallando novio ni cosa mejor que hacer en el mundo, se había dado a rezar y frecuentar las iglesias, refrigerando el desolado corazón con la amistad del confesor de cuyos labios, en dulce y callado acento, fluía la miel de la mística, tan grata para las desvalidas y menesterosas almas, que rociaba la de Emilia del tonificante dulzor. No tenía sino dos distracciones: confesarse, no para implorar el perdón de sus pecadillos, sino para oír, dirigida a ella, una voz humana que le tomase en serio, que le hablase con cariño y le alentase en sus penas; y visitar a su hermana y saber de Roberto con ese singular y curioso interés con que las personas secundarias de una familia, cuya vida es vacía y mustia, siguen la de aquel miembro que promete darle esplendor y gloria.

Como Rosa estuviera harto preocupada de ver a su hijo triste e irritable, las tres tertulianas conversaban a menudo sobre ello, tratando de explicar la causa del abatimiento de Roberto.

—Cosas de los enamorados, señora Rosita —opinaba Clementina— no haga caso de eso, ya verán que pronto le pasan esos malos humores y tristezas. Cuando yo era novia del Emilio me pasaba así. Por-

que creía que el Emilio había estado serio, me ponía a llorar sin cesar y le aburría a mamita con el lloriqueo continuo. Si el Emilio dejaba de ir a verme algún día, peor; pataleta segura. No quería comer, ni hablar, ni hacer nada, no dormía y me venían unas ideas negras! ... Ay! si el amor de esos tiempos es una cosa terrible, si lo vuelve loca a una y le hace perder la razón del todo. Ay! me muero, y yo sí que he sabido querer y le he querido al Emilio harto, pero bien harto.

—Yo le conozco a mi hijo —observaba Rosa— y sólo cosas graves le ponen así. Ay! Clementinita, si el corazón de las madres no se equivoca. Nunca me gustaron estos amores, y alguna desgracia le han de causar a mi hijo. No puedo estar tranquila. Y luego él, que ha sido tan amoroso, que cuando me ha visto enferma se ha desesperado, ahora me parece indiferente como que otra cosa le preocupara más. Ay! Dios mío, qué triste, qué triste es eso de ver que un hijo se olvida de su madre que tanto lo quiere, que tanto se ha desvivido y sufrido por él, a causa del amor de una mujer que talvez le pagará mal. Ay! mi hijitico querido, cómo quisiera verlo feliz y alegre!....

Y suspiraba y lloraba la pobre mujer, como único desahogo de la grande pena que oprime al corazón amante que no puede dar la felicidad al ser querido, que no comprende por qué se es tan impotente, amando tanto, para dar un poco de dicha a quien se ama. Y pensaba en Dios, como comprendiendo y sintiendo más que nunca la necesidad de que hubiera alguien, un ser poderoso y bueno, capaz de remediar los males y dar la dicha tan anhelada y tan ilusoria.

— Por eso deseara que los hijos no crezcan —sugería Ursulina— De chiquitos son el consuelo y la alegría de su madre, no se mueven del lado de

una; de grandes, son oscuridad de la casa y luz de la calle.

Pasaron algunas semanas y Rosa mejoró —alternativas poco halagadoras del terrible mal del hígado—. Roberto volvió a irse al Rosrrio para regresar de allí más abatido y ensimismado; Rosa le tiraba de la lengua para inquirir algo, pero el mozo no soltaba palabra que al verdadero motivo de su pena se refiriese.

Y lo que había pasado era que Jorge habíase encontrado con Roberto en la casa de su novia. Jorge cayó de repente, y Roberto se sintió amilanado ante él. La fascinación que Jorge ejercía en Roberto y en todos era algo terrible e invencible. ¿Por qué no pudo ni abrir los labios en frente de Jorge?.... En su alma también, sometida tanto tiempo a la voluntad de Jorge, obraba el extraño sortilegio, turbándola. Y la aureola de admiración y respeto que circuía a Jorge, que le divinizaba, que le hacía el ídolo de las gentes y de las mujeres, ¿cómo hubiera podido ser profanada y atropellada por Roberto?.... ¿Valdría realmente Jorge más que él y que todos y tendría, por tanto, derecho para hacer lo que hacía? Al pensar en lo guapo que Jorge era; en la gracia aristocrática y sugestiva de su persona, en el desenfado y aplomo de su conversación, en lo jubiloso, despreocupado y atrayente de su carácter, parecía que sí, que a él debían amarle sin remedio todas las mujeres y respetarle necesariamente todos los hombres. Ni valía pensar lo contrario, sentir contra él la ira y los celos si todo ello se desvanecía, como una bruma leve a los rayos del sol, en su presencia que anulaba los apocados y zopencos espíritus de todos los chagras como de Roberto. Y recordaba cómo Jorge, con sin igual maña y desparpajo, le había obligado a reconciliarse con él, aprovechando el aturdimiento de la diversión y sincerándose con tanto calor y vehemencia que a punto estuvo Roberto de

volver a creer que Jorge era el mejor de sus amigos. Habíala observado a Inés con atención, pero la muy ladina nada dejó traslucir.

Le seguía devorando la misma cruel incertidumbre, y, ceñudo y melancólico, Roberto respondía con palabras agrias y áspera desgana al afanoso preguntar de su madre. Y, no obstante, sentía la necesidad de desahogarse, de pedir un consejo, de comunicar a alguien sus cuitas. ¿Le contaría a Paco? ¿Para qué? Paco se reiría de él, ya que nunca tomó en serio el amor ni las mujeres. ¿A Clemenmentina? Sí, a ella, porque ella sabría comprenderle y aconsejarle.

Y como Clementina, en interés de Rosa, le interrogase a menudo sobre ello, un día, en la misma azotea donde recibió, como un porrazo brutal, de labios de Pedro, la tremenda noticia, se lo confió todo a la simpática mujer. Era una triste mañana de invierno. Después de haber llovido toda la noche, la pobre luz de un sol oculto en nubes, filtrándose trabajosamente por entre ellas, regalaba con su luz y calor los cuerpos y las almas. Se veía desde la azotea el Ejido, tan plano, tan verde, salpicado de bultos —bestias y ganado— y de las manchas blancas de manadas de ovejas que ondulaban como olas; algunos jinetes —ricos señores— lanzaban a la carrera sus caballos; lagunillas formadas por el continuo llover brillaban con su reflejo de bruñido acero. Y detrás del Ejido, espesa y alta muralla de eucaliptos se levantaba, sombreando el paisaje con el fuerte tono oscuro de su verdor, sugestivo y grato en medio de las palideces desvaídas del verde del llano. Ceñíalo todo ondulada colina que confinaba con los retazos azulejos de la lejana cordillera que se divisaba por entre los desgarros de grandes nubes hinchadas. Delante de la azotea, la ancha calle, fangosa en partes, trajinada sin cesar por las gentes, las carretas, los coches, las recuas, prolongándose en

la carretera que se perdía allá lejos, por entre los árboles; al frente, en la acera, los chicos del vecindario gritando y jugando, los borrachos, aún sombríos y callados, bebiendo con grande ansia en aquella mañana fría y triste, la copa del sueño y el olvido; el panadero, con la canasta a la cabeza, llena de dorado pan, gritando lánguidamente; el caramelero, un *gringo*, con la bandeja pendiente del cuello, atestada de cucuruchos y de dulces multicolores y cristalinos, lanzando su grito agudo «*cagamelitos de Pagís*», titilante y desgarrado como esquila cascada.

Roberto, suspirando, vagando la vista por el espacio, comenzó su confidencia, mientras Clementina le observaba el simpático rostro melancólico de ojos lánguidos y se asombraba de oír expresar, con animada y rica palabra, muy sentidamente, su amor y sus penas, a un muchacho a quien ella había creído de alma tibia y seco de corazón. La confidencia se escapó del alma de Roberto, incontenible, con aquel ímpetu, con el ansia especial de quien se siente ahogado en el remolinear turbio y furioso de la pasión y busca algo, una luz, un consejo que le salve, y le atenúe, por lo menos, el angustioso anhelar y desesperar. Se sentía arrebatado por la corriente y volvía los ojos buscando un asidero, una claridad que le permitiesen zafarse de aquella. Y luego, instintivamente, quería verter su dolor por los labios, expulsarlo de los senos del alma, para evitar que allí se corrompiese y envenenase, ponerlo a la luz de otra alma que lo mitigase viéndolo y sintiéndolo.

Contole a Clementina, punto por punto, toda la historia de sus amores, que no abundaba en lances, pero a la que prestaba variedad de matices y calor de vida el intenso y tierno sentir del amartelado mozo. Pintóle las gracias de Inés, como le bastó verla para prenderse locamente, atraído de modo irresistible por el encanto de aquella mujercita tan vivaz de alma y tan fresca de cuerpo; tuvo especial

complacencia en describirla facción por facción, detalle por detalle de su parte física: los ojos gachones y vivarachos, fúlgidos en su negrura, la carita redonda, sonrosada, donde los hoyos monísimos diableaban; y el cuerpo todo, redondo también, henchido, vibrante y tembloroso de gracia y juventud. ¿Se atrevería a decir algo, a alabar algo de su alma?.... La había creído buena, la creía buena aún, pero de ser cierto, lo que ya se rumoreaba de ella ¿qué pensar?.... Y él la había amado con locura, sin que su pasión languideciera un instante; la adoraba, sí, la adoraba como se adora al sol que trae el día tras la noche helada y tenebrosa, porque en medio de la tristeza de su vida ella había difundido la esperanza de la felicidad. El había nacido así, con la necesidad de amar, de amar fuerte y hondo, y sin amor, sin un cariño íntimo que le acompañase, como firme y seguro sostén en la vida; sin un corazón a su lado en que apoyarse en los malos pasos y en los trances difíciles, se perdería de seguro porque la soledad del alma le quitaba las fuerzas y le robaba la voluntad. Y sobre esa esperanza y ese amor, que tanto bien le hacían, como cayó, como una roca, la espantosa noticia, espetada brutalmente, de boca de Pedro, sin piedad, sin consideración. Después, la tarea de descubrir la verdad; la sospecha, activa y vigilante, confirmándose con recuerdos y circunstancias reveladoras, con las terminantes afirmaciones del cojo Lucas, y luego los lloros de Inés, sus protestas, su enojo, su acento de sinceridad, la ternura de sus palabras.... en fín la mar de cosas, que le ofuscaban, que le llenaban de duda y confusión, y que iban dejándole lelo, sin discernimiento ni juicio. Y como algo que le hacía hervir la cólera en el pecho, le habló de su reciente encuentro con Jorge en la misma casa de Inés, y de cómo todo el dolor de Roberto, toda su ira, todo su coraje de hombre, que pedían a grito herido vengan-

za del rico, se le habían desvanecido como por ensalmo, en presencia de Jorge. Le expuso a Clementina las razones que le movían a creer que era cierta la infamia: la niñez de Inés pasada en la hacienda de la familia de Jorge, la fascinación que en el alma de ella ejercía el boato de los ricos, la instintiva sumisión y respeto que Jorge le inspiraba a Inés como antiguo patrón de su padre y actual patrón de su hermano, por las relaciones que seguían teniendo, por lo dado a enamorar y seducir que Jorge era y por el fino arte y simpatía de éste que hacían irresistible en sus amores. ¡Ah! ¡qué cólera sentía al pensar en todo eso!....

Clementina comprendió; palpitaba la verdad, en el relato de Roberto que la presentaba al desnudo, en el abandono de su afligido y desesperado corazón. Y comprendió, en seguida, sin más que oirle a Roberto, con su rápida perspicacia de mujer, que Inés amaba a Jorge, que era imposible que la muchacha hubiese podido sustraerse a la inmensa y poderosa seducción del joven rico. Y es que ella, como mujer, podía mejor darse cuenta de la grande atracción de un rico y de un noble. Sí, era natural, que las mujeres que tanto aman el fausto y la grandeza, y a quienes tanto satisface el amor de los grandes, fuesen a los ricos derechamente. Era menester amar mucho, mucho, como ella amaba a su Emilio, tener mucho corazón y mucho juicio; gustar de la paz y tranquilidad de la conciencia y tener reparo de Dios y de la gentes, para resistir a la simpatía endiablada de los ricos y de los nobles, que acalora la cabeza y le saca a la mujer de sí. También élla, con ser lo que era, se había sentido turbada gratamente en la calle cuando uno de los ricos la seguía echándole flores, y muchas veces en sueños, había gozado siendo la querida de uno de esos simpáticos y elegantes galantes que la cubrían de besos y de sedas. Pero en ella, esos sueños y esas turbaciones eran algo

fugitivo que apenas alborotaba la superficie de su alma, en el fondo tranquila, como un lago profundo, encerrada dentro del corazón de su Emilio.

—Ricos malditos—decía Roberto que se había exaltado grandemente al recuerdo de su cobardía y del gentil modo con que Jorge le había confundido —¿por qué no nos dejan siquiera a los pobres el consuelo de querernos en paz? ¿qué insaciable deseo de placer y de dominio les lleva a envenenar las vidas ajenas, metiéndose en ellas para robarles el mejor tesoro? ¿por qué no se contentan con ser los señores, los dueños de todo, con el respeto de los pobres, con vivir en medio de goces y en la ociosidad? ¿a qué el prurito de corromper y perturbar la sencillez de la gente pobre? Nosotros somos tan conformes, nos contentamos con tan poco! ... Un poco de pan, un poco de paz y de amor!.... Y ese pan lo ganamos con el sudor de la frente, con el afanar y padecer diarios, con la lucha tenaz de toda la vida; y ese amor es para nosotros toda la dicha, es parte de nuestra existencia, calor de nuestras entrañas y espuela de nuestra voluntad. Y los ricos hasta eso nos lo quieren quitar, en su sed de placer, aprovechándose de la miseria y el hambre, deslumbrando los ojos de la gente con el lujo, despertando nuestra codicia para arrebatarnos el único refugio de nuestras penas: el corazón, el corazón de las mujeres.

—Así es, cierto es—le contestaba Clementina, pasmada, emocionada al oirle a Roberto, en el alborozo de encontrarle tan enamorado y tan inteligente, tan altivo y tan digno en medio de la mayoría de los hombres que se arrastran y se humillan ante los ricos—creen que porque son ricos ya tienen derecho a todo, y como les aguantan y nadie les para, abusan de lo lindo.

—Y después siendo ellos los primeros en corromper a la gente pobre, avivándole la codicia y torciéndole las pasiones, son también los primeros

en hacernos ascos. Nosotros los pobres no hacemos alharacas sentimentales, pero sabemos querer más y tenemos más corazón que ellos, ya que a ellos no les preocupa sino el pasarlo bien y aprovecharse de todo y no tienen consideración con nadie. Y es que en nosotros el amor no es un lujo, sino una necesidad muy grande: la mujer ama al marido con toda lo fuerza de su pasión intacta y le ama además, porque éste le da el pan con su trabajo, y el marido ama a la mujer que le da el cariño y el goce y le sazona el caldo y le lava la ropa; es el uno para el otro una ayuda, un sostén en la dura lucha diaria. Y lo peor es que los ricos consiguen alelar a los hombres de nuestra condición, hasta que estos llegan a vanagloriarse y tener a honra el que un señor sea un amante de su mujer o hija. Les halagan la codicia y la vanidad, les fascinan echándolas de generosos, que los pobres diablos quedan encantados y agradecidos de la afrenta. Pero, viéndolo bien al infelíz marido que tiene la desgracia de que su mujer se venda a un rico ¿qué le queda? ¿remediarán algo con sus bravatas? ¿podrá luchar con tan tremendo enemigo? En cambio, si se aguanta, le llueve la plata, sale de apuros y asegura el porvenir!.... ¡Ah! si lo peor, lo peor es nacer pobre. Yo mismo le aguanté a Jorge por más que sentía ganas de abalanzarme y.... ¿qué me pasó? ¿por qué me acobardé? ¿qué es lo que pasa delante de un rico?

Una ráfaga de ira, que se retorcía en su impotencia, le sacudía a Roberto el alma inflamada por el amor y los celos.

—Y es el orgullo lo que más me choca de los ricos—advertía Clementina, contagiada de rencor. —que valgan más que nosotros, pudiera ser. Pero ¿por qué se creen tanto? Hombres como todos son, polvo y ceniza se han de volver, y no es justicia que nos vean con tanto despotismo y asco. Y en cambio nosotros los pobres somos del todo humildes y ver-

gonzosos, y muy agradecidos con el rico que se porta bien y nos trata con cariño. Y lo gracioso es que con tanto orgullo y tanta prosa no viven sino muriéndose por toda chiquilla pobre que es algo buena moza. Ya que son tan grandes no debieran meterse con las pobres para dañarlas y hacerlas desgraciadas.

Pasaban por la calle unos indios *zámbizas*, con su carga de *papayas, maqueños* y *piñas*, y Clementina, así como reparó en ellos, interrumpió sus observaciones, se olvidó de Roberto y, pidiéndole a éste que le dispensara, se disparó, ágil y graciosamente, escalera abajo, a comprar a los indios las frescas y sabrosas frutas; mujer experta y lista, las sentimentalidades no le absorbían hasta el punto de impedirle atender a lo práctico.

Chocóle a Roberto el exabrupto, mas en breve distrájose también observando a los *zámbizas*. Tenían éstos aspecto delicado: la piel reluciente en su esmerada limpieza, morena y atezada, contrastando con la blancura de la camisa y calzoncillos y la viveza chilona de los colores de su ropa exterior, la cara de rasgos finos, los miembros delgados, los cabellos largos y peinados cuidadosamente como de mujer, la compostura del andar, lo atildado y limpio del vestido les daban a los hombres aire femenil.

Cuando regresó Clementina, alegre por la buena compra que había hecho, papayas y piñas, se detuvo con Robero un instante, y, muy risueña, dando poca importancia a todo, le dijo casi en tono de broma, para rematar la confidencia y a guisa de consejo:

—Oiga, Robertico, lo que debe hacer es seguir averiguando sobre el asunto, vigilarle mucho a ella y tener paciencia. No es bueno ser precipitado. Si resulta mismo lo que Ud. teme ¡qué remedio! mujeres hay a porciones y los hombres son muy dispu-

tados. Olvidarse de la Inesita, por duro que le sea, y a otra.... ja, ja, ja. Y en tanto no le haga sufrir a mi señora Rosita con esos modos y esos ceños, que ya mucho tiene la infeliz con sus males.

Y se fué casa adentro, sin acordarse de los ricos ni tenerles pizca de envidia, contentísima porque tenía *papayas* y *piñas* que dar a su Emilio en el almuerzo, frutas de que Emilio gustaba como buen costeño.

Roberto la siguió con la vista y pensó que una mujer así valía un tesoro. Buena, amorosa, alegre, bonita, juiciosa ¿qué le faltaba? Su marido debía ser un hombre dichoso con ella. Y su Inés ¿no era asimismo como Clementina?.... No, no; Inés tenía el alma esclava, profundamente pertubada por el hálito de la casa rica. Queriendo seguir el consejo de Clementina pensó en si le sería fácil olvidarla; y entonces la imagen de la mujer amada, con todo el primor de sus encantos, fulguró en su memoria; y una lluvía de recuerdos—recuerdos de las intensas sensaciones que tales encantos le produjeran—cayó sobre su corazón e hizo agitarse y reflorecer todo su amor, todo su vehemente, apasionado y dulce amor. Sintió lo imposible del olvido, lo imposible de ser feliz sin ella, cuya imagen estaba tan adentro, tan adentro, con tanta fuerza y fidelidad, tan palpitante y tan viva, trasfundida a su sangre, bebida en los abrazos y los besos. ¡Ah! La amaba, la amaba a pesar de todo e inclinado se sentía a ser como todos los hombres de quienes abominó hacía un rato. Ahogar los celos, pisotear el amor propio, estrujar la dignidad, y contentarse con un beso, con la inmensa dicha de un beso!.... ¿Para qué complicar y dificultar la vida? ¿para qué pedirle cosas imposibles? ¿no sería mejor someterse mansamente a sus fatalidades y contentarse con lo que buenamente ella concedía? ...

La cólera y la rebelión se le diluían, se le deshacían ante el recuerdo sensual y grande y delicuescente tristeza le disolvía el ánimo. Acaso, pensó, no tenían la culpa los ricos ni nadie. Eran las crueldades de la vida, culpa de la vida que era así, dura y triste. Los ricos, como todos, iban ciegos, aglo más frenéticos que los otros, en pos del placer y de la dicha. El también, Roberto, al ser rico, se preguntó ¿no sería, talvez, como todos, no gustaría de robar el amor a todas las buenasmozas?.... En el fondo, ¿los ricos como todos no sufrían también?... Y recordaba haberle visto a Jorge, muy a menudo, enfermo del estómago, delicado siempre de salud, llorando de miseria y dolor. Todas las gentes parecían alegres y andaban con la cara jubilosa y satisfecha, a modo de una riente máscara, delante de los demás, como si la alegría y la satisfacción y el orgullo fuesen una arma, como que ser desgraciado fuese una debilidad, una afrenta, una vergüenza. Había que andar con aire triunfante para hacer creer a las gentes que se era un victorioso. Pero en la soledad de los corazones ¡cuánta pena y desolación! Todos doloridos, inermes, infelices; todos tímidos, impotentes, desamparados; todos humildes, iguales hermanos en el dolor!

Volvió a vagar la vista por el paisaje, y lo observó por el lado del frente de la casa, por el lado del Pichincha. En la parte del monte, que parecía greña de cabeza rústica, el Pichincha estaba sombrío, cubierta la cima por nubes negras y densas que iban bajando lentamente; más abajo, las faldas se recamaban de colores; las casitas diseminadas y la iglesia del Seminario blanqueaban a trechos aquí y allá. Volvió a fijarse en la ancha carretera, llena de los viajeros que iban y venían, perdiéndose por entre las murallas de eucaliptos, y entonces, como nunca, deseó Roberto ser uno de los viajeros que se iban; maltratado por la vieja y conocida tierra na-

tal, sentía vivamente el ansia de lo nuevo y lo desconocido. Desasirse de todas las cosas que le rodeaban y le prendían, que tanto herían y fatigaban su sensibilidad, y largarse, correr, libertarse!....

Le vino a las mientes el recuerdo de aquel sueño en que se sintió con alas y pudo volar, y volvió a sentir el vago deseo del vuelo, de ser ligero y liviano para cambiar de lugares y.... de corazones. Suspiró quedamente, al desvanecerse su cólera en la dulzura de la melancolía; y en su alma quedaba tan sólo, palpitante e imperiosa, inextinguible y dolorida, la sed de amar y ser amado, la cruel y profunda necesidad de amar, la necesidad de ser feliz. Y la rebelión y la cólera, en su triste y pobre espíritu, se resolvieron así en tenue suspiro y sutil y leve ansia de volar! ...

X

DESENCADENOSE la revolución, dimitió el Presidente, enfrentáronse los dos partidos y triunfó el liberal. El deseo de impresiones nuevas y fuertes, más que el entusiasmo político, le hubiera llevado a Roberto a los campos de batalla, pero la enfermedad de su madre le obligó a quedarse. Seguía, no obstante, con interés, el curso de aquella transformación y el temor de perder el empleo al caer el Gobierno prestaba a aquel interés, vibración vital.

Vinieron y pasaron muchos días y cada una trajo su pena y su cuidado hasta que llegó Alfaro a Quito y se organizó el nuevo Gobierno, quedándose Roberto sin el empleo mientras su madre empeoraba y ya, postrada en cama, nada podía hacer en orden a hablar con algún personaje influyente que pudiese conseguir que le conservasen a Roberto en dicho empleo.

Entonces comenzó para Roberto terrible época de ahogos. La enfermedad de su madre, que no era otra cosa que abceso al hígado, requería, según el decir del médico, grave operación. Y a Roberto se le sublevaba el alma al pensar en que podía llegar el momento de trasladar a la enferma al Hospital!... Vendió muebles, se anduvo de casa en casa, de aquellas donde su madre cosía, solicitando pequeños anticipos, se buscó ocupaciones por escribanías y despachos de abogados, escribió cartas a las personas

pudientes, y en suma hizo cuanto pudo para allegar dinero y atender debidamente a la enferma.

Pero cuando el destino se complace en amontonar desdichas sobre una vida, aquello no para en poco y es lluvia larga y sin tregua, y así sucedió que la casa en que vivían salió a remate para la partición de los herederos, y la remató quien se propuso reedificarla, teniendo que alzar el vuelo todos los que en ella vivían. Fué triste la despedida entre Rosa, Clementina y la señora Ursula, y fué penoso el traslado de la enferma al tugurio que hallaron en el barrio de San Roque, tugurio infecto y malsano, muy cerca de la quebrada de Jerusalén y rodeado de muladares.

¿Cómo ponderar fielmente todo lo que padeció el muchacho en largos tres meses, cómo dar a sentir su desesperación sorda cuando las durezas implacables de la vida lo humillaron y le desgarraron el alma matando todo lo que en ella había de alegría, ilusión y dignidad?

Se diría un sonámbulo cuando sugestionado por la sola idea de conseguir dinero para atender a su madre y a las diarias necesidades, arrastrado por esta sola preocupación, herido y oprimido por esta sola angustia, iba y venía sin vivir para ninguna otra cosa. Cada día, cada hora a veces, era espantoso problema la falta de dinero, la necesidad de dinero que es hija de la necesidad de vivir. Y había que forjar ese dinero donde quiera, como quiera, a cada instante, sin tregua, sin plazo alguno; había que sacarlo de los bolsillos de los otros a fuerza de ruegos, humillaciones, lisonjas e hipocresías; a veces ¡ah! sintió el deseo de robar, el deseo iracundo de arrebatar el dinero a las gentes ricas que nadaban en él.

Comprendió, como nunca, lo que para él valía su madre, su madre del alma. Jamás había meditado con detención en el trabajo tenaz con que su madre debió haber luchado con la miseria para que él

no careciese de nada ni sintiese la pobreza. Mientras él fué niño ¡cuánto debió haber trabajado y sufrido la pobre mujer, desamparada y sola! ... Se le reventaba el corazón de ternura, se le quería salir del pecho en explosión de amor y dolor, pensando en la enferma que tanto le había querido y sufrido! .. ¡Cómo salvarla, cómo salvarla! Cuando el dolor le hería así en lo vivo, cuando la pena se le hincaba con agudeza y la ternura se le llenaba en el corazón, arrostraba todo, impasible: burlas, desaires, humillaciones. Se metía por todas partes a buscar ocupación, y cuando no la conseguía se daba a escribir cartas a los ricos conocidos, y cuando le resultaba ineficaz este recurso, se lanzaba a la calle y arremetía en ella al primer transeunte bien puesto y le sacaba dinero ya con exigencias destempladas, ya con tiernas súplicas, o se colaba en las casas opulentas a importunar allí como pordiosero, como beodo. ¡Cómo perdió la vergüenza en ese tiempo!.... Fué negra noche, en que sólo brillaba, con dulce luz, como una esperanza, allá, a lo lejos, la imagen de Inés! En ella estaba la dicha para después de los tormentos y las penas. ¿Le llegaría esa dicha? ¿Sería el destino tan cruel que le arrebatase esa esperanza? Y ha ía largo tiempo que no veía a su novia, contentándose con escribirle de vez en cuando y recibir de ella una que otra respuesta, respuestas que iban escaseando ya mucho.

Por fugaces instantes, los sentimientos que siempre le dominaron, sus íntimos y personales sentimientos de esquivez e independencia, lograban sobreponerse a sus presentes preocupaciones para luego abatirse y mostrarle que una superior voluntad, la voluntad del destino, iba hollando todas sus aspiraciones y ensueños. ¿Resurgiría la energía de su alma? Lo esperaba con la terquedad de su juventud. Pensaba en Inés y la esperanza lucía y florecía.

Para que nada faltase a la copa de las afrentas,

para colmarla y desbordarla llegó un día, fatídico día, en que los gastos se multiplicaron sin que Roberto supiese a donde acudir para sufragarlos hasta que, por fin, con cruel y brillante precisión, con la brillante y cruel precisión de los expedientes desesperados y espantosos, tan espantosos como eficaces, pensó en el padre de Jorge para ir a él con la miserable imploración en el alma y en los labios. Y como movido por resorte, urgido por la necesidad inexorable, maquinalmente, sin vacilar, fuese a la casa del amigo de ayer, del rival de hoy, del negro fantasma de su amor, del terrible enemigo de su dicha. Al pisar los umbrales de la casa, el corazón le saltó en el pecho con rudo sacudimiento de protesta; ganas de llorar, de hundirse y desaparecer le asaltaron; y a pesar de todo, ese algo inexorable que lo empujaba, le constriñó a entrar, y entró; y al subir la escalera, ese algo inexorable le puso delante, para rebasar toda medida de humillación, al mismo Jorge que salía a la calle. Y Jorge, asombrado, medio turbado, le tendió la mano y se mostró afectuoso. Ansias sintió Roberto de prosternarse ante él para rogarle, anegado en llanto, que le tuviera compasión, que fuese generoso, que le dejase ser feliz; era un vencido, ahí estaba en la casa de Jorge, en el mayor de los desvalimientos y de las derrotas; y deponía todo su orgullo ante el joven rico, de cuya protección había necesidad, de quien no había podido prescindir en el camino de la vida; ahí estaba exánime, desamparado, miserable en busca de un poco de pan. Y llegó al aposento de Don Antonio y, llorando con voz ahogada, le contó lo que con él y su madre pasaba e imploró caridad. Diósela el caballero demostrándole extrañeza por el alejamiento de Rosa, durante largo tiempo, de aquella casa.

La enferma iba de mal en peor. Tenaces dolores la mantenían en un ay. La beata Emilia y Roberto se turnaban para velar con la enferma que

en toda la noche no podía pegar los ojos. Roberto se sentía agradecido de la beata a quien aprendió a conocer entonces! Era una alma tímida, de aquellas que, encerradas en cuerpo sin hermosura, se quedan en las penumbras de la vida, solas y tristes, y que, en su desamparo y soledad, se arriman a los sacerdotes y se guarecen en el templo. Siempre le fueron antipáticas las beatas por lo frívolo de su religiosidad, lo inhumano de sus sentimientos, el prurito de desahogar el ardor amoroso insatisfecho en mil futilezas nocivas y ridículas y la propensión a enredillos y chismes impregnados de malsana envidia. Pero reconocía, tratando a fondo a su tía Emilia, con ocasión de la enfermedad de su madre, lo que había de infelicidad y tristeza en aquellas pobres almas.

Cuando más padeció Roberto, cuando la emoción estuvo a punto de ahogarle, fué una noche en que su madre, convencida ya de que se le acercaba la muerte, se puso a aconsejarle y a despedirse. Después de largas horas de continuo dolor, en un momento de alivio, dirigióse a Roberto, con sollozante voz, tratando de reprimir las lágrimas que pugnaban por correr a raudales, y le suplicó que, en recuerdo de ella, fuera siempre bueno y honrado, que nunca se apartase del buen camino, que conservase viva la fe en Dios; le encareció que no dejase los estudios y que terminase su carrera de abogado (y hacía meses que Roberto no asistía a la Universidad); le hizo ver cómo lo único que hacía la vida dichosa era la tranquilidad y limpieza de la conciencia, cómo el mal proceder traía siempre resultados amargos, cómo los vicios aniquilaban el cuerpo y el alma; y, por último, ya sin poder contener el llanto que le inundaba los ojos, le rogó a su hijo que no la olvidase, que rezara por ella, que no le dejase penar en el purgatorio, y lloró, lloró largo rato, en la suprema ternura, en la suprema angustia, en la suprema congoja del que va a morir. Nun-

ca sintió Roberto cosa más viva, nunca dolor más penetrante. Hay fugitivos segundos así en que se siente todo el horror de la muerte, todo el infinito dolor del corazón partido y en que se llega a creer que no se podrá sobrevivir al ser amado cuya vida se desarraiga y se desprende de las entrañas mismas, de las raíces mismas de la nuestra!.... Roberto vió y sintió en breve instante, a una luz siniestra y lúgubre, lo que había de inmenso, de irreparable, de infinito, en la muerte de su madre y en toda muerte, y creyó también morir si su madre moría. Pero esa luz, ese dolor no duran en el alma, que, de durar, la matarían en pocas horas.

Se sucedieron, junto al lecho de la enferma, las escenas religiosas que rodean a los agonizantes. Cuando la sacramentaron, el aparato de aquella ceremonia, tan solemne, tan imponente, le hizo mucho daño, mucho mal a Roberto, porque le dió la certeza de que su madre se moría, obligándole a pensar en la próxima desgracia y a habituarse a ella, como rodeándole, a la muerte que venía, de pompa, de honores, de bulla; esa campanillita que anunciaba la llegada del Santísimo le tintineaba el corazón; y el rumor apagado de los pasos de los acompañantes, y el acto mismo de la comunión y la extremaunción que parecía que daba la muerte, el pasaporte definitivo, la recomendación para la otra vida, y la suave y solemne voz del sacerdote musitando en latín las oraciones y amonestaciones de estilo ¡oh! ¡cómo derramaban tristeza, cómo estremecían el alma!...

No cesaban de ir a la enferma los sacerdotes llevados por la beata. Y era lúgubre el continuo desfilar de aquellas figuras negras que, a la vez, llenaban de pavor y amargura el corazón y vertían sobre él misterioso beleño. Hablaban a la moribunda de la otra vida, del cielo, de la bienaventuranza, del Dios misericordioso; habla dulce y consoladora

que en tan penosos instantes infunden en las almas la esperanza de que la separación no será eterna, que los seres que se aman habrán de encontrarse de nuevo, que la muerte no será sino un «hasta luego», que allá en el misterioso regazo de la eternidad nos espera la dicha, la dicha inmortal.

Apoderóse de la enferma durante algunos días hondo letargo que le mitigó los dolores, pero que aumentó la angustia de su hijo y su hermana porque éstos comprendían que ese letargo no era sino el principio de la muerte, la sensibilidad que se duerme y desmaya para hundirse y desaparecer. Cierta noche, sin embargo, la enferma mejoró, se despertó, la lumbre de la vida centelleó en sus ojos y coloreó su faz; de nuevo le acometieron los dolores con agudeza dilacerante. Vino el médico, recetó vulgar narcótico y Roberto fuese de prisa a la botica. Por la calle se embebió el muchacho en hondos pensamientos y moderó el paso. Iba pensando en que, muerta su madre, se quedaba sólo en el mundo, sin otro afecto, sin otra esperanza que Inés. ¡Cuánto bien le hacía pensar en su novia en tan duros instantes! ¡Con qué extraña delicadeza, con qué avidez sutil y profunda, bebía su sensibilidad, afinada y lastimada por el dolor, la imagen dulce y sonriente y prometedora de la mujer amada! Todo lo que había sospechado de ella, todas las dudas que antes lo atormentaron se le desvanecían en la necesidad del amor de ella, en el ansia que sentía su corazón atribulado y huérfano de tener fe en otro corazón; el destino cruel no llegaría a tanto, lo implacable de la suerte no avanzaría a arrebatarle esa única fuente de felicidad!

Distraído iba y a causa de ello ocurrió que, al atravesar una esquina, cierto coche que venía velozmente le atropelló con violencia faltando poco para que diera con él en tierra. El auriga, con grande esfuerzo, logró contener a los caballos que recularon

vacilando sobre las piernas. Roberto enderezóse y, repuesto del susto, increpó al cochero su aturdimiento, mirando de soslayo el fondo del coche. La luz de la lámpara eléctrica (las había muy pocas a la sazón en Quito) alumbraba de lleno en el rostro de las personas que en el coche venían, una de las cuales había sacado fuera la cabeza al parar de golpe el vehículo; Roberto, medio ofuscado, creyendo reconocer a dichas personas, volvióse del todo hacia ellas y las miró con atención, y.... ¡qué pasmo el suyo! ¡qué rayo en su alma! ¡qué golpe en su cerebro! ¡qué horror en todo su ser! Las dos personas que estaban en el coche eran.... ¡Dios santo!.... eran.... ¿cómo decirlo?.... eran Inés y... Jorge!!!... —Inés—profirió Roberto, con voz trémula, en tanto que Jorge ordenaba enérgicamente al cochero que partiese al escape y la muchacha se cubría la cara con la mano ahogando un grito. El coche arrancó. Erizado de espanto y de ira, paralizado de emoción, Roberto no supo al pronto qué hacer; ímpetus tenía de contar a gritos a las gentes lo que le pasaba y de pedirles auxilio. Le hirió de súbito con viveza la idea de que lo urgente era saber a qué casa llegaban, y echó a correr, tras el coche, como loco.—Infames—mascullaba, pensando en que no aguantaría tanta maldad que pedía venganza al cielo--y corría, corría por en medio del asombro de los transeuntes, que se volvían a verlo. Un celador, que estaba apostado por allí, le paró creyendo que se trataba de algún criminal—ladrón, asesino—que huía.

—Es que se ha cometido una infamia—le dijo Roberto turbado y anhelante—en ese coche que acaba de pasar llevan robada a una menor de edad. La Policía debe castigar al culpable.

—Denuncie eso en la Policia—repuso el celador, sonreído, tranquilizado, presumiendo que se trataba de celos y amoríos. Y lo soltó.

El coche torció por la primera esquina y, como iba la carrera, Roberto le perdió la pista pero siguió andando apresuradamente, impelido por salvaje emoción que, como huracán desenfrenado, como incendio devorador, le surgía de las entrañas y le invadía y trastornaba el alma. Era ira, era amor, era odio, era dolor, dolor sobre todo. Era deseo de venganza, eran ansias de matar y de morir; y el ímpetu que le venía de las entrañas, y le incendiaba el corazón y el cerebro, le afluía al cuerpo todo que temblaba. Y Roberto andaba y andaba. Representábase las escenas de amor, de íntimo y ardiente amor entre Jorge e Inés y se imaginaba la dicha, el inmenso placer que sentiría ese hombre gozando a esa mujer que debió ser suya, que era para él, para Roberto ¡esa mujer cuyos encantos le refulgían en la memoria con brillo hiriente y seductor! Y mientras aquel hombre se anegaba en la ventura del amor de aquella mujer, él, Roberto, pobre diablo, andaba por las calles en el colmo del despecho. Le crecía el deseo de vengarse, el deseo de truncar esa dicha destruyendo a ese hombre. Y las gentes pasaban tranquilas y las casas se estaban firmes sobre sus cimientos en tanto que formidable terremoto le derrumbaba el porvenir y la vida! Y en ella, en el corazón de Inés, no habría ni un recuerdo, ni un pensamiento para él, entregada del todo al placer de encontrarse en los brazos de su patrón a quien toda la vida adoró. Y él, Roberto, tan bruto que amó a esa mujer. Pero los encantos de ella le refulgían con brillo hiriente y seductor!.... ¡Oh! lo felíz que sería ese hombre gozándola!.... ¡Oh! lo dichoso que era ese hombre interesándola, enamorándola.... —Maldición—rugía el infelíz. En el fondo del pecho el odio a los ricos le hervía, pensando cómo eran los dueños de todo, de los dones de la fortuna, del amor de las mujeres, de los frutos de la tierra; para ellos era todo y para los pobres nada; para los pobres sufrir y sufrir,

siempre humillados, siempre abatidos, siempre resignados, desde que nacen hasta que mueren. Y que sea malo matar, pensaba, cuando lo único que podía desahogarle el pecho y aliviar su tormento sería destruir algo, matar a alguien para luego morir. Y andaba, andaba, impelido por la emoción, como pluma que el viento alza y arrebata sin rumbo.

Llegó al Ejido; sintió cierto alivio en frente de la naturaleza abierta e inmensa, adormecida en lo tranquilo de la noche y sutilizada en el claror plateado de la luna. Respiró a pulmón lleno, y pareció le que el dolor le salía por el aliento y se esparcía, aligerándole el ánimo, en la inmensidad del espacio; la frescura del ambiente le calmaba la fiebre. Alzó la cabeza y miró la luna que vagaba por entre nubes, melancólicamente bella. Pero ¿qué le importaba a él esa hermosura en semejante trance? La impasible e ignorante naturaleza ¿qué tenía, qué ocultaba en su fondo? ¿Quién era el que le mandaba tantas desgracias, el que hacía llover los males sobre su vida, el enemigo que había en su destino? ¿Era Dios? Pero ¿cómo era este Dios que le aplastaba así, tan sin piedad? Y comenzó a torturarle la sed de verdad, el frenesí de verdad que urge y apremia en los momentos de supremo dolor. Su alma limpia de toda preocupación y prejuicio por la acritud de la ira, lavada en dolor, libertada de toda creencia por el poder de la rebeldía, levantada a la cúspide de sí mismo por la fuerza de tan grande emoción, estaba sola y desnuda en frente del enigma de la existencia, y quería vehementemente saber que había de verdad en la vida, en el amor, en el bien, en el mal. ¿Qué hay de verdad, por Dios, qué hay de verdad? interrogaba Roberto a los elementos gimiendo en el fondo de su ser. ¿Había un cielo, lugar de felicidad, para compensar las miserias y penas de la tierra? ¿sería aquello cierto? ¿quien podía asegurarlo? Y de no ser cierto, tanto dolor, tanta ansia, tanta ilu-

sión, tanta esperanza ¿se evaporarían y desvanecerían en la nada sin dejar huellas? ¡Qué desesperación, qué angustia, qué impotencia! ¡No se sabía nada, no se sabía nada! ¡Ningún consuelo se podía esperar de la Religión, ningún consuelo de los cielos! Y abajo, en la tierra, los ricos eran invulnerables y poderosos, eran los dioses, los verdaderos dioses. Lo único cierto, lo único positivo era ese dolor que le retorcía el corazón, lo único cierto era que le robaban su novia y su amor, que Jorge estaría a esa hora gozándola, bebiendo el placer y la dicha en sus labios y al calor de sus entrañas, ese único placer que hay en la vida, esa única dicha posible en el mundo. Pero, para él, para Roberto, nada; y se rió, lanzó a la faz de la ignorante e impasible naturaleza la musiquilla miserable de su sarcástica risa en la que toda su alma sollozaba!!! ....

....

Por fín, se sintió transido de fatiga de tanto andar y con grande necesidad de reposo. Quería acostarse, dormir, dormir.... Y volvióse a su casa exámine ...

Al acercarse a su habitación oyó rumor de varias voces en ella; la puerta encontróla entreabierta; sin que nadie reparase en él, entró. El cuadro que se presentó a su vista era tristísimo y terrible. Todas las personas que vivían en la casa, y gentes de fuera también, estaban allí de rodillas rezando, con fervor y compunción, las oraciones de los agonizantes; hacía rezar su tía Emilia delante de una imagen del Corazón de Jesús. Junto a la cama de la enferma, su confesor le auxiliaba a gritos tomándole de vez en cuando de la mano y apretándosela; un muchacho, con una cera encendida, estaba junto al fraile.

Su tía, al verlo, con elocuente expresión, manifestóle vivo asombro por su tardanza, y, volviéndose hacia el lecho, mostróle con los ojos a la moribunda. ¡Ah!... lo había olvidado ... su madre se

moría ... Y le contrajo el rostro irónica sonrisa y le recorrió el cuerpo nervioso escalofrío; pero su espíritu, agotada su impresionabilidad, sin fuerzas ya para reaccionar a este nuevo dolor, no sintió nada, nada, sino vaga sensación de estupor y anonadamiento. Acercóse al lecho, vió a la enferma, y ésta, que estaba ya sin habla y que no se conmovía a los gritos penetrantes del sacerdote, al moverse ligeramente, clavó en Roberto su mirada, y él se estremeció. Esa mirada tétrica venía de unos ojos vidriosos, fijos, inmóviles, saltados, cuyo brillo sin vida surgía en medio del sumido y cárdeno rostro. «Jesús, José y María» le gritaba el sacerdote a la moribunda, sacudiéndole del brazo; pero ella veía fijamente a su hijo, clavándole la postrera mirada. —Sepárese, le dijo el sacerdote a Roberto —en estos momentos es Ud. para ella una fuerte tentación. Apartóse Roberto del lado de su madre, sin poder resistir la influencia de aquellos ojos. Y él también en su anonadamiento, en la fijeza magnótica de su ser, clavó en el suelo la mirada. Y había algo de semejanza entre la mirada de estupor del hijo y el agónico ver de la madre; y era que en entreambos seres destrozaba algo la muerte: toda la vida en el uno; toda esperanza de ventura, todo el corazón en el otro!....

Al amanecer Rosa expiró, y Roberto no derramó una lágrima, seca la fuente de ellas por la conjunción y el choque de opuestos dolores, en que el dolor salvaje de perder, de tan vil manera, a su novia, se sobreponía acaso al noble y tierno dolor de ver morir a su madre. Sólo en el fondo de su estupor, se agitaba, se removía sorda cólera, muda y desesperada, contra la ferocidad del destino !!!

....

....

XI

HABIAN bebido harta cerveza, muertos de sed, en aquel día caluroso de veranillo, entre el invierno y *traqueaban* ya coñac y *barahona* exasperada su gana de beber. Veíanse al cabo de mucho tiempo porque Paco Rubianes había estado en Guayaquil a donde le llevó su espíritu inquieto, amigo de lo nuevo y de la aventura; volvía más delgado, más vivo y simpático de genio, cerrado y gracioso el acento, sueltos y garbosos los modales; parecía que gustaba más que antes de las mujeres y, en especial, de los buenos tragos.

Habiendo salido Roberto a la calle, por primera vez, desde la muerte de su madre, encontróse con Paco, y la presencia de éste, viejo y cariñoso amigo, a quien no había visto tanto tiempo, calentó su alma entumecida.

Entraron en aquella cantina a beber cerveza, que Paco todo lo sazonaba, hasta las penas, con un buen beber. Y sin poder hablar de cosas tristes, se puso a charlar de Guayaquil, de esa linda tierra donde se gozaba y se ganaba dinero. Guayaquil era la ciudad de la animación y el movimiento. Durante el día el fervor del trabajo y por la noche el fervor de la diversión. La calle del Malecón era una preciosidad: tranvías, locomotoras, carros de toda clase iban y venían; la gente de prisa, ocupada en el embarque y desembarque, desnuda de cintura arriba, bañada en sudor, en placentera y febril agitación, los mu-

chachos gritando su oficio sin cesar con su simpática y entonada voz; y delante el río, el hermoso río, donde los vapores fluviales, como aves acuáticas, partían y llegaban, ágiles y gallardos, lanzando a cada instante su silbido agudo y vibrante; y en medio río, casi siempre, inmóvil y majestuoso, un barco enorme, barco de mar, que parecía un palacio. Una bulla encantadora, una actividad pintoresca, llenas de grande novedad para el serrano. Al calor, que molestaba al principio, se acostumbraba uno pronto, y era delicioso refrescarse entre el día con la mar de exquisitas y baratas bebidas o bañándose en el Salado o paseando por la tarde en el tranvía para recibir el frescor de la brisa. Y las mujeres guayaquileñas, le habían encantado a Paco, por su vivacidad y ardor; era una gloria verlas de ordinario, en sus casas, con sus ligeras batas blancas, tan holgadas, que les daban cierta voluptuosidad muy atrayente, cierto abandono sugestivo, cierta languidez seductora; y al abrazarlas ¡qué rico y grato sentir al traves de la ligera tela la palpitación de la carne, el calor del cuerpo, la morbidez de las formas en lugar de le tiesura del corsé escondiendo y oprimiendo el talle! Y tan saltonas y picoteras, como inquietos y gorjeantes pajarillos que van de rama en rama y de cosa en cosa, no deteniéndose en nada, sin mengua del adormecimiento voluptuoso de las horas de placer. Y de cuerpos ondulantes como de finas culebrillas, coronados por rostros expresivos donde los negros ojuelos de flechado mirar refulgen y asaetean gloriosamente.

Al oír hablar de mujeres se iba desazonando Roberto, porque allí, en el recuerdo de ellas, estaba la raíz de su dolor y desventura. Era un herido del amor, un herido con herida mortal. ¡Las mujeres! ¡cómo eran de trágicas y temibles en la vida! ¡El país de las mujeres! De ahí venía él abrasado, anhelante, consumido, perdido sin remedio. De ahí ve-

nía, de ese país luminoso y llameante, aleve y pérfido. Sentía miedo, odio, rebelión contra esos seres que pueden iluminar o entenebrecer la vida, y que, trágicas y omnipotentes, dan la dicha o el dolor con soberana indiferencia.

—No hables de las mujeres—pronunció—no sirven sino para atormentar, para quitarle a uno la paz y la calma, para envenenarle y enborracharle de un modo más espantoso que esta botella de coñac. Yo las detesto, las odio, las maldigo.

—Pero, hombre ¿qué dices?—repuso Paco festivo y zumbón—¿que odias a las buenasmozas? No seas loco, chico. Lo que es yo me muero por ellas. ¡Qué fuera del mundo y de la vida sin mujeres! Ya me lo figuro...

—Las detesto, las maldigo—prosiguió Roberto, reanudando sus ideas—porque no tienen corazón ni saben querer, porque solo aman el lujo y el brillo y el dinero, porque todo lo sacrifican a esto.

—¿Algún desengaño, alguna desilusión, amiguito?—preguntó Paco, malicioso, barruntando la cuita de Roberto—. Pero te tendrás tú la culpa, de seguro. Seguirás siendo lo que fuiste. Has de seguir enamorándote tontamente y de una sola mujer. No es ese el modo de tratar a las mujeres, hijo. A mí me gustan todas, y hoy la una, mañana la otra y así. Hay que saber vivir, hay que saber pasarlo bien, y no morirse por disparates y ahogarse en poca agua. Pero tú has tenido siempre ese maldito genio. Y sobre todo oye este consejo: nunca las trates a las mujeres en serio, nunca les muestres gesto de adoración, nunca las consideres ángeles ni diosas; mímalas, adúlalas, lisonjéalas pero como a muñequitas y pajaritos encantadores, como a cabecitas llenas de viento, y todo burla burlando, en juego, en broma, sin hacerse pesado, sin exigirles imposibles, sin esclavizarles el corazón, y antes al contra-

rio, con el corazón ligero y saltante, listo a apegarse y despegarse de todas.

—Pues yo no he concebido ni he sentido el amor así. Yo he sentido la necesidad de darme por completo y para siempre a una mujer que a su vez se me entregara del mismo modo. Pero es que entonces tú no sabes lo que es querer, lo que significa la palabra amor, romántica y empalagosa, pero que corresponde a una realidad muy íntima que está en el fondo del alma, a algo muy fuerte y muy grande que lo arrebata a uno y lo enloquece. Es.... ¿cómo decirte, cómo explicarte? Es como si salieran rayos de una mujer que te penetraran y te hirieran. Se siente en la cabeza y en el corazón algo así como una herida honda, y enseguida el ardor de una llama que crece y lo consume todo. Es una impresión de fuego que marca para siempre, en el alma de uno, la imagen de una mujer. Es un relámpago que deslumbra, que aclara y descubre un horizonte infinito, un cielo inmenso. Es una aurora, el alborear del sol de la felicidad. Y después, lentamente, la imagen de esa mujer va apoderándose de todo el ser de uno, fibra por fibra, átomo por átomo, y se la siente vivir y palpitar en la carne, en la sangre, en lo más vivo y profundo del alma.

Se reía Paco, retozándole la burla al escuchar el hiperbólico sentir de su amigo, él, que sabía a qué atenerse respecto a mujeres, él que las conocía a las muy pícaras y sabía el modo de agradarlas y como eran las preciosas y deliciosas muñequitas. El amor, el apasionamiento, el delirio, la adoración de las mujeres como si fuesen ángeles o diosas, simplezas, zoquetadas, tonterías.

—Déjate de pelos, Roberto, y aprende a enamorar y a gozar. ¿Tanta alharaca por una criatura de carne y hueso como nosotros? Ni a ellas mismas les gusta que las vean así. Ellas no quieren adoradores sino conquistadores, las más serias. Y las otras,

jugar, hijo, divertirse, gozar, hacer amable la vida. Y te dice todo esto quien ha sido feliz con las mujeres y las conoce bien. A mí rara vez se me escapa una mujer; las enamoro jugando, les caigo en gracia, me hago de confianza, y el rato menos pensado, presentada una buena ocasión, tas, son mías.

—Pues yo no puedo ni he podido ser así, y, francamente, talvez tengas razón. Pero a mí me domina lo que yo llamo amor; yo he deseado unir mi vida y mi corazón al corazón y a la vida de una mujer en quien pueda confiar, de cuya lealtad nunca pueda dudar. Mi madre me quería de veras, y, sin embargo fuí en busca de otra mujer. Esto es lo que a veces no comprendo, ni me explico. ¡Ah! Pero lo que se busca en otra mujer es el amor de la madre unido a la belleza y a la juventud que encienden los sentidos, es el encendimiento y explosión de todos los amores, es la unión fecunda, la más íntima, la más entrañable, que parece le arrebata a otro mundo donde el placer le embriaga y la dicha ilumina toda el alma. ¡Oh! el amor no es, no es una palabra hueca! Existe, existe, sólo él existe y por él existe todo; existe, existe, yo lo siento aquí prendiéndome el corazón, llenándome del ansia de otro ser, despertándome la sed de una mujer, con la cual quisiera unirme y confundirme. ¡Oh! Y pensar que esa mujer es de otro, y que nunca más la veré y que nunca será mía y que jamás habré de gozar de sus ojos, de su boca, de su cuerpo, de su gracia, de su alma.... ¡Oh! cómo maldigo mi suerte que me hizo nacer pobre y que me hizo nacer cobarde. Cobarde. sí, cobarde; porque he debido saber hacerla mía, llenarla de mi ser, estrecharla con todas mis fuerzas y defenderla; y ahora debiera saber recuperarla, matándole a él si fuera necesario, y a ella también, para morir después, probándola así que la amó hasta la locura, hasta el crimen, hasta la muerte. ¿Podré yo hacer eso, Paco, lo podré? Y a ese hom-

bre que me la robó, que ahora es feliz, inmensamente feliz, viviendo de sus besos y sus encantos, hacerle nada también, volverle trapo de una puñalada, reducir a cenizas su arrogancia, su orgullo, su soberbia, su guapeza, su riqueza, su distinción! ¡Qué placer! Ser agente de la muerte, ser instrumento de la furia destructora y vengadora! ¡Qué divino goce! Hacer un cadáver frío, inerte, repugnante, de esa elegancia, de esa altivez, de ese señorío, de ese petulante lleno de soberbia! Y todo en un segundo y de una puñalada!. .. ¡Oh! Si yo me atreviera, si este flaco y miserable corazón tuviera valor!.... (golpeándose reciamente el pecho, sobre el corazón) Y después ¿qué importa el Panóptico, la muerte, nada? ¡Oh! Por el placer de mataros, de suprimirlos de entre los vivos, daría toda mi vida, toda, toda. ¿Qué es mi vida sin ella, qué es mi vida sin amor? Matarlos, matarlos, hacerles nada en un instante, safar de sus personas, saber que no existen ¡qué paz, qué reposo, qué calma entonces para mi corazón! Y después la cárcel, la muerte, lo que venga ... Siento la furia rebelde de todo el universo que se me llena en el corazón, siento el deseo de destruirlo, de deshacerlo todo, todo! ...

Parecía loco: encendidos los ojos y el rostro, convulsos los labios, bramaba y sollozaba. Ya no se reía Paco. Cierto que nadie podía convencerle a él de que valiese la pena una pizpireta de mujer, de que un hombre se desesperase y exaltase por ella a la manera de Roberto, pero era cierto también que el alma de su amigo era víctima de una tremenda pasión, muy real, que le causaba un dolor cruel. Y en vez de burlarse, se apiadaba.

Pasados algunos momentos, aquella marejada de pasión, se desplomó, se desvaneció en raudales de ternura que se le desataron a Roberto en el pecho al recuerdo de su madre. Y comenzó a llorar, y lloró a mares, en inmensa expansión de amargura y

dolor; no parecía sino que se hubiese roto el dique de un torrente, tal fluía el raudal de su llanto. Todo el caudal de lágrimas que no brotó cuando murió su madre, seco y exprimido entonces el corazón de Roberto en manos de contrapuestas desventuras, se derramaba ahora copioso, a la excitación de la embriaguez. A una luz lívida y clara veía el derrumbamiento de su vida, el terremoto de su castillo de ilusiones.

Y lloró, como se llora una sola vez en la vida; como se llora cuando se pierde para siempre la felicidad que se creía al alcance de la mano; como se llora cuando se siente que algo irremediable y fatal que le hunde a uno en el infortunio; como se llora cuando se viene a palpar que la existencia que tantas ilusiones enfloró, que tantas esperanzas brotó, es una nada, una mísera vislumbre, una estéril y vergonzante lágrima; como se llora cuando la muerte, la verdadera muerte, le hiere en el alma, en la vida verdadera, en la vida de la ilusión y del amor. Lloró viendo como su lindo enjambre de ilusiones huía, se iba, se perdía, a modo de bandada de alegres y bellos pajarillos que huyen del gavilán; se deshacía su palacio de cristal, desaparecía su cielo de mil colores y nada quedaba en su alma y ninguna luz mitigaba la lobreguez de la noche que se difundía densamente en ella.

Lloró por su madre a quien nunca más vería, lloró por su dicha perdida que nunca podría recobrar. ¡Todo era irremediable, todo fatal, todo ineludible!

Ante el centellear y transfigurarse de tan honda emoción, Paco se aturdía. Nunca sintió él eso y no acertaba a comprender y consolar a su amigo. Las penas de su vida eran todas pequeñas contrariedades, pequeñas murrias que un buen trago disipaba y remediaba. Pero sentir así, tan terriblemente, nunca. Hízole beber más a Roberto, hasta postrarlo,

y Roberto bebía, bebía, con ansia de olvido, de anegar en la embriaguez, en un mar de embriaguez, el mar de su dolor.

Y, por fin, condújole a su habitación, triste morada donde la soledad y el sufrir iban imprimiendo su sello de abandono.

Sentía el pobre mozo remolinear su cabeza; un sueño calenturiento se apoderó de él y desfilaron por su imaginación fantásticas visiones. Vió allá arriba, muy arriba, en un trozo de cielo, en una fulgurante sala, gozosa danza de parejas enamoradas que se unían en un beso de suprema e infinita felicidad. Y la dichosa juventud qne se embriagaba allí de amor, vibrante el cuerpo y radiante el rostro de riqueza espiritual, de júbilo sutil y profundo, revelaba claramente que la plenitud del goce, el colmo de la ventura, la perfección de la dicha principiaba en el roce de los labios para terminar en la compenetración de las almas, en el amor, siempre en el amor!.... Y Roberto gemía, imploraba ir allá, ser admitido en ese Paraíso donde la dicha ahogaba, donde el placer derretía, donde el amor imperaba él solo, como el único y supremo dios. ¿Por qué sólo él, Roberto, era excluído de aquel cielo si tan vivos anhelos de amor le consumieran siempre? ¿por qué sólo a él se le dejaba morir con esa sed en los labios, con esa angustia en el corazón, con esa calentura en el alma, que era el infierno con todos sus horrores? Y en un querer frenético y poderoso se sintió subir y subir hasta penetrar allí, con ansia asesina y lasciva, para gozar a todas las mujeres y estrangular a todos los hombres. De pronto aquellas salas fulgurantes se sumieron en tinieblas y nada vió! ... Luego clareó discreta y tímida luz, y se encontró solo.... Una mujer, empero, se le acercaba, una mujer vaporosa, con leve sonrisa en el rostro y un dedo en los labios; un cuerpo ondulante rozó el suyo,

le envolvió con tenue caricia como vaho de rica esencia; y poco a poco, el rostro de esa mujer se acentuó, irradió y.... era Inés, la Inés de sus amores y dolores, sutilizada, afinada, espiritualizada. Y la dicha, la dicha plena e infinita iba ya a ser... Pero entonces Roberto despertó!....

XII

ES el invierno, el invierno sombrío y pertinaz en que delgada y continua lluvia, cae y cae, hilo a hilo, como llanto incontenible de eterno duelo e incurable desaliento; en que los días pasan a una luz cenicienta y enlanguidecida, desvirtuada por la bruma que estrecha el horizonte, vela el cielo, cubre las montañas, descolora el valle y se diluye en la lluvia fina y persistente que efluye sin tregua, lluvia de melancólicas lágrimas con que parece llorar el mundo la fatalidad de su dolor y su infinita desesperanza de dominarlo y extinguirlo. Y la bruma se extiende y adelgaza; envuelve las cosas y las penetra hasta la médula y el alma; se infiltra en el espíritu y le propicia el ensueño que vaga y se desvanece en el vacío. Bruma que parece poseer adormecedora y disgregadora virtud con que aflojar la fuerza creadora que une los seres y produce las vidas y resfríar el amor que hace brotar los soles que son calor y luz. Bruma que es un desmayo caído sobre el alma misma de la tierra.

Y Quito, la blanca ciudad que titila a la luz diamantina de sus mañanas despejadas, circuida ahora de la bruma pluviosa como de un halo de misterio, como de un sudario fúnebre, anegada en el llanto de la fina lluvia, sin cielo ni horizonte, más sombría la piedra de sus templos vetustos, turbio y amortiguado el color de sus casas, arroyadas sus calles, reconcentrada su vida en el corazón de los hogares,

diríase que va a perecer, disuelta en el agua, calada y minada por la bruma, sumida en la inercia y la tristeza.

Es el invierno también en muchas vidas, el invierno de la niebla sutil y la lluvia tenaz que acaba lentamente con las cosas y las almas. En la trastienda de una de tantas miserables tabernuchas, como en un refugio para el frío de la calle y el frío de la suerte, unos cuantos hombres beben. Beben para aguijar y excitar gratamente el cuerpo torpe y ajado, inútil ya para las vivas sensaciones; beben para hacer chispear el alma que ya se apaga, vacía de esperanza y de ilusión, huérfana de aspiraciones y anhelos, abandonada del amor, roto el nervio y la fuerza de su vida; beben para ahogar la gusanera de mil penas oscuras que les roen y carcomen; beben para hacer triunfar el ensueño, su ensueño infantil, sobre la irremediable derrota de sus existencias, para hacer relampaguear fantástica estrella en medio de la negrura de su mísero destino, y ser así protesta viva contra el lodo y la niebla que los envilece y deshace; beben para hacer arder la carne en un fulgor de alma. Ansían acabar de una vez, en un violento lampo eléctrico de sueño y alegría, ellos que no pudieron elevarse a la vida luminosa y alta, amplia y honda, plena y armoniosa que es la corona de los vencedores y los fuertes, la ardua cima a donde sólo llegan los que saben conquistarla, día a día, en lucha heroica y paciente; ellos que la dispersaron y degradaron ligera y groseramente, sin saber celar su tesoro, como cosa de poco valer, o cayeron abatidos, como frágiles cañas, a las rudas arremetidas de la suerte, a las heridas hondas del dolor, a los vendavales desatados de la pasión.

Entre ellos, vedle, sombrío y reconcentrado mientras los otros vociferan y ríen, crecida la barba, hinchada y marchita la faz, desencajados los ojos lánguidos, amarillenta y sucia la vieja ropa, sombra de

lo que fué, fantasma de sí propio; ved a Roberto, al Roberto de este cuento. Bebe también. Pertenece ya a la legión oscura y repugnante de los infelices, a ese haz revuelto de fuerzas perdidas, a ese grupo fatídico de sombras vergonzantes que desfilan al azar andrajos vivientes, despojos, que aún palpitan, de la vida. Vive en otro mundo, en el mundo turbio del vicio que empaña el sentido y oscurece el espíritu. Todos los sostenes de su voluntad se derrumban, todas las raíces de su sentimiento se corrompen. Las sensaciones de la realidad se le barajan con las ilusiones y alucinaciones de su fantasía enferma. Y su personalidad, se desvanece, y los apetitos aislados, incoherentes, en anarquía, se desbandan y cobran extraño brío. Ya no tiene vergüenza, ya no tiene orgullo, ya no ama a nadie, ya nada le liga a los demás. Arrastrándose en la calle, mira con indiferencia a los otros hombres, con la misma indiferencia con que ellos lo miran a él. Y si alguna vez les habla es para importunarles neciamente hasta obtener de ellos una limosna otorgada por el fastidio que su presencia causa, arrancada casi a la fuerza.

¿Cómo cayó en ese abismo? Sacad de raíz una planta, botadla, raíces afuera, a los rigores del sol, el viento y la lluvia, y la veréis secarse y corromperse en breve. La vida es siempre una ascensión, un esfuerzo, una lucha; y el corazón humano es planta que para sostenerse en esa lucha hunde sus raíces en otros corazones. Arrancadle de éstos, y raíces afuera, el sol lo marchita, el viento lo arrebata, la humedad del pantano lo corrompe.

Observad el cuadro. Un grupo de indios que acaban de chapotear en el arroyo y que cubren de barro el suelo de la taberna, matan su gusanillo en la parte exterior de ella, junto al mostrador. Caladas las ropas de agua, calado de frío el cuerpo, calada de miseria el alma, se los ve sonreír, bañado de gozo el rostro, fulgurar los ojos, iluminarse de

ilusión el pensamiento, crecerles el ánimo, conforme se les riega en las venas el licor pérfido. Un rato antes andando por esos caminos de Dios, con los pies desnudos, con las exiguas ropas, encogidos y ateridos, sentían llorar en su alma la mísera lluvia de una pena resignada, incurable, brumosa como la que les empapaba el cuerpo. Pero en la taberna olvidan esa pena, gritan, danzan, riñen, bromean, les arde la sangre y les chispea el espíritu; y mientras afuera la lluvia sigue difundiendo su tristeza, ellos prenden dentro de su corazón la lumbre falaz que da la ilusión y el olvido.

Y en lo interior, en el rincón pestilente y oscuro, están los borrachos, los que beben todos los días, los que matan el gusano a diario. Son cinco tipos característicos. Hablan, gesticulan, fanfarronean desaforadamente. El uno, pelo y barba hirsutos, rubio ceniza, ojos grisientos que se iluminan, labio inferior grueso y caído, bigotejo ralo, cutis bermejo y salpicado de pecas, es un extraño patriota, un devoto ferviente de los héroes de la Independencia, cuyos nombres y hazañas sabe, uno por uno, con todas sus particularidades. Habla con énfasis, con acento declamatorio, y sus labios pronuncian con fervorosa unción, los nombres de Simón Bolívar, Antonio José de Sucre, el marqués de Selva Alegre, Eugenio Espejo, y dibuja, con rasgos expresivos, la silueta de cada uno de ellos. Sus amigos saben que su habitación, su ruín vivienda, está decorada con una galería de retratos, los retratos de todos los héroes de la Independencia; y saben que, el 10 de Agosto, el 24 de Mayo, en todas las fechas memorables de la magna guerra, son invitados a una fiesta peregrina que se celebra en el cuarto de este singular patriota, cuarto que él adorna con su señaladísima habilidad artística, que el vicio no amengua, construyendo gracioso y magnificente altar a aquellos sus santos, los héroes de su devoción; y saben por fin, que la

fiesta termina en la más estrepitosa y delirante borrachera en que el aguardiente brama y chisporrotea como un divino demonio. A menudo se lamenta de la poca instrucción que sus padres le dieran malogrando así su primor de ingenio, pero, luego, acierta a consolarse exclamando: «no, bien hecho, si a mí me instruían, con este talento endemoniado, trastornaba el mundo».

Tuerto el otro, y no obstante, bellísimos los ojos negros, burlones, implacables, deja ver en todo el continente cierta distinción, cierta gallardía, un admirable desenfado que no han podido apocar y marchitar ni las quiebras de la suerte ni el veneno del vicio. De espíritu escéptico, su mirada torcida detalla con saña y delectación, su ingenio vivaz brota con espontaneidad y gracia, su humor burbujea fácil y alegre, su ironía estalla irreverente y abrumadora. Como en su medio natural, como el pez en el agua y el pájaro en el aire, él se mueve en la atmósfera caldeada y densa del vicio. Nunca dejó entrever la más leve nostalgia de otra vida y otra condición. Se encontró con que, para él, las cosas todas del mundo, aún las más serias, las que más preocupan a los hombres, eran baladíes, sin ninguna importancia, y se dió el gustazo de reirse de ellas salpimentando y encendiendo su risa con el llameante espíritu del alcohol. Posee el mágico don de improvisar versos, con pasmosa genialidad, que la embriaguez acicatea; y este don es su arma, el arma brillante y aguda con que su donosa e inverecunda burla se clava, certera, prosa adentro de todo el que se le para delante. Y así cuando el infeliz patriota cae de su exaltacion y da fin a su discurso pomposo y fantástico, listo está el verso, la copla oportuna, el chaparrón de agua que sepulta el patriótico fuego y desata la carcajada torrentosa.

Infunde temor y desconfianza el tercero, según le fosforecen los ojos verdes, de mirar acerado y si-

niestro, según le resuena la ronca voz que le sale como de una caverna, según le dan la expresión de facineroso y animal carnicero las fuertes y salientes mandíbulas, la naríz corta, irregular y chata, los dientes enormes, según se le oye referir trágicas hazañas, crímenes espeluznantes que él ha consumado. Talvez fantasea, talvez sus alardes de criminal son vanos, pero su estampa es delatora, y sus conmilitones pueden dar fe de que se irrita con facilidad, presto a la pendencia, y de que, muchas veces dieron con él en la Policía a causa de escándalos mayúsculos en que jugaron su papel la navaja y el garrote. Tiene como punto de honra el hacerse temer, el no aguantar la más ligera broma, el ser insolente y altanero con todos. Desde muchacho se le conoció el genio hosco e irascible, la truhanería agresiva y turbulenta. Pero el tuerto, con un verso de los suyos, que le dispara diestramente, sabe apearle el geniazo dejándole medio corrido y mohino.

Inspira entre repugnancia y lástima el cuarto que hace una figura desmayada, con cierto aire aristocrático, con ciertos toques de finura y elegancia en medio de abandonos y negligencias desastrosos. Se aliña, a ratos, el pelo fino y sedoso con manos renegridas. En torno al cuello de la camisa, grasiento y negro, se anuda la corbata con pretensiones de última moda. Su fisonomía de ojos amortiguados y rasgos flojos, tiene acentuada marca de apocamiento, dejadez y vileza. Pintada lleva en la cara la catástrofe de sus nervios rotos, de su alma deshecha, de su vida en descomposición. Desciende de noble y alta familia, caída en la miseria, y su psicología es así un rico conjunto, informe y desbaratado, que se corrompe. Sus nervios en supina relajación, son dúctiles para prestarse a la mayor abyección y vileza, pero, a veces, llamaradas de orgullo los electrizan, y se entonan hinchándose de altiveces y dignidades raras. Lamentable ejemplar de aristocracia venida a

menos, muestra los estragos que la vida muelle y opulenta obra en la voluntad, desvaneciéndola, hasta que la miseria la esfuma del todo reduciendo una vida a su mínima expresión de fuerza. A veces ríe, a ratos se entristece, en ocasiones sus labios balbucean de timidez, en otras un furor impotente le pone convulso. Epocas largas deja de beber y se pasa en reclusión metido, como un fraile, en su celda para volver al vicio y a la crápula con avideces y perversidades insólitas. Como en ninguno de los otros repugna y apiada en él la miseria del vicio.

Y Roberto completa el grupo, taciturno y adormecido. En tanto los demás echan a volar sus palabras—larvas que celan sus ilusiones que brillan como luciérnagas—él calla y bebe. En sus ojos apagados ya no resplandece el espíritu, la expresión de su faz se borra, se va. Acaso su alma ha muerto, talvez ya no es sino torpe apetito de beber. Vida es que sin fuerza ni calor para resistir, abatió y heló de raíz un soplo de infortunio. Sello de estupor, de idiotez sepulta su rostro, al que las sienes macerada, la vista fija, la secura de la piel dan aspecto cadavérico, siquiera le enrojezca levemente el alcohol como lámpara roja que alumbrase la cara de un muerto. Bebe maquinalmente, sonríe con desgana, se mueve con dificultad y pesadez. Parece que le falta la conciencia, en verdad. Y sin embargo....

Y sin embargo, escarbad en el pecho de aquel hombre, cavad hondo en su corazón, y bajo el grosero barro que las miserias de la vida y el vicio van acumulando y endureciendo, como el fuego interior que el haz dura y fría de la tierra encubre, ahí está, temblorosa e inextinguible, la espiritual centella, la chispa sentimental, la porción ígnea, la porción inmortal, la porción divina del alma que arde en la viva lumbre de la ilusión y del amor.

XIII

LA callejuela, esquiva y solitaria, sube, se esconde y desaparece por entre la áspera loma, cual si huyera del maltrato que las gentes le hacen sufrir, convirtiéndola en muladar y basurero allá abajo, en la ciudad, de donde arranca. Triste y repugnante callejuela entre el cementerio y dos o tres casucas bajas y melancólicas, mitad empedrada con piedras desiguales y toscas por las que se escurre agua jabonosa que sale de las casas, mitad tierra con desmedrados hierbajos, basura y excrementos. Y en ella un hombre, un fantasma, un espectro que dormita y sueña, trezonga y balbuce, se rasca y se espulga, sentado en el umbral de una puerta cerrada. Para tal calle, tal hombre. ¿Es rostro aquel conjunto de rasgos deformes, pelo y barba revueltos, piel de indefinible color? ¿Es figura humana aquel cuerpo blandengue, de movimientos vacilantes, de miembros flojos, encogido y desbaratado, que envuelven unos trapos? Ni el animal de carga, matado y extenuado, que el trabajo aniquila, presenta más lastimero aspecto. Y el alma que por ese cuerpo divaga ¿qué será? ¿qué querrá? ¿qué última ilusión, qué último deseo la fulgurará, la atormentará? Nadie podría decir cuántos días han pasado por esa existencia; ese hombre igual puede ser un viejo o un joven, que las canas, las arrugas, la languidez de los ojos, que avejentan su rostro, dejan paso, con todo, a cierta leve irradiación juvenil, casi imperceptible. Frente al cementerio,

quizá sueña con el eterno reposo, con el punto final de su anhelar y su fatiga; en medio de los excrementos y la basura, acaso piensa que él también no es ya sino un desecho más, una piltrafa más entre ellos. Es triste, de la más turbia e infinita tristeza, esa cosa humana que dormita y ronca, que rezonga y balbuce, que se rasca y se espulga junto al muladar y el basurero, en aquella callejuela desierta.

Aparece, de pronto, muy cerca de aquel hombre, un perrillo lanudo y flaco, de aire humilde y temeroso. Al reparar en aquel ser humano, el perrillo se para asustado, mete el rabo entre los piernas y trata de volverse. El, perro sin dueño, que sabe de la maldad humana, teme a las gentes. Pero el hombre repara también en el animal, observa con interés su actitud tímida y espantada, nota su flacura y miseria, lo ve, lo ve atentamente, y, por fin, lo llama con ternura, con suavidad, con un acento que se quiebra de emoción. Saca migajas de pan del bolsillo y le muestra insinuante. Olfateando, indeciso, vencido al fin por la caliente y tierna insinuación de aquella voz humana y por su hambre canina, el perro se acerca, se acerca, alarga el cuello y lame la mano que se le tiende compasiva. Y una rara amistad se hace y un raro cariño surge del pecho reseco de esos dos seres abandonados y estériles. La costra dura, que la miseria labró, se rompe, y brota, de lo hondo, una efusión de ternura dolorida. Y al ver cómo el perro se estremece y se agobia, débil y postrado de asombrada alegría, el hombre a su vez siente que un placer interior, delicadísimo, no gustado por él largo tiempo ha, remoja y reblandece la sequedad y dureza de sus entrañas: el placer de abrir el pecho y verter en otro vida el jugo del propio corazón, el placer de recibir el reflejo de la alegría que se acierta a prender en el corazón de otro; el placer de amor.

Y el hombre y el perro echan a andar, vense juntos, unidos ya para siempre, unidos en la miseria, en la desesperanza, en la soledad y el desengaño, unidos en el último cariño que todo el dolor, que toda la experiencia amarga de la vida acendra. ¿Y a dónde van? No muy lejos. Después de cruzar algunas callejuelas, también solitarias triste y sucias, llegan a la quebrada de Jerusalém, albañal de donde se desprende espeso y fétido vaho de podredumbre. Y se ponen a descender a la quebrada, cuya vertiente y ribera están cubiertas de gruesa capa de tierra floja, de papeles, de bagazos, de cáscaras de frutas, de excrementos, de toda suerte de porquerías y desechos; y llegan a una especie de hueco, abierto en la peña, que, a modo de cueva, se interna y amplía en aquella. Entran allí. Y ese hueco es la habitación de aquel hombre, y un pedazo de estera y una manta rota y vieja, que están en el suelo, son su abrigo y su lecho. Allí se tiende y se pone a acariciar a su nuevo amigo.

Expulsado de todas partes, viendo, para él, en todos los rostros un gesto de menosprecio y asco, empujado, arreado, hostilizado, ese hombre vino a dar con la carga de sus huesos en aquel hueco. Desempeñando bajos menesteres, oficios menudos, consigue unos cuantos realejos para comer y beber. Extraña que la vida se aferre en él con terquedad. La muerte debió recoger, tiempo ha, ese inservible resto que aún palpita y sufre. Y todavía el infatigable corazón va a alentar un último cariño, va a prenderse tenaz, a una miserable criatura. El perro sin dueño, aquel animalucho escuálido será el objeto de las últimas gotas de ternura que destile el alma exprimida y exhausta de aquel hombre. Faltóle la amistad, faltóle el amor, faltóle todo. El destino supo complacerse en arrancar, una a una, de esa vida, todas las ilusiones y esperanzas; y supo amontonar, sobre ella, el polvo y el cieno. Y, no obstante, cuando ya va a

caer, cuando ya no es sino miseria, el último aliento del alma va a exhalarse.

Pasan los días y la amistad de esos dos seres se estrecha. Por todas partes van juntos, jamás se separan, y al verlos las gentes sonríen, ya de piedad, ya haciendo fisga de las idioteces de aquel tipo infelíz, borracho y loco. Los granujas se divierten tirándole piedras al feo animalucho sólo por ver la rabia cómica e impotente del borracho que arremete contra ellos sin poder alcanzarlos nunca.

Varias veces sorprende ver a aquel hombre, sentado en una acera, dando de comer migajas de pan, en su mano, al perrillo que va esponjándose, que toma un aire satisfecho, que es ya un ser mimado y felíz. Y otras, el perrillo traba peleas con sus congéneres y, al verse perdido, acude a su dueño, le expresa a su manera el apuro en que se halla y es de observarle, cuando erguido y triunfante, respaldado por el hombre, despacha a toda una jauría rabiosa. El hombre y el perro han llegado a entenderse; usa el perro un lenguaje expresivo, hecho de ciertos ademanes y ladridos, y el hombre sabe todo cuanto el animal desea o quiere. ¡Miseria, miseria grotesca e infinita! Una vida humana, inclinándose toda, hacia la infelicidad de un famélico animalucho! Todo un corazón ungiendo, con su rica savia, la desdicha de un perro!....

El río de las vidas humanas corre sin cesar hacia el mar sin orillas de la muerte y el misterio; la rapidez de su curso no deja ver el matiz y el alma de cada ola que lleva su ilusión y su amor y su amargura. ¡Las unas a las otras son indiferentes, no se ven, no se oyen, no se entienden. Y vidas hay que todos desprecian, que todos afrentan, que todos empujan al abandono y al ludibrio. ¿Será permitido al espíritu comprensivo y piadoso del poeta inclinarse hacia ellas y recoger su perfume tenue y exprimir su jugo recóndito? ¿Es candor y debilidad ta-

vez detenerse ante la insignificancia de vidas humildes, átomos inapreciables en el torrente? No hay vida indigna de interés y piedad; allí donde apunta el anhelo y prende el amor, allí donde la eterna congoja del alma humana, que ama y aspira, se deja sentir, allí estará el encanto inefable que suspende el espíritu del poeta y lo conmueve hondamente. Una es la vida en su amor y su porfía, una en su aspiración y su dolor. Por debajo y por sobre la vana agitación y el loco devaneo, está el ansia profunda de amor y felicidad, de sentir y vivir más y mejor, el ansia inapaciguable e infatigable que muere y renace, que se cansa y se aviva y que lleva a los seres y a los mundos en una perenne carrera sin fin. Nada más hermosamente humano que sentir esa hermandad de todas las almas y descender al fondo de la más humilde vida para descubrir allí el mismo íntimo anhelo, la misma íntima cuita.

¡Borracho infelíz, que en tu grosera imbecilidad y en tu última degradación aún encuentras en los más recónditos senos de tu alma la chispa de amor, la perla del sentimiento, la miel de la ternura, el ansia de sacrificio que es el misterioso secreto de la vida, sabe que un alma, el alma de un poeta te ve con piedad y te comprende con simpatía!....

XIV

UN extraño impulso le lleva, una súbita iluminación interior. Va derechamente a los lugares donde pasó su infancia, los breves días que la alegría esclareció. Quiere ver, quiere palpar los sitios y las cosas que sus ojos y su pensamiento contemplaron por primera vez al abrirse a la luz llenos de la asombrada y jubilosa curiosidad del despertar de la vida. Terrible emoción le zigzaguea por todo el ser estremeciendo sus átomos todos, encendiendo y clareando todos los silos del alma. ¿Es una alba, es una agonía? Y va presuroso, arrebatado, como si a desenterrar fuese de entre esos lugares la felicidad que perdió, la ilusión que se apagó, las alegrías muertas, las esperanzas fallecidas, la lumbre de la vida que se consume ya. Triste peregrinación, sombrío viaje, frenesí misterioso de un corazón perdido entre las ceguedades y tinieblas del destino, que busca su luz.

Va presuroso, convulso, sacudido por desconocida fuerza que lo lleva como en el aire. Está en la calle de San Marcos; ya se acerca a la casa querida, fuente de recuerdos, donde pasó con su madre la niñez; párase delante de la puerta y echa una ojeada a la parte exterior primero y luego al interior. Nueva la fachada, elegante, nada tiene de aquel aspecto antiguo de la blanqueada y tosca pared con sus ventanucas anchas y bajas. En cambio, lo de adentro, intacto. Al penetrar en el patio, al reco-

rrer con los ojos todos los detalles de aquel lugar, al sentir cómo le brotan los recuerdos, con viveza lumínica y milagrosa, aquel hombre goza y sufre, sonríe y llora, derretida el alma en el raudal de infinita y delirante emoción.

En aquel rincón solía jugar a las bolas y a los trompos con los demás chiquillos de la casa. Aquel ciprés, ya sin hojas y casi muerto, soportó sus gimnasias y travesuras; aquel durazno no tuvo nunca un fruto para su dueño, porque, para hurtarlos antes de que éste se percatara de ellos, estaban él y los otros muchachos. ¡Ah! Y allí, los cuartos donde vivieron, con las mismas puertas, con el mismo papel, húmedos y oscuros. Arriba, la azotea, a donde subían para ver los simulacros de batallas en el Panecillo o en el Pichincha en los días cívicos; o las luminarias en la iglesia de Santo Domingo. Y atrás, al fin de la casa, un sitio botado, lleno de mala hierba e inmundicias por donde se descendía a una quebrada que a todos los chiquillos infundía terror por lo tenebrosa y por los horrores que se contaban de ella, pues se la consideraba como habitación de duendes, brujas y de cuantos bichos malévolos existen. Rara vez, como una hombrada digna de admiración, bajó él allá, temblando de miedo, para volverse rápidamente y asombrar a los demás con los relatos fantásticos que hacía de lo que había visto en el fondo de la quebrada y de su valor imperturbable.

Y a todo esto, vívido el recuerdo de su madre, cuya imagen ve divagar por todos los lugares de la casa, con la dulzura de la sonrisa y la mirada, cautivando el corazón de las gentes, penetrando en el suyo para instilarle constantemente amor y alegría. ¡Su madre! ¡Su madre! Quiere volver a verla, tornar a recibir la luz de sus ojos, gustar de nuevo las gotas de felicidad que ella, y sólo ella, supo exprimirle del seno, las únicas que él saboreó en la vida. ¿Dón-

de está? ¿Se ha vuelto nada? ¿No existe ya en ninguna parte?....

Por verla, sólo por verla, ha venido a esta casa; por evocar esa imagen en los sitios que un día la reflejaron cariñosamente, por ver si ellos la proyectan de nuevo, si su desesperación hace el milagro de resucitarla, está ahí, tembloroso, febril, delirante, recorriendo, ante el estupor de los que lo habitan, los rincones de ese domicilio donde ya nadie le conoce.

Enardecido, encendido el cerebro, le fulgura el pasado con claridades relampagueantes. Y le sube del pecho, irresistible, loco, frenético, el deseo de resucitar aquellos días, de hacer volver lo que no vuelve jamás. Se le junta en el corazón todo el dolor del destino, le clarea en la memoria la imagen adorada, las entrañas todas le palpitan de ansia. Quiere ver a su madre. Necesita vitalmente verla. Tiene que verla. Es todo él ese deseo, esa necesidad, ese frenesí. De las piedras del patio, del adobe de las paredes, de la madera de las puertas, de los átomos del papel, de la sustancia íntima de esas cosas inertes e indiferentes que se conservan allí tan tranquilas y mudas después de haber recibido los efluvios de su aliento, la lumbre de sus ojos y sonrisas, quisiera él sacar, extraer, arrancar la existencia que se evaporó, que ya no es y de la que tiene hambre y sed. No puede vivir ya así. No comprende que se nazca para sólo cargar miserias y dolores. No se debe entrever hilos de luz y de dicha para que luego se rompan con facilidad y se deshagan para siempre. Su madre le devolverá la felicidad, la paz, la ilusión. Es necesario que ella vuelva a la vida, a sonreirle, a quererle, a acariciarle. Es todo él, para ese deseo, súplica, sollozo, ira, delirio. La ve a su madre en la memoria con nitidez deslumbrante. Pero no la ve en la realidad, en esta realidad miserable que él arrastra. Y de tal contraste, entre el recuerdo lúcido y el negro hueco de su orfandad, se le levanta el aho-

go, la angustia que le congestiona el cerebro y le golpea y dilata las arterias. Es nueva embriaguez, embriaguez doliente, que toma fuego de la ebriedad consuetudinaria y se alza al soplo del dolor de toda una vida sin esperanza que llamea a su fin. Está ebrio, está demente. Quiere resucitar a una muerta, revivir un pasado, rehacer lo que el tiempo deshizo. Quiere lo imposible.

El organismo estragado y frágil de aquel hombre no puede resistir al huracán de ansia que le surge de no se qué fondo, con empuje y ardor violentos, con anhelos de infinito y eternidad y satánicas iras. Y el vaso estalla y se rompe, la vida retuerce y estrangula a la vida, la pasión de existir ahoga la existencia misma....

Y las gentes de esa casa ven con estupor caer desplomado, como muerto por un rayo, al hombre loco y borracho para sacar al cual mandaban ya buscar a un celador.....

Mañana vibrante de luz en que el sol señorea el cielo profundo y límpido y la tierra, que absorbe regocijada la ablución luminosa y estimuladora. Mañana vibrante de música en que el rumor de la vida, en el aire diáfano y puro, es canto y repique. La blanca ciudad refulge, se desentumece y despereza al picor y cosquilleo de las vivísimas saetas de la atmósfera alumbrada. Las bellezas de la tierra y el cielo cobran resalte y esplendor en la gloria de la mañana radiosa y proclaman la abundancia de los veneros de placer que de sí manan. Las cosas todas se esmaltan y precisan al toque del áureo y divino pincel. Y sin embargo....

Y sin embargo, entre otros tantos testimonios del dolor y de la muerte, se ve ascender por la empinada calle de «El Protectorado», camino del cementerio de San Diego, la carreta del Anfiteatro, que va llena de cadáveres. Anhelantes, con el agobio del ingente peso de que tiran, suben las mulas

lenta y trabajosamente. El carretero, mozo de aire torvo y ceño duro, grueso y pequeño de cuerpo, las hostiga con encono. Detrás, un perro, el perrillo de Roberto, aulla sin cesar. Los transeuntes se santiguan al echar de ver el carruaje fúnebre.

En dirección contraria, cuesta abajo, asoma la carreta de basura, que recoge desperdicios y desechos de las casas. Con su ligero contenido, se precipita, cascabelera y ágil como el que la guía, quien en la mirada despierta y en lo espigado del talle y suelto de ademán demuestra el genio vivaracho y travieso. Tiene él que refrenar a las caballerías para evitar el choque en la angosta calle. Pero no puede contener la gana de soltar una broma al compañero irascible, siempre de mal humor.

—¡Qué despacio andan tus mulas, Julián!

—Es que van cuesta arriba y esta basura es más pesada que la tuya, animal!.....

¡La basura humana! ¡Lo que somos al cabo! ¡Lo que resta de la ilusión y del amor!.....

FIN